



AÑO VI

NÚM. LXXII

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA DE ESPAÑA

Director: J. LÁZARO

DICIEMBRE 1894

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIL

San Bernardo, 92.—Teléf, 3.074

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA

LA VENTA DE CUBA

La venta de Cuba no carece de partidarios. ¿Qué causa no los tiene? Hasta se nos ha dicho que pensó en ella el general Narváez, en una de sus primeras épocas ministeriales, é intervino en el asunto el diplomático señor Salazar y Mazarredo, no aseguraremos si para impedirlo, aunque parece que tal fué su propósito; pero careciendo por ahora de pruebas, nos abstenemos de tratar este asunto.

El general Prim fué quien más hizo para la venta; y ayudáranle ó no con más ó menos sinceridad algunos ministros, es lo cierto que trabajó activa y decididamente. Se entablaron negociaciones públicas y reservadas, y trasladado á Vichy el centro principal, ó más bien único de España, pues á aquellas afamadas aguas fueron Prim y D. Manuel Silvela, allí se escribió la siguiente carta:

«Reservado.»

»Vichy 9 de Setiembre de 1869.—Excmo. Sr. D. Antonio Caballero de Rodas.—Mi general y amigo: Los grandes conflictos y los grandes apuros se han hecho, sin duda alguna, para los hombres de estómago, como V. y como yo, y la cuestión

con los Estados Unidos, respecto de Cuba, reviste, por desgracia, aquellos caracteres.

»Por este correo recibirá V. una comunicación, dándole instrucciones, en las que espero se fijará V. atentamente para coadyuvar á su solución con la prontitud y la valentía con que V. procede en las ocasiones supremas.

»Aquí vamos conllevando la situación. Los republicanos desean armarla, pero no pueden. Los que no dan ni señales de vida son los alfonsinos.

»Excuso encarecer á su patriotismo la importancia del asunto de que le hablo, y que las circunstancias nos imponen.

»De V. siempre afectísimo amigo, Q. B. S. M., *Juan Prim.*»

La síntesis de las instrucciones era la siguiente:

Reunir las fuerzas necesarias del ejército para desarmar á los voluntarios con el pretexto de reorganizarlos.

El asombro fué tan grande como la indignación que á Caballero causó la lectura de tal carta. Algún tiempo después manifestó en el Centro Hispano-Americano de Madrid que, antes de acceder á lo que se le proponía, se hubiera rebelado contra el gobierno de que era presidente el conde de Reus.

Caballero contestó lo siguiente:

«Reservado.»

»Excmo. Sr. D. Juan Prim.—Mi estimado general y amigo: Cuando los gobiernos no amparan á las individualidades ni á las colectividades, no les queda á éstas más recurso que tomarse la justicia por su mano, con la pluma, con un garrote ó con un fusil.

»Estaba reservado á España el espectáculo de mantener una guerra á 1.600 leguas de distancia, y que, en su misma capital, al lado del gobierno y á su ciencia y paciencia, existiera el foco principal de esa insurrección; y de que, no sólo

existiera, sino que se le dejara manifestarse en las Cortes, en la prensa y en todas partes.

»Afortunadamente, los españoles de aquí no hemos degenerado como, por lo visto, sucede á los de esa; y, mientras haya uno sólo que pueda mantener enhiesta la bandera de Castilla, Cuba será española, por encima de ese gobierno y de todo el mundo.

»De V. afectísimo, Q. S. M. B., *Antonio Caballero de Rodas.*»

El ayudante y secretario particular del general Caballero de Rodas, comandante D. Eusebio Gutiérrez de la Cámara, había salido de la Habana el 6 de Agosto, desembarcado en Barcelona, y al venir á Madrid, se detuvo en los baños de Alhama con algunos personajes políticos, esperando el regreso de Prim para continuar á la capital. Ya en ella, y en el despacho del ministro, en el que estaba el general Sánchez Bregua, entregó Cámara su carta de presentación, refirió los últimos sucesos del mando de Dulce y la verdad de la situación de Cuba, y preguntóle el ministro:

—Diga V.; ¿el general no ha pensado en que pudiera llegar el caso de tener que transigir con esa gente?

A lo que contestó Gutiérrez de la Cámara:

—Si el general hubiera pensado en eso, no habría aceptado el mando; y si ahora se viera en la triste necesidad de pensarlo, se tiraría antes por el balcón.

Prim replicó:

—Pues mire V., es posible que estemos más cerca de eso que de otra cosa, porque las insurrecciones en aquellos países, ha demostrado la experiencia, que si no se sofocan en los primeros momentos, es luego muy difícil dominarlas; aquí hemos mandado ya 32.000 hombres desde que estalló la guerra, y si eso continúa, no sé de dónde vamos á sacar más, porque si V. tiene dinero en este cajón (abriendo el de la derecha), y le saca sin reponerlo, quedará vacío. Por otra parte, los Estados-Uni-

dos han presentado una nota, cuya contestación he venido eludiendo, primero con el pretexto de que el regente estaba en Alhama, y después con la ausencia de algunos ministros; pero ya se encuentra el gobierno reunido, y no queda otro remedio que abordar la cuestión.

El Sr. Gutiérrez Cámara salió afectado del despacho del ministro.

Había quedado D. Manuel Becerra encargado del ministerio de Estado durante la estancia en Vichy del Sr. Silvela. No desconocía aquel señor las pretensiones de los Estados-Unidos, pues ya bastantes años antes el representante de aquella República, Mr. Soulé, le manifestó que hasta daría 100 millones de duros por la Isla; á lo que contestó Becerra que era una miseria tal cantidad, y que cualesquiera que fuesen los que tratasen con aquellos Estados con tal fin, sublevaría las masas contra ellos y haría que los ahorcasen, uniéndose al partido que con el mismo deseo le ayudase en aquella empresa: «Nuestras conversaciones han concluido—añadió—y no vuelvo á tratar con V. de tal asunto, porque no puede hacerlo un hombre de honor.»—Parece que el interés de los Estados-Unidos era hacer de Cuba tres estados, para unirlos á los nueve del Sur y sostener la esclavitud.

Propuso Sikles á Becerra, declarar la abolición de la esclavitud, á lo que contestó que, aunque el gobierno había dado pruebas de su sinceridad, estableciendo la libertad de cultos, respecto á la esclavitud, él y sus colegas habían públicamente declarado que procederían á su abolición gradual, y que reservando para el gobierno de la nación los asuntos puramente nacionales, los cubanos dirigirían los suyos locales como las demás provincias españolas: que la abolición no la haría por iniciativa de otra nación, á pesar de ser más antiesclavista que los Estados-Unidos.

La actitud del representante de éstos, hizo que nuestro ministro explorase la de los de Francia é Inglaterra, que, considerando imposible el sostenimiento de Cuba, no ayudaban á

España; y Becerra, sin embargo, dijo á Sikles que la apoyaban resueltamente. Audaz el norteamericano, presentó á nuestro ministro una nota escrita, pretendiendo imponerse, y manifestóle Becerra, que si no la retiraba, declararíala guerra á las veinticuatro horas; «y esto lo digo de acuerdo con mis compañeros». Nada supieron éstos hasta que en el Consejo dió cuenta Becerra de lo que hizo; se asustaron de ello, tranquilizóles D. Manuel, manifestándoles que no había comprometido, porque él arrostraba la responsabilidad de todo y se retiraría del ministerio; pero propuso que, en caso de que los Estados Unidos reconocieran la beligerancia de los insurrectos, pasara una escuadra española á bombardear á New York, demostrando le constaba que aquellos Estados no tenían buques para impedirlo (1). Topete dijo que mandaría los buques, y Becerra que iría con él. No dejaba éste de comprender que, aun efectuando el bombardeo impunemente, algunos meses después no podría navegar por el Océano ningún buque español.

Al regresar Prim de Vichy, y verse su actitud, llegó Becerra á decir á la primera autoridad de Cuba que iría á aquella Isla, y que cualquiera que fuese el acuerdo de los que tuviesen intenciones poco convenientes, las suyas serían siempre de «indicar á los voluntarios cómo sabía morir un español.»

A virtud de una conferencia de Sikles con Prim, aquél telegrafió á Mr. Fish en 25 de Setiembre: — «No se insiste en el plebiscito. La elección de diputados pedida por la Constitución es indispensable preliminar para la independencia. Se han tomado medidas para desarmar á los voluntarios, simultáneamente con la cesación de hostilidades. Ordenes severas se han dado para que no prosigan las escandalosas ejecuciones de

(1) Esto que el Consejo de ministros consideró una paradoja, se vió á los quince días que era una verdad. Un comodoro de los Estados Unidos publicó una Memoria, en la que se evidenciaba la afirmación de Becerra; á saber, que aquella gran nación no tenía buques para impedir que la escuadra española bombardease alguno de sus puertos.

prisioneros y otras crueldades. El general Rodas promete cumplirlas á todo trance. Se dará un decreto para la abolición gradual; el gobierno procederá á las reformas liberales sin esperar la terminación de la guerra.»

Ya en Julio habían empezado á circular rumores sobre la venta de la Isla, y la Junta republicana de Cuba y Puerto Rico dijo, por medio de sus órganos en Nueva York, que el rumor era absurdo; porque por grande que fuera el deseo de los Estados Unidos de adquirir á Cuba, «hay hoy obstáculos insuperables para que ese deseo se realizara. Comprendemos que en otra época, cuando España estaba en pacífica posesión de la Isla, y podía enajenarla por un acto de su voluntad, la unión americana pudiera haber hecho la oferta de compra; pero no acertamos á comprender cómo haya quién de buena fe pueda pensar que estando Cuba en abierta insurrección contra España, con un gobierno de hecho, en posesión de gran parte del territorio, con ejércitos organizados, y reconocida por varias potencias como beligerante, sea posible una negociación que carecería de legalidad.»

El tal periódico proclamaba que vender á Cuba era vender su dignidad, y como independencia ó muerte era su divisa, sabría perecer con honra antes que humillarse.

A poco de esto, en Agosto, el *Diario de Barcelona*, con la firma de su director el Sr. Mañé y Flaquer, insertó un artículo que llamó poderosamente la atención pública. Para dicho señor, las proporciones que había tomado la lucha y su larga duración, revelaban que las relaciones de la metrópoli con aquellas colonias habían de cambiar esencialmente. «No nos hagamos ilusiones—añadía;—no caigamos en el error de creer que bastaría para extinguir todo espíritu de rebelión, modificar nuestras leyes coloniales, assimilar aquellas provincias á

las españolas del continente europeo y gobernarlas unas y otras con un régimen liberal. Los que no conocen el estado social de aquellas Antillas; los que viven de abstracciones y se alimentan de teorías puras, pueden abrigar esta engañosa esperanza, esperanza sugerida quizá por los mismos criollos que trabajan por la separación. Los que conocen aquel país, los que conocen la historia de las colonias, los hombres prácticos, saben que en el fondo de todas esas insurrecciones, de esas quejas, de todos esos clamores, se agita una cuestión de raza, que se traduce por una incompatibilidad de ideas, de costumbres, de temperamento y hasta de instintos; y esa incompatibilidad no se resuelve con un cambio de régimen político administrativo.» Hace con más ó menos exactitud la historia de nuestra deplorable administración en la Isla, administración que era común á criollos y peninsulares; expresa alguna de las causas que les enajenaban simpatías hacia España, declara que ante todo y sin vacilar importaba dominar la rebelión, reprimirla y castigar á los que se habían permitido grandes excesos, y que entonces quedaban cuatro caminos que seguir: —«Conservar las Antillas como país conquistado.—Considerarlas en lo político, en lo administrativo y en lo civil como las demás provincias de España.—Concederlas la independencia.—Cederlas á los Estados Unidos.»

Deschecho, añadía, por desacreditado el primero; el segundo era dar medios á los criollos para que nos arrojaran de allí ignominiosamente en un plazo muy breve, y el tercero sería abandonar á los peninsulares al odio de los criollos y condenar á éstos á que en poco tiempo se vieran reducidos á la triste condición de los mejicanos, ó á que la raza de color hiciera con ellos lo que hizo con los blancos en Haiti; así que, á su juicio, «no quedaba más recurso que entablar negociaciones con los Estados-Unidos para cederles nuestras Antillas».

En apoyo de esta idea, exponía las condiciones que en la *Crónica de Cataluña* proponía D. Gaspar Roig, las cuales eran, que España pedía en compensación del reconocimiento é in-

dependencia de Cuba, que todos los españoles, sus intereses y propiedades fuesen respetados y garantidos como nacionales; que la bandera española en los puertos de la Isla de Cuba, fuese reconocida como bandera nacional y admitidos con iguales condiciones todos los productos de la Península conducidos con bandera española; que los Estados-Unidos, en justa compensación de la cesión que España les hacía de sus derechos sobre la Isla, admitieran en sus puertos los buques españoles, y los trataran para todos los efectos mercantiles, como nacionales, admitiendo igualmente los vinos, aceites, etc.; abonando á España una indemnización pecuniaria, ó, mejor, que se hiciera cargo de todo ó parte de la Deuda española. Preferíase la anexión á la independencia por razones más ó menos atendibles.

En la Península y en Cuba dióse el grito de alarma, no sin que dejaran de emitirse opiniones en armonía con lo publicado por el *Diario de Barcelona*. También se combatió la venta ó anexión de Cuba, y las razones que expuso el Sr. Mañé en escritos, muy atendibles, de los que prescindimos en este sitio en obsequio á la brevedad, no debiendo dejar sin especial mención, el folleto del Sr. Arboleya, director de *La Prensa*, profesor del Instituto, con muchos años de residencia en la isla, publicado con el título de *Tres cuestiones sobre la Isla de Cuba*. «En Cuba, decía contestando al Sr. Mañé, hay dos partidos que se detestan; no podemos fusionarlos ni destruir uno; pues para que no se destruyan mutuamente, vendámoslos al extranjero. Que es como si dijéramos: en España hay un partido republicano y otro monárquico que se detestan y han venido á las manos. Para que no se destruyan, por humanidad, vendamos España al extranjero. O, para valerme de mejor símil: la historia demuestra que en Cataluña existe un partido de independencia en lucha latente, abierta, con el partido nacional. Por humanidad, para que no se destruyan, vendamos Cataluña á Francia. ¿Qué diría V. si el director de *El Diario de la Marina*, de *La Prensa*, de *La Voz de Cuba*, ó de *La Inte-*

gridad Nacional, escandalizara al mundo con semejante consejo en circunstancias de hallarse Cataluña envuelta en la guerra civil?—Pues por lo que V. diría, puede calcular lo que aquí se habrá dicho de V. al leer ó tener noticia de su malhadado consejo...» «Compare V. la Cuba de hoy con Santo Domingo y Jamaica, y después de comparar, no temo su decisión. La Cuba de hoy es la Cuba española; la Cuba que quieren los independientes, sería una copia de Santo Domingo; la Cuba que quieren los anexionistas fotografiaría en grande escala á Jamaica.»

Los catalanes, que tantos intereses tienen en aquella Isla, alarmados por la actitud del *Diario de Barcelona*, enviaron una comisión á Prim, y de la reservada y larga conferencia con él tenida, escribieron, entre otras cosas, lo siguiente: «Las palabras de Juan muy cariñosas y expresivas, y ha dado seguridades para que no tengamos ningún recelo. Fuera de lo que yo pueda decir verbalmente, dí á los amigos, que Juan no ha olvidado sus mañas y que se burla de los *yankees*. Al mismo tiempo que entra en estas negociaciones secretas, se desvive por enviar fuerzas á Cuba para ahogar la insurrección, pero procura que los insurrectos conciban esperanzas y desistan de la guerra, que después todo se andará. Desde luego debéis tener en cuenta que las proposiciones de Juan son inadmisibles para Cuba y para los Estados Unidos, pero abren campo para entrar en argumentos y dar largas al negocio. Nos ha dicho, y debéis creerlo, que él antes que todo es catalán, y que no había de querer perjudicar á sus paisanos... Nuestros diputados hacen lo que todos... Cuando necesitan nuestro sufragio, muy complacientes y mucho prometer, y cuando llegan aquí se convierten en unos b... Ya os contaré cosas curiosas. El único que marcha por buen camino es Balaguer...»

Poco después, dijo Prim en las Cortes: «La Isla de Cuba no se vende, porque su venta sería la deshonra de España, y á España se la vence, pero no se la deshonra.»

Estos antecedentes produjeron el malestar que en un principio llamó tanto la atención de Caballero de Rodas; y al saber lo que se trataba con los Estados Unidos, «se abandonó confiado á las corrientes españolas, impidiendo así, y con gran oportunidad, que se condensaran y formasen tempestades las amenazadoras nubes que aparecían en el horizonte».

El ayuntamiento de la Habana y los demás de la Isla, los españoles todos, protestaron enérgicamente, ofreciendo sacrificar vidas y haciendas para sostener á todo trance la dignidad de la nación. Tanto se exageraron los patrióticos sentimientos, que hasta se trató en serio por peninsulares sensatos, de enviar nuestras fragatas blindadas á las costas de los Estados Unidos para bombardear sus puertos más importantes, en venganza de los despreciativos artículos de los periódicos yankees.

En tales circunstancias presentó Mr. Sikles su nota, en la que hacía presente lo favorable que era la opinión pública en los Estados-Unidos para los insurrectos, cuyo reconocimiento como beligerantes creía difícil demorar; y que si la guerra continuaba, competía al gobierno de los Estados Unidos, en obsequio de la humanidad, apresurar el reconocimiento de la beligerancia de los cubanos.

Si la noticia de que se trataba de la venta de Cuba alarmó los ánimos, la anterior nota llenó de indignación á todos los españoles. Pero aún iba más adelante el gobierno de los Estados-Unidos, ofreciendo sus buenos oficios en favor de la paz de Cuba, á condición de su independendencia, á cuya proposición contestó el ministro de Estado, «no nos permiten acceder, ni el respeto que el gobierno profesa á la Constitución de España, ni otras consideraciones de no menor importancia; pero como la oferta de los buenos oficios ha sido retirada, el gobierno español no puede menos de considerar retiradas también las bases en que se fundaba».

Sikles retiró la oferta de mediación entre España y Cuba, cuya oferta se basaba, según decían de Washington, en una

intimación extraoficial del mismo general Prim, de que dicha oferta sería aceptada por España, no pudiendo en este caso rechazarse el que depusieran las armas los insurrectos, en vista de los consejos del gobierno americano, á dar una amnistía general; ni á la elección de diputados á Córtes, pero sí al desarme de los voluntarios, á que se decidiera la cuestión de la independencia por medio de un plebiscito fundado en el sufragio libre, y á que en el caso de desear los cubanos su independencia, se abonara una indemnización á España, bajo la garantía de aquellos Estados, lo cual equivalía á la venta.

Prim no pensaba, ó al menos no consideraba muy fácil, sin pérdida de su prestigio, la venta de la Isla de Cuba, aun cuando le preocupara lo mucho que costaba á la sazón su sostenimiento; pero sobre no escasear gastos ni sacrificios para enviar fuerzas á defender en aquellos campos la integridad nacional, mostrábase siempre dispuesto y decidido á no ceder en cuanto pudiera afectar á la dignidad española. Creía obrar diplomáticamente, infundiendo lisonjeras esperanzas en los separatistas, tanto para ganar tiempo como para darle, á fin de que se fueran cansando los que defendían armados la independencia cubana. De aquí que en sus proposiciones basaba los tratos en el desarme de los insurrectos, que bien conocía Prim era imposible; pero todo esto que aparecía en la superficie, no era exacto; los tratos para la venta de Cuba se efectuaban en secreto.

Publicáronse en Marzo de 1870 los documentos de casi todo lo que había mediado entre los gobiernos de los Estados- Unidos y de España. La nueva alarma que esto produjo superó á la anterior. Sintetizando el sentimiento de los españoles residentes en Cuba, el Casino español de la Habana dirigió á *El Pueblo Español* un valeroso escrito, protestando solemne y enérgicamente contra «la vil y humillante proposición de la venta de Cuba» á que se refería un telegrama de Madrid, como hecha por una parte de la prensa. Maltrataba á los que á tal se atrevieron, y terminaba aquella especie de alocución,

diciendo: «Y dejamos hecha promesa con juramento inquebrantable, que afrontaremos impasibles la nota de inobedientes, antes que permitir que esta tierra sea arrancada del mapa de nuestra nación. Y en la fe de nuestra conciencia y en la convicción de nuestro valer, repetimos ahora lo que al gobierno y á las Cortes ya hemos dicho. LOS ESPAÑOLES QUE ESTÁN EN CUBA PODRÁN SER VENCIDOS, CEDIDOS Ó VENDIDOS JAMÁS. CUBA SERÁ ESPAÑOLA Ó LA ABANDONAREMOS CONVERTIDA EN CENIZAS.»

Todos los casinos de la Isla, todas las sociedades y corporaciones, todos los voluntarios se adhirieron al anterior escrito, demostrando su patriotismo en ardientes y bellísimos períodos, así como las poderosas razones de utilidad y conveniencia que imponían la conservación y defensa de la integridad nacional. Aun en la Península no era cuestión de partido lo que se consideraba honra de España; así que el círculo carlista alavés dirigió patriótico escrito á sus hermanos de Cuba, protestando hasta de los rumores de que se trataba de venderla á los Estados-Unidos.

Háse dicho que tanto las negociaciones de Prim, como la propaganda periodística, habrían podido ser, en vez de desastrosas, salvadoras, estudiándose detenidamente la cuestión antes de abordarla; si en vez de obrar con torpe disimulo, se hubieran iniciado negociaciones en el sentido de concederles á aquellos habitantes, partiendo de la base de los vencedores y formar de las personas de más responsabilidad una especie de gobierno propio, una autonomía más ó menos definida, una sanción y derecho en la influencia política, que de hecho disfrutaba desde que la gobernación de Dulce mató el principio de autoridad; pero para llegar á tal caso, faltó la necesaria previsión en los poderes públicos de la metrópoli. Tampoco tenían completo conocimiento de lo que verdaderamente pasaba en la Isla, que no era lo que los generales decían, como lo tenemos demostrado, ni conocían las exactas aspiraciones de peninsulares y cubanos, y juzgaban *á posteriori* de los

sucesos que les comunicaban, desfigurados la mayor parte de las veces. La intemperancia gubernativa que dominaba ya por completo á cierto ministro, que produjo escritos que le debieron ser muy desagradables, la actitud de los políticos y de los periodistas de Madrid, profundizó más la sima que dividía á unos y otros contendientes y ocasionó inmensos daños á Cuba.

Después del poco edificante incidente parlamentario del Sr. Becerra con el Sr. Romero Robledo, reemplazó á aquél en el ministerio de Ultramar el Sr. Moret, redactor que había sido de *La Voz del Siglo*, fundado, en unión de otros, por el antiguo reformista D. Nicolás Azcárate, produciendo alguna alarma entre ciertos elementos las conocidas aficiones reformistas del nuevo ministro, así como se desconfiaba de su poca edad para puesto tan importante y en tan difíciles circunstancias, temiéndose ligerezas peligrosas á que le arrastraban sus facultades imaginativas. Todos los asuntos de Cuba exigían gran reflexión, porque todos eran de trascendencia; y ya se ha dicho, pronto se tocaron las consecuencias de no haberse observado tan imprescriptible regla de conducta en las reformas, no todas muy meditadas, que emprendió, y en el camino seguido, quizá con la mejor buena fe, para terminar la guerra.

Los españoles de Cuba, que no podían juzgar por interioridades que desconocían, se disgustaron al saber que se andaba en tratos é inteligencias con los insurrectos, al ver que el *Diario de Barcelona* defendía la venta de la Isla de Cuba, al conocer el íntimo y público afecto que unía al Sr. Sickles con el Sr. Rivero, presidente de las Cortes, y, por último, al evidenciarse la actitud en que se colocó el capitán general de Cuba, Caballero de Rodas, en contra de unos tratos que sublevaban el patriotismo español. Se originaron dificultades y complicaciones que, no sólo produjeron la dimisión de la autoridad superior de la Isla, sino que alentaron á los insurrectos y

empeoró la situación que se atravesaba, bastante crítica de suyo.

A principios de Agosto telegrafiaba en cifra el ministro de Ultramar al capitán general: «No insista V. E. en la sumisión de insurrectos; tengo indicaciones de París y New-York, y espero pronto pacificación completa.»

Además de grave, era incomprensible tal telegrama, porque nada se perdía con las presentaciones, todo lo contrario; y como poco antes le había consultado el Gobierno sobre la conveniencia de abrir negociaciones en Madrid, opinando negativamente Caballero de Rodas, le colocó en situación poco envidiable, ó, cuando menos, confusa. ¿Era que se oía en Madrid á los elementos más temibles de la insurrección? ¿A los que, dispuestos á todo género de humillaciones, se disponían á hacer protestas repugnantes, pidiendo amplia y general amnistía y devolución de sus bienes embargados, para, como dijeron en documentos no desconocidos de los centros oficiales, y repitieran: «nos hemos equivocado; no es el camino de las armas el que debemos seguir; aún es tiempo de enmendar el error; volvamos á la bandera de las reformas; tomemos puesto en las filas de los voluntarios, en el Congreso y en la prensa de Madrid, é iremos al fin?» Este era la independencia; los que la procuraban se dirigían al gobierno de la metrópoli para hacerle instrumento de su sagacidad.

Ya en otro sitio nos ocupamos de las negociaciones que, en nombre del gobierno español, tuvo con los insurrectos el reformista cubano y abogado D. Nicolás Azcárate, hijo de padres españoles, que evidenció, en actos públicos, su españolismo, así como en la prensa, en Madrid, su inteligencia periodística en la defensa de sus ideas y reformas para aquella Antilla. Así que, nada más natural que al encargarse del ministerio de Ultramar el Sr. Moret, uno y otro aprovecharan su mutua amistad para procurar el fin de tan funesta guerra, que,

como todas las civiles, suele ser por fraternal avenencia ó por pactos interesados. Por entonces, al menos, no se dió á Azcárate el encargo de arreglar la venta de Cuba; encomendóse á otro este cometido. El conferido á Azcárate, era continuar las negociaciones que habían iniciado Dulce, Valmaseda y otros.

Otro agente, más que del gobierno, del general Prim, llevó allende los mares el encargo de concertar un arreglo entre España y la república de Cuba, ó, más bien, venderla.

Era el comisionado un particular, D. Miguel Jorro, persona muy digna de la confianza que en él se depositaba, que lo mismo podía servir para entretener á los separatistas que para acordar con ellos formales convenios; siendo opinión de algunos, por lo que á Prim oyeran quizá, que todo había de someterse á la sanción de las Cortes, pues no estaba dispuesto aquel general á prescindir de ellas, aunque pudiera pensarse otra cosa al fijarse en las iniciativas á que se lanzaba.

Prim tenía la convicción de que Cuba se perdería para España, más ó menos pronto; le dolían los sacrificios que en hombres y dinero se hacían, y no hallaba otra solución que desprenderse con utilidad de lo que tan gravoso consideraba. Hacía tiempo que acariciaba tal idea, y cada vez afirmábase más en ella, considerándola muy patriótica, porque temblaba que pudiera llegar un día en que no se pudieran enviar hombres ni recursos, en lo cual le ofuscaba el pesimismo.

Poco tiempo después que Azcárate llegó Jorro á los Estados-Unidos, con más amplios poderes que el anterior y con bien distinto propósito. Es verdad que no creemos que el señor Azcárate aceptara nada que se relacionase con la venta de Cuba. Defendía las reformas que consideraba necesarias para la mayor prosperidad y seguridad de la Isla; pero no tenemos la menor noticia de que manifestara en ocasión alguna, no sólo el deseo de la enajenación, aun á los mismos cubanos, sino el que fuera conveniente su independendencia. Sabía bien, sin duda, el famoso dicho de Bolívar: «Hemos alcanzado la

independencia, es cierto; pero, he de confesarlo con rubor, ha sido á costa de todos los demás bienes que antes teníamos.»

Prim reservó tanto su pensamiento, que ni le comunicó al capitán general de Cuba: así escribía éste al ministro de Ultramar en 28 de Febrero de 1871:

«En la revista última di á V. E. cuenta de la presentación en Nueva-York de dos misteriosos individuos, en calidad de agentes comisionados del partido laborante de la Península. Los periódicos han hablado de ellos, y parece haberse ya descubierto como cosa cierta, que son un tal Jorro y otro. Aquel es el redactor de *El Sufragio universal*, periódico que se publicaba en esa corte, y cuyas páginas, acogidas siempre muy favorablemente por la *La Revolución* y *El Demócrata*, muestran la calidad y tendencias de las doctrinas que han propagado en Madrid, y cuál sería el carácter de la misión que ha traído á Nueva-York.»

¿Cuál hubiera sido su asombro, como lo fué el de todos, á haber visto el resultado del cometido del Sr. Jorro, si es que no se extralimitó de las instrucciones que recibiera del general Prim? Después de laboriosa gestión, aunque la impidió por bastante tiempo el haberse fracturado una pierna al desembarcar, no sabemos si, ateniéndose estrictamente á órdenes recibidas ó extralimitándose, repetimos, se terminaron y firmaron las importantísimas siguientes

BASES PARA UN ARREGLO DEFINITIVO ENTRE ESPAÑA Y LA REPÚBLICA DE CUBA

«Los infrascritos, D. Miguel Jorro, agente confidencial del gobierno español, por autorización de los excelentísimos señores D. Juan Prim, presidente del Consejo de ministros, etc., fechada en Madrid á 28 de Octubre de 1870, por una parte:

»Y por otra, José Manuel Mestre y José Antonio Echeverría, comisionados representantes de la República de Cuba en el extranjero, según sus nombramientos, habiéndose exhibido

y examinado mutuamente sus credenciales, y después de varias y detenidas conferencias, con objeto de poner término á la guerra fratricida que hace más de dos años está devastando la Isla de Cuba, han convenido en sentar las siguientes bases, sujetas á la ratificación de sus respectivos gobiernos:

»*Primera.* España reconocerá la independencia de la Isla de Cuba.

»*Segunda.* Cuba pagará á España, en la forma y plazos que se acuerden, una suma equivalente al completo y definitivo abandono por su parte, de la segunda en favor de la primera, de todas las propiedades públicas de cualquier género que sean, entendiéndose comprendida en dicha suma la necesaria para garantir el pago de la deuda que el gobierno español tenga contraída con el Banco de la Habana al ratificarse las presentes bases, así como también el importe total de las cantidades embargadas ó confiscadas por el mismo gobierno y que deben devolverse á sus legítimos dueños.

»*Tercera.* La república de Cuba no reconocerá ninguna otra deuda de España, cualquiera que sea su denominación ú origen, fuera de las dos mencionadas bases precedentes.

»*Cuarta.* Aceptadas y ratificadas estas bases, se suspenderán inmediatamente todas las hostilidades por una y otra parte, y todas las medidas adoptadas con motivo de la guerra contra las personas ó contra las propiedades.

»*Quinta.* Se celebrará un tratado de comercio entre España y Cuba, concediéndose mutuamente facilidades y franquicias, cuyo tratado deberá ponerse en ejecución dentro los seis primeros meses después de proclamada la independencia de Cuba.

»*Y sexta.* La república de Cuba se compromete á proteger las personas y las propiedades de los españoles que residan en la Isla, en cuanto los últimos no estén en oposición con las leyes fundamentales de la misma república.

»D. Miguel Jorro comunicará á los comisionados cubanos dentro de un breve plazo la aceptación de estas bases por el gobierno de España.—Al mismo tiempo proporcionará á los

comisionados cubanos los medios convenientes para entenderse sin dificultad con el gobierno de la República de Cuba al través del bloqueo y de las líneas españolas, cuando fuese necesario.

»El plazo para la ratificación de las bases por ambas partes contratantes será el de un mes, empezado á contar desde que llegue á conocimiento de los comisionados cubanos la aceptación de España, en los términos que expresa el párrafo anterior.—Simultáneamente á la ratificación de las bases, nombrarán ambas partes contratantes comisionados con plenos poderes para celebrar los tratados á que las mismas bases se refieren, así como también para acordar determinar y firmar los pormenores con que deben ponerse en ejecución; y cualesquiera otros convenios que, dado el reconocimiento de la independencia de Cuba, se consideren provechosos para consolidar la paz y las buenas relaciones entre ambos países.

»Las conferencias para llegar á ese resultado se celebrarán en tierra neutral, y la ratificación de los tratados en que convengan los plenipotenciarios deberá efectuarse dentro de los dos primeros meses después de firmados por ellos.—Nueva York, Abril 21 de 1871.—Firmado.—*Miguel Jorro.*—*J. A. Echeverría.*—*J. M. Maestre.*»

ANTONIO PIRALA.

LA BUENA FAMA

(CONCLUSIÓN)

XV

LA pérdida de la muñequita dió ocasión á Calitea para acreditarse más que nunca de prudente, discreta y sufrida. Conoció que toda la culpa era suya, por no haber puesto á buen recaudo á la muñequita, encerrándola bajo llave, y no se quejó ni se enojó contra persona alguna. Doña Eduvigis y D. Prudencio trataron de hacerle creer que, como la muñequita era cosa de hechicería ó de magia, el diablo había venido por ella y se la había llevado. Calitea aparentó creerlo para no disputar; pero hartó comprendió que los raptos habían sido el clérigo y su madre. La sana intención con que ambos habían procedido era, sin embargo, tan evidente, que Calitea, en el fondo de su alma, los perdonaba; y, considerando el negocio desde el punto de vista de ellos, les daba la razón.

No impedía esto que doliese mucho á Calitea haber perdido aquel precioso juguete, legado y recuerdo de su padre y presente y obra de sabio tan eminente y benéfico como Criyasacti.

La muñeca la había tenido embelesadísima; pero nunca esperó nada de la muñeca. El chiste, que en ella estaba oculto y comprimido, y que, según el doctor Teódulo, había de estallar en el momento más oportuno é inesperado, podría divertir un rato su tristeza, pero jamás arrancarla de su pecho y

darle felicidad, haciendo bien logrado su amor, de cuyo objeto la separaba un abismo.

En suma, Calitea sentía la desaparición de la muñeca, no por interés, no porque esperase de ella favor y ventura, sino por cariño á su padre, por gratitud al mago indio, y algo también por cierta curiosidad, que ya no podría satisfacer, de ver la explosión del chiste.

El doctor Teódulo le había explicado que, si bien Criyasacti no trabajó nunca para divertir á nadie, ni empleó su raro saber como medio de granjería, á veces, en ratos de buen humor, había fabricado (encajando siempre al fin una severa lección moral) ciertos artificios que, cuando menos se pensaba, largaban un chiste. A tales artificios llamaba él en su lengua india, que era el sanscrito ó, como dicen otros, el sánscrito, *cápsulas chistosas*. La mejor de estas cápsulas hubiera sido la muñequita, si no se hubiese perdido.

Oigamos ahora lo que dijo el doctor Teódulo cuando visitó á Calitea y Calitea le dió noticia de tamaña desgracia.

Es materia muy sustancial, y conviene que se oiga ó se lea con atención y paciencia.

El doctor Teódulo dijo:

—Lo ocurrido me aflige extraordinariamente. Aunque me conste que nadie pudo romper, quemar ó destruir la muñequita, doy por seguro que D. Prudencio la ha sepultado en las entrañas de la tierra ó la ha echado en el pozo, desde donde la corriente se la habrá llevado al fondo del mar. Criyasacti preveía y calculaba mucho; pero ¿calculó y previó tu inmenso descuido y la inverosímil y atrevida simpleza de D. Prudencio? Si no contó con estos datos, si, como yo me inclino á sospechar, dejó este cabo suelto, toda su previsión será inútil; su artificio maravilloso no nos servirá de nada. Acaso, por no poder cumplir el mandato imperativo de su autor, se quede la muñeca en los recónditos lugares donde ha ido á parar, sin que se desbarate ni afloje la invencible y apretada trabazón de sus moléculas, hasta la consumación de los siglos. Acaso el

mandato de Criyasacti y la cohesión, su efecto, tengan por término el de tu vida, y la muñequita, permaneciendo inerte y sin gracia, se deshaga y muera, ¡oh Calitea!, sólo cuando tú te mueras. Acaso, por último, la muñequita dispare, un día, su chiste, sin resultado ni lucimiento, como saeta que no toca en el blanco, á causa del imprevisto empujón que algún tonto ó algún mal intencionado da en el brazo al hábil flechero que está haciendo la puntería. Pero, ¿qué sabemos? La ciencia de intro-inspección posee recursos que nosotros, profanos ó aprendices, no alcanzamos á concebir. El que es docto en esta ciencia, allá en lo hondo de su mente, ve el mundo de las ideas, del que es remedo el mundo visible, y le ve tan claro y tan sin limitación de lugar y de tiempo, que lo mismo nota lo que está en fanal cristalino que lo emparedado en espeso muro ó embutido en otro cuerpo opaco; lo mismo contempla lo que se pierde ó apenas se columbra en lo más remoto de los cielos que lo que se pone encima de las narices, y lo mismo que lo presente descubre lo venidero con todas sus menudencias, porque la marcha tortuosa de los casos está señalada en su espíritu como en el mejor mapa el sesgo curso de los ríos. Al discurrir así renace mi esperanza. Nada tiene de imposible ni de sobrenatural que Criyasacti lo previese todo, incluso la tontería de D. Prudencio, haciéndola entrar en sus planes.

—Pero, ¿qué planes serían esos?—preguntaba Calitea.

El doctor contestaba siempre que los ignoraba.

Otras veces, Calitea, dejándose influir por lo que oía á don Prudencio, recelaba que fuesen diabólicos el saber y el poder de Criyasacti, ó dudaba de la grandeza de tal poder y de tal saber, si eran meramente naturales y humanos.

El doctor Teódulo entonces insistía en las razones que ya había aducido ó empleaba otras nuevas.

—No lo dudes, hija—exclamaba—la intro-inspección es el mejor método, la vía recta, la trocha y el atajo para llegar á la ciencia. El que se reconcentra en sí mismo, aquieta ó mata sus pasiones y se abstrae del mundo exterior, lo ve todo en sí

ó lo ve casi todo, y hace luego cuanto se le antoja. Por eso aquel célebre filósofo de mi tierra, llamado Demócrito, á fin de verse en lo interior con fructuoso recogimiento, cuentan, aunque algo puede haber en ello de ponderación simbólica, que se sacó los ojos. Quiso perder la vista material y grosera para adquirir la *segunda vista* y ser zahorí y adivino. Y por lo que toca al poder que la intro-inspección otorga, los sabios de la gentilidad greco-romana le han reconocido é igualmente le reconocen y acatan varios sabios cristianos, de estos que se apellidan escolásticos, adelantándose á todos Alberto Magno, que hoy vive. He de confesar, no obstante, que de la ciencia de intro-inspección apenas hay hasta ahora algunos atisbos en Europa y en el Occidente de Asia. En Europa acaso empiece á florecer dentro de siete siglos. Donde florece hoy es en la India, desenvolviendo en quien la estudia lo que llaman *fuerza psíquica*, que todo lo puede. Te citaré lo que acerca de esta fuerza dice el médico árabe Avicena, que estuvo en la India, á lo que yo creo. Tal vez exagere un poco, pero asegura que el alma santificada y limpia de pecado adquiere tales bríos, merced á las intro-inspectivas meditaciones, que, sin chispa de milagro sino naturalísimamente, alborota los elementos, atrae á torrentes la lluvia, amansa ó desencadena los vientos y promueve tempestades que truenan y que fulminan. No sostiene, á la verdad, haber presenciado todo esto; pero, en prueba de lo que puede la *fuerza psíquica*, aun ejercida desde lejos, da testimonio de la caída de un camello, que un hombre, dotado de dicha fuerza, derribó á cien pasos de distancia, sólo con decir quiero derribarle. En confirmación de lo cual, habla el ya mencionado Alberto Magno de dos muchachos, conocidos suyos, contra quienes no valían candados, ni cerrojos, ni llaves, porque, con la voluntad y sin toque corpóreo, abrían de par en par las puertas más sólidas y mejor cerradas. Se explica este poder del alma en la materia, sobre todo si el alma es la de un sabio, porque, no bien forma ésta algún propósito, cuando produce, en lo más sutil y puro de la sangre del cuerpo

que anima, ciertos espíritus alambicados, ó más bien ciertos globulillos tenues, etéreos é incoercibles, que se mueven con más velocidad que la luz y se cuelan por todas partes. El sabio envía luego estos efluvios adonde mejor le parece, y les manda que allí se instalen y no cesen de operar, sin perder energía, hasta que se cumpla su voluntad, que fermenta y se agita, incorporada en ellos. Así, pues, si en la muñequita, y yo no lo dudo, hay efluvios de Criyasacti, aún es posible que dé la muñequita razón de quién es, cuando más descuidados estemos.

Calitea oía estas cosas con la atención que merecen, y se enteraba bien de ellas, porque era muy lista: pero ya dudaba de todo, ya creía algo, ya no creía nada. Lo cierto es que no tenía grande afición ni á las ciencias ocultas ni á las paladinas.

El arte era su refugio, su deleite, y su único amor bien pagado.

Ya no era ella la modesta costurerilla de años atrás, sino una artista de primer orden y de excelsa nombradía: la más admirable bordadora de su siglo.

XVI

D. Hermodoro, después de su trastada, andaba huido, como se dijo, y no quería, de puro miedo, ver á Calitea; pero seguía prosperando con su comercio, y tenía lo que llaman, en los países del Norte de Europa, tienda abierta de *galanterías*.

No se escame ni se escandalice el pío lector, porque no es nada malo. En los indicados países, donde yo resido al presente, así como del que vende especias, confites, roscos, pastelillos y hasta salchichas, se dice que vende *delicadezas*, del que

vende ricas telas, figuritas y vasos de porcelana y de bronce, y demás pequeños objetos de arte para adorno de los salones, se dice que comercia en *galanterías*. La mejor tienda de esta clase que, por ejemplo, hay ahora en Viena, es la de Weidmann, y la mejor tienda que de lo mismo había entonces, en la ciudad teatro de mi historia, era la de D. Hermodoro. Allí se veían lujosos cofrecillos, esmaltes de Limoges, pebeteros y puñales de Damasco, tapices de Esmirna y de Persia, guadamacías y otros cueros labrados en Córdoba y en Tafilete, jarrones y copas de ataujía toledana, cristalería de Venecia, mosaicos de Bizancio, bandejas repujadas, y quién sabe cuántas monerías y caprichos. No había artículo de alta novedad que allí no se encontrase. Las principales señoras acudían, pues, engolosinadas, á verlos y comprarlos. La parroquiana más asidua era la duquesa, que ya conocemos, mujer del virrey y amiga del rey, la cual no se cansaba de comprar primores para hermosear cada vez más el gabinetito ó *boudoir* en que tenía con su majestad *egerianos* coloquios.

D. Hermodoro, que era muy experto, conociendo la merecida reputación de Calitea, se entendía con ella, sin dar la cara, por medio de sus agentes y corredores; y hacía más de un año que le había encargado bordar dos reposteros en los que echase el resto, luciendo toda su habilidad. En ellos había de haber algo alegórico que redundase en alabanza del rey, pero la traza ó dibujo del bordado quedaba al arbitrio de la artista.

Inspirada ésta, se puso á bordar, y bordó dos verdaderos prodigios. Amplia cenefa, formando cuadro, lo contenía todo. Sendos festones oblicuos cortaban los ángulos. Cenefas y festones eran, en un repostero, de verdes hojas de laurel y de robusta encina con bellotitas de oro; y en el otro, guirnaldas de mirto y rosas. En los centros había medallones ovalados. Calitea quiso figurar en el primer repostero la grandeza militar y política de la monarquía; y su prosperidad económica en el segundo. Así es que llenó respectivamente los espacios cerra-

dos por los festones con las imágenes de las virtudes cardinales y de los genios de la agricultura, de la industria, del comercio y de las artes. Servía de sostén á un medallón el águila bicípite, con las alas extendidas y un manojo de rayos en cada garra, y le coronaba la fe. El sostén del otro medallón era un toro, y la corona dos cuernos de abundancia, que derramaban un diluvio de racimos de uvas y de otras frutas. Este diluvio comestible caía por fuera del óvalo. En el otro repostero había estrellas y luceritos en lugar de uvas. En fin, en uno de los medallones del centro figuró Calitea á San Miguel con el Diablo encadenado, como estaba en la catedral, y un letrero que decía: *Gracias al Arcángel su patrono*: y en el otro medallón representó á la Fama é inscribió por letrero: *Gloria al Rey*. Lo último que bordó Calitea fué la figura de la Fama; y era tal la impresión que había producido en su mente la muñequita, que hizo su retrato con asombroso parecido.

D. Hermodoro pagó con esplendidez aquel trabajo magistral; pero le vendió en seguida en triple precio. La duquesa le vió; al verle se quedó vizca de admiración; dió sin regatear lo que D. Hermodoro tuvo á bien pedirle por él, y mandó que se le llevasen sin tardanza á su casa-palacio.

El rey, que iba entonces casi diariamente á visitar á la duquesa, pudo admirar y admiró, aquel mismo día, los dos reposteros, colgados ya en el *boudoir*.

Preguntó quien era el artífice autor de tan bella obra, y la duquesa contestó que una tal Calitea.

Al oír aquel nombre, necesitó D. Miguel de todo su disimulo y presencia de espíritu para ocultar su turbación y hasta las mal reprimidas lágrimas que llegaron á humedecer sus párpados. Su conversación con la gran dama fué más breve y menos cariñosa que de costumbre, y pronto se volvió á palacio, bastante preocupado.

Aquella noche no pudo pegar los ojos hasta tarde. Mil memorias é ideas agridulces le tuvieron desvelado.

Pensó en el talento, en la hermosura, en la honestidad y

en la constancia de Calitea, y se avergonzó de la vida que llevaba él, hacía más de tres años.

Al fin se durmió, pero le molestó, en su intranquilo dormir, aflictiva serie de extravagantes ensueños. Ya era él, y no Lucifer, el sujeto á quien el San Miguel de uno de los reposteros tenía encadenado á sus plantas. Ya se animaba la buena Fama representada en el otro repostero, y le miraba con ojos amenazadores.

Tan nervioso é inquieto despertó el rey por la mañana, que sintió deseos de hacer ejercicio para calmarse. Salió, pues, muy temprano á caballo, acompañado solamente de Leoncio.

Al pie del regio alcázar, edificado en una altura, se extendía el magnífico parque. Fuerza es confesar, aunque pese á nuestro patriotismo, que su arbolado era más frondoso y rico que el de la Casa de Campo de Madrid. Nada tenía que envidiar al de los bosques de Lacambre y Boulogne en Bruselas y París, ni al del jardín inglés de Munich, ni al del Prater de Viena.

Aquel parque no estaba abierto para el público sino en los días festivos. En los demás días todo era en él soledad y silencio.

Leoncio se quedó muy atrás. El rey pudo, mientras cabalgaba por los sitios más umbríos y agrestes, dar rienda suelta á sus cavilaciones.

Estas, merced á una moral laxa, algo acomodaticia y muy bien aplicada, tuvieron un resultado tranquilizador y satisfactorio.

«Calitea—pensaba y decía el rey para sí—hubiera sido, si por casualidad no llega á conocerme, una mujer honradísima, pero ni más ni menos que otras muchas mujeres honradas. Sin duda se hubiera casado con algún hortera ó con algún sastre. Yo la levanté de cascos. El amor que me inspiró y que tuve la dicha de inspirarle, ennobleció y elevó su espíritu y la hizo capaz de ser un modelo de virtud y una artista gloriosa. Luego, bien mirado, no hay que compadecer á Cali-

tea, ni declararme yo con culpa, ni en falta. Ella es quien debe estarme agradecida. Cuando la divina Providencia nos puso en tan apartadas esferas sociales, es evidente que quiso que fuesen pasajeras nuestras relaciones. Además, ¿qué he de hacer yo para reanudarlas? La moza es tan arisca, que mostrarle de nuevo mi ternura sería exponerme á mayores desaires y sofiones. Con Calitea estoy de sobra cumplido. De lo que me culpo es de no imitar su ejemplo. Mi poder santificante, purificador y sublimador se ha ejercido en ella... ¿Por qué no ha de ejercerse también en mí mismo? Vamos... está visto. Es menester que yo me enmiende. Lo primero que voy á hacer es señalar una buena pensión á la cantarina siciliana, y enviarla con la música á otra parte. Es tan desvergonzada la tal cantarina, que es un foco de inmoralidad que lo inficiona todo. En cuanto á la duquesa, ya es harina de otro costal. ¡Qué dignidad en medio de todo! ¡Lo que sabe! ¡Cuán atinados consejos los suyos! Nada... No es posible que yo me prive por completo de su útil y dulce conversación y de su afable trato. Pero es una crueldad que el pobre virrey, que está ya viejo y achacoso, viva solo en su virreinato, sin mujer que le consuele, le cuide y le mime. Haré que la duquesa se vaya largas temporadas á acompañar y á cuidar á su marido, sin perjuicio de que venga por aquí de vez en cuando á charlar conmigo y á prestarme el auxilio de sus luces. Yo, entre tanto, debo corregirme: cambiar de vida. Mi madre, mis consejeros más fieles y los próceres del reino me excitan á que me case. Cederé á la razón de Estado. Me casaré. El rey Erico de Suecia está deseando que le pida yo la mano de su hija mayor, princesa rubia, fina y estimable como el oro. Mi madre lo tiene ya todo concertado, y yo lo he ido retardando hasta hoy. No lo retardaré más. Enviaré á escape á mis embajadores para que celebren la boda por poderes y me traigan á la futura.»

Así lo arregló todo D. Miguel, y su espíritu se quedó muy sereno: pero como era á mediados del mes de Agosto, hacia

calor, y aquella meditación había sido al trote y al galope de un fogoso caballo, el rey estaba sofocadísimo y con ganas de bañarse.

En lo más esquivo y retirado del bosque había un pequeño y bonito lago. Sus aguas eran frescas y cristalinas. La profundidad grande. Los árboles que en la orilla crecían le daban grata sombra.

Allí decidió el rey bañarse: envió á Leoncio por ropas al alcázar, que estaba cerca, y confiando su caballo á un guarda se desnudó en la casita donde el guarda moraba, y se echó al agua, nadando con deleite.

Dejémosle que nade. Ni él ni nadie hubiera podido prever que aquella natación iba á ser el momento más solemne y decisivo de toda su existencia.

XVII

Al día siguiente, y al toque de ánimas, cuando el doctor Teódulo cenaba descuidado en su casa, llamaron con precipitación á la puerta. Abrieron, y entró á hablar al doctor un gentilhombre de su majestad que le traía un recado urgente. Según lo que dijo, el rey estaba en cama, enfermo de algún cuidado. El día anterior le habían traído de bañarse en el parque, tendido en una camilla. Los médicos más hábiles habían estado á visitarle. Todos se reconocieron incapaces, no sólo de curar, sino de clasificar y explicar su enfermedad, inaudita y nunca observada antes. Sobre sus síntomas y circunstancias se callaban los doctores. El rey les había ordenado que guardasen secreto. Sólo dejaban entrever que en el mal había hechizo; y así, en una consulta que acababan de celebrar, habían declarado unánimes, que el único que podría

curar al rey era el doctor Teódulo, famoso en toda la ciudad por sus curas, hasta el extremo de que le apellidasen el octavo sabio de Grecia, y que además tenía sus puntas y collar de hechicero.

El gentil-hombre venía, pues, en busca del doctor Teódulo.

De parte del rey le pidió que sin dilación le acompañase. Breves instantes después el doctor estaba en palacio, y en la misma estancia donde yacía el rey en su lecho.

Allí hicieron entrar al doctor solo y con cierto recato.

Hechos los saludos y reverencias que entonces se estilaban, el doctor contempló la hermosa cara del rey, y vió resplandecer en ella toda la saludable lozania de la más robusta juventud; le miró la lengua, y la halló limpia; le tomó el pulso, y notó que le tenía fuerte, regular y pausado.

—¡Majestad!—preguntó luego el doctor.—¿Tienes buen apetito?

—Devoro—contestó el rey.

—¿Te duele algo?—volvió á preguntar.

Y replicó el rey:

—No me duele absolutamente nada.

—Entonces—dijo el doctor con la franqueza que le era propia—tú no tienes mal ninguno; estás mil veces más sano que yo y que todos.

—¡Ay! ¡ay!—exclamó el rey, exhalando dos ó tres amargos suspiros.—Lo que yo tengo no me duele mientras no intentan quitármelo; pero me estorba si no me lo quitan. Está en delicadísimo sitio, y no me suelta ni se desprende. Es una máquina infernal que me han disparado. Es un monstruo, submarino ó acuático, que me mordió ayer en el baño. No me deja andar, ni montar á caballo, ni estar sentado, ni vestirme, como no me ponga un balandran ó una bata muy ancha. Los más terribles instrumentos punzantes, cortantes, perforantes y triturantes, no han valido contra este fenómeno; no han podido descascararle siquiera. Y lo peor es que mis vasa-

llos se van á burlar de mí; si lo saben, y me van á llamar el rey con apéndice: ¡Mírale, mírale!

Y el rey se descubrió y dejó ver al doctor la pícara muñequita, creación pasmosa de Criyasacti.

—*¡Eureka, Eureka!*—gritó el doctor, repitiendo la ovante y jubilosa palabra de su compatriota Arquímedes.

—La previsión de Criyasacti ha sido completa. ¡Todo ha entrado en sus sapientísimos planes!

Entonces explicó al rey, en breves frases, cuanto había ocurrido con la muñeca; la sugestión que había puesto en ella el sabio indio, ignorada por él y por todos hasta aquél momento; y cómo el presbítero y doña Eduvigis habían arrojado la muñequita al pozo, desde donde ella se vino al lago. Consoló, por último, al rey; le dijo que no se apurase; y le prometió que, á la mañana siguiente, á las ocho en punto, traería él á palacio el indefectible y pronto remedio de aquella incómoda molestia.

Bien sabía el doctor Teódulo lo que se pescaba. Conocidos ya el giro y cariz que tomaba el asunto y la conducta que iba observando la muñeca, lo demás se caía de su peso. El doctor percibía con claridad el designio de Criyasacti. Sólo Calitea tenía poder para deshacer aquel hechizo, y él no dudaba de que Calitea no se haría de pencas, seguiría sus instrucciones, y socorrería á su dulce amigo en cuita tan ominosa.

En efecto, al otro día, y con la mayor puntualidad, á la hora misma que el doctor había anunciado, se abrió con suavidad la puerta de la alcoba del rey, volviendo á cerrarse en seguida; pero dejando entrar un bulto negro, que con pasos vacilantes se dirigió hacia la cama.

El lector habrá adivinado que el bulto era Calitea. El rey, que no era más tonto que el lector, lo adivinó también. Calitea no intentaba disfrazarse ni hacer el bú, sino que de puro pudorosa quiso venir de tapadillo y muy rebozada en su manto.

No pronunció palabra. Tampoco chistó D. Miguel, si aver-

gonzado de la situación en que se hallaba, satisfecho y alegre de la caritativa visita.

Adoctrinada é industriada Calitea por el doctor Teódulo, se acercó al lecho, hizo un esfuerzo de voluntad para vencer su virginal timidez, introdujo la diestra por entre las sábanas, buscó y halló la muñeca, la cogió por la peana, y dió un tironcito.

No fué menester más. *La buena fama*, dócil y obediente, soltó la presa, sin lastimar ni mortificar.

Calitea la sacó con prontitud y la puso en un velador que había en el centro de la grande y regia alcoba; pero D. Miguel había asido á Calitea por un pico del manto, de suerte que, al apartarse, el manto se le cayó, y quedó ella en cuerpo gentil, en mitad de la estancia. D. Miguel pensó que se abría el cielo y que veía algo de lo más hermoso que hay por allí. Calitea estaba floreciente, luminosa, divina. El puro rosicler de la vergüenza encendía su rostro, y nada valían, comparadas con ella, todas las cantarinas y todas las mujeres galantes del mundo.

Al mismo tiempo, ¡oh nuevo milagro de Crijasacti! ¡oh fonógrafo anterior y superior al de Edison! la muñeca se puso á tocar la trompetilla. Era menor que un pito y sonaba más que un órgano. ¡Y qué admirable sonata triunfal y amorosa! Vencía por su dulzura al duetto de Mozart entre Don Juan y Zerlina, y se levantaba, por el entusiasmo y la riqueza de pasión y de conceptos, sobre el himno sinfónico de Wagner, cuando, en *La Walquiria*, vuelve la primavera, vence y reina Amor y Siglinda y Sigmundo se abrazan. La sonata de la trompetilla sólo podía compararse á la música celestial que oía Pitágoras en sus arrobos; á la armonía de las esferas, que, atraídas por el primer móvil, se agitan en arrebatada consonancia.

Calitea y D. Miguel se quedaron también arrobados oyendo aquella música.

No bien la música cesó, Calitea, como si volviese de un

sueño, sintió lo difícil, arriesgado y poco decoroso de su permanencia allí, y huyó despavorida.

En la antecámara la estaba aguardando el doctor Teódulo, y con él se volvió á su casa.

XVIII

D. Miguel saltó de la cama, saludable, gallardo y apuesto, como si no hubiera habido apéndice ni mordedura. Se lavó y se vistió con el mayor esmero, pero á escape y sin dar barzones.

Su actividad era extraordinaria, como la de quien tiene un proyecto importantísimo que anhela realizar cuanto antes.

Convidó al arzobispo y al notario mayor del Reino para que viniesen á almorzar con él: citó para las tres de la tarde á muchos personajes y damas, y dió otras mil disposiciones.

Pronto cundió por todo palacio que el rey estaba ya restablecido y preparándose como para una fiesta. La reina y las infantas acudieron á verle, muy satisfechas y gozosas.

Cuando el rey vió á toda la familia real reunida en su cuarto, sin poder contenerse, porque era vehementísimo, dijo todo lo que sentía y deseaba: que su gratitud y su amor eran invencibles; que sólo Calitea merecía ser reina; que estaba arrepentido y contrito de su mal proceder con ella; y que iba á enmendarlo todo.

—Madre —añadió— hoy mismo me caso.

La reina y las infantas se enteraron al punto de que la novia era una costurera, y tuvieron á D. Miguel por loco de atar.

Las infantas se callaron por el mucho temor y respeto que al hermano tenían; pero la reina madre habló con entereza, oponiéndose á tan extravagante disparate, que enojaría y

agraviaría á la princesa sueca, y que avillanaría al rey y le haría el ludibrio de los otros soberanos, de la nobleza y de la misma plebe, que gusta de que la sangre de sus príncipes se conserve pura.

La contestación que dió D. Miguel á los argumentos maternales fué la perorata más bella que es posible concebir. Yo no me atrevo á reproducirla. Para hacerlo digna y fielmente, necesitaría yo de la facundia, de la imaginación poderosa y de los brios oratorios de mis amigos Emilio Castelar y Alejandro Pidal, gloria de la tribuna española. D. Miguel era elocuente como ellos, y como ellos se movía, se exaltaba y manoteaba. ¡Con qué abundancia de citas históricas ilustró su razonamiento! Cuando el rey Asuero, por ejemplo, se casó con Ester, que era una muchacha cualquiera de un pueblo vencido, humillado y esclavizado; cuando el emperador Justiniano, tan ilustre por sus Códigos y sus conquistas, se dejó conquistar por la comedianta Teodora, que hacía en público teatro tales horrores que tienen que quedarse en griego y nadie se atreve á traducirlos de Procopio, ¿por qué no había de casarse don Miguel con una niña modesta, castísima y pura?

En suma, D. Miguel habló tan bien, que, si no dejó convencidas á su madre y á sus hermanas de que convenía que él se casase con Calitea, las dejó convencidas de que era maravilloso orador, y de que tenían ellas que aguantarse y que aceptar á Calitea por nuera y por cuñada.

Por dicha, al ir á terminar su discurso, en toda la fuga y calor de la improvisación, D. Miguel, que iba de un lado para otro y accionaba vigorosamente, acertó á ponerse cerca del velador, donde estaba silenciosa é inmóvil la muñequita, y le dió tan feroz manotada, que la muñequita cayó rodando por el suelo.

La sugestión de Criyasacti había tenido enganchadas y trabadas todas las partecillas de materia prima de que constaba la muñeca; pero, cumplida ya la sugestión, la *fuerza psíquica* de Criyasacti carecía de objeto, y hubo de desvane-

cerse. La muñeca quedó, pues, como muñeca ordinaria, fabricada de barro poroso y quebradizo, idéntico al de las alcazras de la Rambla ó de Andújar. Nada más lógico, por consiguiente, que la transformación de la muñequita, al caer por tierra, en multitud de tiestos.

Pero Criyasacti no hacía las cosas á medias. La muñeca, que había sido arma, era también alcancía y archivo, porque encerraba un tesoro, no de moneda, sino de documentos inéditos. De su hueco y roto vientre salieron, desparramándose, dos ó tres docenas de pergaminos manuscritos.

El notario mayor del reino había venido ya á almorzar, y de real orden se puso inmediatamente á estudiarlos. Lo que resultó de su estudio es de tal importancia, que merece, pide y exige capítulo aparte, donde empecemos por poner al lector en autos de ciertos antecedentes históricos.

XIX

El bisabuelo de D. Miguel fué uno de los más prudentes y astutos monarcas de su época, y se dió tan buena maña, que consiguió anexionarse un reino vecino casi tan grande como el que él había heredado. Así se redondeó y formó una poderosa y doble monarquía. Pero, según dice muy bien el reverendo Padre Isla, al hablar de un suceso semejante, en su Compendio de Historia de España en verso:

Trozos son de los padres ó pedazos
Los hijos, cuando no son embarazos.

Este rey, de que hablamos, tuvo dos hijos gemelos, á quienes amaba tan por igual que no pudo decidirse á desheredar al uno para que reinase solo el otro. Deshizo, pues, la obra

de toda su vida, volvió á dividir los reinos, y dejó á su muerte, á cada uno de sus hijos sentado en un trono.

Pronto el abuelo de D. Miguel, que era el más ambicioso de los dos reyes, prescindió de los afectos de familia, y movió guerra y destronó á su hermano, el cual murió peleando denodadamente en una sangrienta y muy reñida batalla. La reina viuda, que estaba recién parida, murió de sobreparto con ocasión de tantos infortunios, precisamente cuando entraba en triunfo en la capital su descastado hermano político.

Este se apoderó del reyecito, huérfano de padre y madre y destronado á poco de nacer, y, deseoso, sin que le comparasen á Herodes, de evitar para lo futuro rebeldías y pronunciamientos, mandó que á aquel niño le educasen en un convento, con el propósito de que, en vez de la púrpura, vistiese la cogulla. Pero el hombre propone y Dios dispone. El niño salió más mundano y travieso que reposado y devoto. Era, como vulgarmente se dice, de la piel de Barrabás. Inútil fué la vigilancia de que le rodeaban. El regio novicio ahorcó los hábitos y logró escaparse del convento antes de cumplir diez y ocho años. En balde fueron investigaciones y pesquisas. Nadie volvió á saber jamás de su paradero.

Ahora bien; los pergaminos examinados por el notario mayor, probaban con evidencia que el regio novicio huido había tomado el nombre de D. Adolfo; había militado en reinos extraños y singularmente en Tierra Santa, y, por último, había estado en la India.

Jamás le faltaron ganas y arrojo para vengar á su padre y recuperar la corona; pero siempre le faltaron dineros. Nadie quería prestarlos al Caballero de la Bolsa vacía. Sin recursos, pues, le fué imposible levantar parciales en su país natal, donde la mayoría del pueblo era adicta á la rama reinante que gobernaba con tino y ventura.

Cuando Criyasacti leyó á D. Adolfo su testamento, dejándole por universal heredero, D. Adolfo formó el plan de acudir como pretendiente y de mover guerra en su patria; pero

Criyasacti abominaba en general de la efusión de sangre, y muy singularmente de las guerras civiles, é hizo jurar á su protegido, so pena de desheredarle, que había de seguir ocultando su origen y su condición hasta á su mujer propia, cuando se casase, y que no había de aspirar al trono. D. Adolfo, en la mísera esclavitud en que se hallaba, no tuvo más remedio que prestar aquel juramento. Entregó, además, á Criyasacti, que así lo exigió, todos los pergaminos que probaban su personalidad y su derecho. El sabio indio, en premio de la docilidad de su protegido y por lo bien que le quería, le prometió, sin decirle de qué suerte, recompensa é indemnización satisfactoria. Entonces fué cuando construyó la muñequita que, como prenda, señal y máquina de la promesa, había él de entregar ó de legar á una hija hermosísima que tendría, llamada Calitea, en el punto en que esta hija cumpliese veintitrés años.

Tal es el resumen de lo que rezaban y demostraban los pergaminos.

La reina madre se regocijó al saberlo. Las infantas brincaron de júbilo. La futura del rey no era ya una costurerilla plebeya, sino su prima y reina legítima por la gracia de Dios y sin debérselo á nadie. Iba á ser un providencial acontecimiento la fusión dichosa de ambas ramas de la dinastía.

Las infantas y la reina madre lo chillaban, lo aplaudían y lo celebraban tanto, que el rey les suplicó y aun les ordenó que se callasen.

—No quiero— dijo— que se divulgue que Calitea es mi prima hasta después que nos casemos. Yo me iba á casar con ella, creyéndola humilde costurerilla, y, aunque ya sé que no lo es, hallo más bonito que por lo pronto el público no lo sepa. Además, el que lo supiese el público, y sobre todo el que lo supiese Calitea, me fastidiaría de lo lindo. La muchacha es tan puesta en sus puntos, tan formalista y tan enemiga de toda inversión ó supresión de trámites, que no consentiría en la boda hasta que viniese la dispensa del Padre Santo. Y mientras se ponen en regla todos los documentos, se envían las

preces á Roma, informa la Sagrada Congregación de Ritos y viene la dispensa despachada, pasará cerca de un mes. Yo moriría de impaciencia si tuviese que aguardar. Con que nada, mamá, que no sepa lo del parentesco, ni Calitea, ni nadie, ni el señor Arzobispo, para que no ponga dificultades.

—Hermanitas, punto en boca—dijo luego, dirigiéndose á las infantas.

El rey estaba tan impetuoso y tan imperioso, que infantas, reina madre y notario mayor se cosieron las bocas por más que les remordiese la conciencia de que se hacían cómplices de un pecado.

XX

D. Prudencio, Calitea y su madre, estaban de conversación en el saloncito de la casa, cuando, poco después de las tres de la tarde, oyeron son estrepitoso de timbales y clarines, vivas, aplausos, relinchos y ruido de herraduras en las piedras, como de gran tropel de caballos. Apenas tuvieron tiempo de asomarse á la ventana y de ver la multitud que llenaba la calle. El rey había subido la escalera, saltando de dos en dos los escalones; y sin que la cocinera, que le había abierto, tuviese tiempo de anunciarle, entró en la sala, y dirigiéndose á doña Eduvigis, que estaba con la boca abierta, lo mismo que D. Prudencio, dijo:

—Señora, quiero ser tu yerno: te pido la mano de tu hija: espero que me la concedas.

Doña Eduvigis, cortadísima, nada contestó.

Don Miguel se llegó entonces á Calitea, hincó una rodilla en tierra y exclamó:

—Dueño mío, vente con tu rendido siervo. El arzobispo espera en la capilla de palacio para echarnos las bendiciones.

—Qué locura es la tuya, señor—respondió la juiciosa Calitea.—Pasado el entusiasmo, pronto te arrepentirías, si yo accediese. Las murmuraciones y el descontento de tus vasallos te serían insufribles. No: tú no debes casarte con una humilde costurera.

Calitea se resistía tanto, que el rey tuvo en la punta de la lengua la revelación de todo el secreto, diciéndole que era su primo; pero se acordaba de la dispensa, se asustaba de las dilaciones y se callaba.

El doctor Teódulo estaba en la comitiva, llamado por el rey, quien le había informado, como única excepción, de lo que se acababa de averiguar; y sin revelárselo á Calitea, le dió tales razones para que cediese, que ella, que no deseaba otra cosa, cedió al cabo.

Desapareció, por unos cuantos minutos, y volvió vestida de gala, con un traje bellissimo, elegante y de exquisito gusto, que ella misma se había hecho. Parecía un sol de hermosura. En la mano traía la espada del jaque que el rey la había dado, como trofeo, la última noche que hablaron por la reja.

Don Miguel, lleno de gozo, y movido por la admiración y el amor, besó por vez primera las frescas mejillas de su prima, que se pusieron rojas como la grana.

Calitea, aunque iba á poseer todas las joyas de la corona, no llevaba entonces joya alguna; pero su majestad había tenido una excelente idea y la había realizado. Había hecho buscar y comprar de nuevo el aderezo que hacía más de tres años había enviado en balde.

Leoncio era también, esta vez, quien le traía.

El rey le sacó del estuche y adornó con aquellas joyas á su futura.

En fin, los novios bajaron la escalera. En el zaguán había una hermosa y blanca hacanea que un paje tenía de la brida. La gualdrapa ó paramento, con la armas reales. Sobre la gualdrapa, doradas jamugas. Tomó D. Miguel en sus brazos á Calitea, y, como si fuese más ligera que una pluma, aunque

distaba de serlo, la levantó á pulso y la sentó sobre la haca-
nea, muy gallardamente.

La lucida cabalgata se puso en movimiento, camino de
palacio. Abrían la marcha seis heraldos con ricas vestiduras
y estandartes vistosos, y después treinta trompeteros y cua-
renta músicos que tocaban instrumentos distintos.

Salvo las omisiones en que me haga incurrir el amor á la
brevedad, la demás gente de la comitiva guardaba el orden
que aquí se expresa.

El gran maestro de ceremonias, sin abandonar, por ir á
caballo, la áurea pértiga signo de su autoridad. Los otros al-
tos empleados de la real casa: mayordomos, coperos, genti-
leshombres y caballerizos. El montero mayor, seguido de
ojeadores y halconeros con los halcones presos por la pihuela
y posados en el puño. Catorce damiselas ó meninas, de la
servidumbre de la reina madre y de las infantas, condesas
todas de la más ilustre prosapia y con diez y seis cuarteles
de nobleza la que menos. Las damiselas iban con espléndidos
atavíos y en palafrenes briosos. En pos de ellas, igual número
de donceles y muchos escuderos y pajes. El corregidor, los
secretarios, los capellanes, algunos consejeros y los ayudan-
tes de campo rodeaban al rey, y este oprimía los lomos de un
magnífico caballo árabe, que, inquieto y fogoso, piafaba y
hacía corvetas. Calitea cabalgaba al lado derecho del rey.
A respetable distancia, cuatro robustos lacayos, muy com-
puestos y pomposos, llevaban en dos sillas de manos á doña
Eduvigis y á D. Prudencio. El doctor Teódulo caminaba en su
mula, como de costumbre. La procesión terminaba con una
brillante escolta de lanceros y flecheros de caballería.

Como era tan popular D. Miguel y Calitea era tan guapa,
el alegre gentío los vitoreaba y aclamaba, aglomerándose y
empujándose para verlos pasar. Las campanas, echadas á
vuelo, no paraban en su repique. En los balcones había col-
gaduras de brocatel, de damasco y de otros tejidos de seda,
oro y plata. Y las muchas damas y los galanes, que estaban

en los balcones, terrados y azoteas, echaban trigo á puñados y una olorosa lluvia de flores.

En palacio fué recibida Calitea con entrañable cariño. La reina madre y las infantas la hallaron tan bella, tan señora, tan sin el menor perfil ni tilde de *cursería*, y tan amable y simpática, que se la querían comer á besos.

El arzobispo casó al rey y á Calitea : les leyó la epístola de San Pablo á los de Corinto, y la comentó con acierto y elegancia.

Toda la función fué regocijada y suntuosa. No entremos en pormenores.

Dejo de contar la suprema ventura de los recién casados para no despertar en nadie la envidia ni otras malas pasiones.

Al día siguiente de la boda, en la expansión de sus sentimientos y en la total entrega que hizo á Calitea de su alma, D. Miguel no supo callar que era su primo y se lo contó todo.

No fué pequeña la desazón de Calitea. Sus escrúpulos fueron mayores. Para quitárselos, se empeñó en que, hasta que llegase la dispensa de Roma, ella y D. Miguel imitasen la vida de la reina Edita y de San Eduardo.

D. Miguel no gustaba nada de semejante imitación, y acudió al arzobispo, pidiéndole socorro con tal ahinco, que el arzobispo, no sé si extralimitándose un poco de sus facultades, le concedió indulgencia plenaria y venia provisional, en un escrito, que el rey, quizás erróneamente porque había estudiado poco derecho canónico ó le había olvidado, llamaba *bulleto ad referendum*.

Así no se eclipsó ni se interrumpió la luna de miel.

Cuando supo el Padre Santo todo lo que había pasado, se alegró lo que no es decible, é hizo cantar el *Te Deum* en San Juan de Letrán y en las demás iglesias. La dispensa la despachó á escape, porque D. Miguel era su ojito derecho; y como Su Santidad se desvelaba por conservar la paz y la concordia entre los príncipes, reinos, repúblicas y pueblos cristianos, tuvo por fausta la fusión de las dos ramas de aquella dinastía.

Trajo la dispensa un joven monseñorete, fino, atildado y de agraciada figura, á quien acompañaban dos guardias nobles, asistentes al solio pontificio. Y trajo, con la dispensa, el birrete de cardenal para el Arzobispo, y para Calitea varios regalos de boda, como por ejemplo, tres frascos de agua del Jordán, diez rosarios, media docena de escapularios, varias reliquias y una cruz, con incrustaciones de nácar, hecha de madera de olivo del Monte Olivete. Algunos autores quieren sostener que el monseñorete trajo también *la rosa de oro*; pero yo no me atrevo á asegurarlo, no sea que incurramos en algún error cronológico.

Para terminar, diré que el rey cambió por completo de vida y costumbres desde que se casó. Envió á la duquesa á que cuidase de su marido en el virreinato, y á la cantarina á que cantase en la mano en otras regiones; y él siguió los consejos de Calitea, la amó como ella merecía, y le fué constantemente fiel. Su corte pudo considerarse como la más alegre y divertida, á par que como la más morigerada y virtuosa de toda la Edad Media.

Apenas escrito el cuento que antecede, me acometieron serios temores de ser censurado si llegaba yo á publicarle. Alguien podrá decir que soy un vejestorio, casi con un pie en la sepultura, y que debiera ponerme bien con Dios y emplear mis cortas facultades mentales en tratar asuntos graves y piadosos, sin desperdiciarlas en fruslerías que, salvando los límites de lo cómico, tocan en lo bufo.

Acosado por estas aprensiones, he consultado á mi cómplice y tocayo D. Juan Fresco, quien me contesta con una extensa carta. De ella, por si algo valen para mi apología, entresacaré ó extractaré varios párrafos y razones.

Según mi tocayo, el cuento no puede ser más moral. En él

triunfa la virtud como debe y suele triunfar: por medios poco frecuentes y comunes. No se encuentra un Criyasacti al revolver de cada esquina. Y esto es lo que conviene, porque si triunfase la virtud de ordinario, ya no sería virtud, sino cálculo egoísta el ser virtuoso. Además, que el verdadero triunfo de la virtud no consiste en medrar ni en encumbrarse. Calitea no soñaba con ser reina. Por eso es tan de admirar Calitea. La más leve esperanza que hubiese tenido hubiera rebajado su mérito.

Por otra parte, mi tocayo sabe de buena tinta que Calitea, cuando estaba sola, se dolía de no deber su triunfo al amor que inspiró al rey, sino á las chuscadas del mago. Entonces lloraba amargamente, pero enjugaba y ocultaba sus lágrimas, porque amaba al rey y no quería afligirle. Otras veces la llevaba aún más lejos el vuelo de su triste imaginación meditabunda. Echaba de menos su antigua vida de costurera. Todo le parecía que había sido entonces más poético en ella y para ella. D. Miguel, visto desde abajo y desde lejos, era adorable y sublime. Visto de cerca y al mismo nivel, no lo era tanto. Calitea pugnaba por lanzar lejos de sí estos pensamientos, llenos de arrogancia y de orgullo: este sibaritismo espiritual. Se hincaba de rodillas y rezaba para que el cielo la perdonase, acusándose de infiel y de perjura por amor á alguien que no era su marido, sino un ser fantástico é imposible. Y Calitea no lograba serenarse hasta que su corazón generoso y enamorado, su fe religiosa y su profundo sentimiento del deber, volvían á circundar al D. Miguel real de la aureola de luz y de gloria que ella había puesto en el D. Miguel soñado.

—En resolución—añadía mi tocayo—la historia me parece tan ejemplar que, si yo fuera censor y tuviera que dar permiso para que se imprimiese, copiaría, *mutatis mutandis*, lo que puso el Padre Maestro Fray José de Valdivielso al frente de las novelas de doña María de Zayas y Sotomayor, y lo pondría al frente de *La Buena fama*, diciendo:

«En este honesto y entretenido libro no hallo cosa que se

oponga á la verdad católica ni á la moral cristiana. Y aunque, por ilustre emulación de Zola y otros naturalistas, no debiera darse al autor la licencia que pide, por ser el autor andaluz, me parece que no se le puede negar, sobre todo cuando escribe una historia que refiere candorosamente el vulgo de Andalucía: la cual historia, si no se escribiese, pudiera caer en olvido, con menoscabo y detrimento del *folk-lore*, hoy tan en moda en todos los países.»

JUAN VALERA.

DIEGO VELÁZQUEZ

TERCERA PARTE

(Conclusión.)

VIII

Después de haber enviado á Nápoles y haber reunido allí las compras hechas para el rey, con el fin de remitirlas á España desde aquella ciudad, Velázquez pudo pensar al fin en su regreso. Tomó sus pasaportes, pensando hacer el viaje por tierra; pero la guerra con Francia le impidió realizar este propósito. Embarcóse, pues, en Génova y desembarcó en Barcelona, después de una penosa travesía, en el mes de Junio de 1651. Su ausencia había durado más de dos años y medio. Se comprende la alegría con que fué acogido por su familia y por el mismo rey, que deseaba con impaciencia ver de nuevo á tan leal servidor. A su llegada se le abonaron sus sueldos como pintor de cámara y como inspector de obras de los reales palacios, por todo el tiempo que había estado fuera de España. Pero las ocupaciones, cada vez más numerosas, que estos cargos imponían á Velázquez, iban á llenar desde entonces todos los momentos de su vida, dejándole muy escaso tiempo que consagrar á la pintura. Esa tendencia á ampliar el estilo, que se manifiesta gradualmente, con

la edad, en los grandes artistas, debía acentuarse mucho en él, en razón de la necesidad en que se veía de adoptar una manera cada vez más expeditiva, pues Felipe IV le encomendaba multitud de cuidados y encargos, confiando en la pronta ejecución de ellos. A pesar de su carácter altivo y reservado, mostraba el rey una predilección cada vez mayor por su pintor. Por otra parte, Velázquez había vuelto rodeado de gran renombre y honrado con el favor del Papa y de los grandes personajes con quienes trató en Italia. Era un cumplido caballero, lleno de amabilidad y de distinción, y sus contemporáneos están contestes en presentarle como uno de los hombres más distinguidos de la corte en aquella época. Parecía naturalmente indicado para altos cargos, entre todos los cuales el de gentil hombre de cámara era entonces uno de los más solicitados, porque daba el derecho de acercarse á la persona del rey. En los momentos en que Velázquez se hallaba en la plena madurez de su edad y poseía á fondo todos los recursos de su arte, aspiró al puesto de aposentador mayor. Más de una vez, en el curso de los trabajos de decorado, en los cuales su superioridad era tan indiscutible, había tenido, sin embargo, no pocos disgustos, nacidos de celos y competencias de cortesanos ó de rivales, que querían suplantarle. La dignidad que pretendía le aseguraba una posición jerárquica mejor definida y más independiente. Un año después de su regreso de Italia vacó el cargo, y, animado por el rey, lo solicitó el pintor. Los pretendientes eran numerosos, y con arreglo al orden de las propuestas hechas por los seis miembros de la comisión, presidida por el mayordomo mayor de palacio, las probabilidades que tenía Velázquez de ser nombrado eran escasas. Uno de aquéllos ni siquiera le había incluido en su lista, y en ninguna de las otras cinco figuraba en primer lugar. Pero Felipe IV, con su concisión acostumbrada, escribió al margen de la propuesta estas breves palabras: «Nombró á Velázquez.»

La asignación del aposentador mayor se elevaba á tres mil ducados y casa en el local de la tesorería. Verdad es que las

atribuciones inherentes al cargo eran tan numerosas como delicadas. La misión especial del aposentador consistía en la vigilancia sobre el decorado de palacio y la organización de los viajes regios. Con la cabeza descubierta y en traje de corte, debía estar á disposición del rey. Tenía que vigilar todo lo relativo al cuidado de la Real Casa y á la limpieza de las estancias. Llevaba colgadas á la cintura las llaves de todas las puertas de palacio, y en las comidas oficiales, cuando el rey se sentaba á la mesa, le presentaba su silla. Organizaba las fiestas, las mascaradas, las representaciones teatrales, las justas y los bailes, fijando, de acuerdo con el rey, el programa de estas diversiones, y distribuyendo los convites entre los que tenían derecho á asistir. En los viajes, proveía al alojamiento de los reyes y de las personas de su séquito; trataba con los propietarios de los edificios donde había de alojarse la corte, y hacía colocar una bandera en la residencia reservada al rey. M. Justi, de cuya obra tomo estos pormenores, traza un cuadro poco halagüeño de los cuidados minuciosos, y á veces repugnantes, que exigían estas diferentes funciones. El aseo no predominaba en aquella época, y por lo que sabemos del descuido de nuestras residencias reales en tiempo de Luis XIV y aun de Luis XV, podemos suponer lo que pasaría en España. En el palacio de Madrid, la vista padecía tanto como el olfato, hasta en las cercanías de la capilla; y sería difícil referir aquí lo que las crónicas de aquel tiempo nos cuentan sobre el particular. Con gran trabajo consiguió Velázquez un mejoramiento relativo en este punto. En invierno, el piso de los corredores estaba cubierto por una verdadera cama de paja, y cuando Felipe IV iba á alguna de las iglesias de la capital ó de los alrededores, era preciso llevar esteras. Había que renovar las colgaduras de los lechos reales y los jergones sobre los cuales dormían los guardias. La servidumbre era innumerable, y se conservan las cuentas de los proveedores de lienzo, de rodillas y de cepillos para la limpieza de las habitaciones y de la capilla de palacio. En los viajes, un car-

pintero con sus oficiales, seguía al ejército de criados del rey, para fabricar los muebles más indispensables en las paradas que se hacían. Estos viajes periódicos de la corte para trasladarse á las residencias veraniegas, ó á las reuniones de Cortes en provincias, ó al campo, ocasionaban gastos y pérdidas de tiempo considerables. De la incomodidad de tales viajes no puede formarse idea. «A lo sumo—dice un contemporáneo—se encuentra un techo sobre la tierra pelada (1).» Había que llevar de todo: utensilios de cocina y de mesa, camas, alfombras, sillas, vajilla y muebles, y todo esto se transportaba á lomo en mulos, pues tales transportes no podían hacerse por ríos ni canales, y sólo se contaba con caminos, apenas trazados, en medio de comarcas parecidas á desiertos. Los embajadores no cesaban de quejarse, y las naturalezas más fuertes se resentían de tales fatigas. Los mismos españoles necesitaban varios días de descanso después de estos viajes para reanudar su vida ordinaria. Giustiniani tardó cincuenta días en trasladarse de Tolosa á Madrid, en los meses de Noviembre y Diciembre, y falleció apenas llegado. «No hay caudal particular—dice un veneciano—que baste para seguir al rey al campo; todo cuesta tres ó cuatro veces lo que en Italia. Uno de estos viajes absorbe las rentas de todo un año, y en invierno hay que abandonar con frecuencia los coches, atascados en la nieve, en mitad del campo. El que quiera mortificarse, no tiene más que venir aquí: lo conseguirá mejor que entrando en la Orden de San Francisco (2).»

Pero las mayores dificultades procedían de la penuria del Tesoro. Sólo en Castilla, en espacio de dos años, de 1654 á 1656, los gastos de los viajes de la corte se elevaron á más de cuatrocientas mil pesetas, y á lo mejor no había un maravedí en caja. Los obreros no querían trabajar, ni los mercaderes entregar sus artículos, y para no ayunar, las damas de la corte se ha-

(1) Despacho de Nicolo Sagredo, del 16 de Abril de 1641.

(2) Justi, II, pág. 222.

cían traer de fuera su comida, viéndose en ocasiones obligadas á zurcir y remendar ellas mismas sus vestidos. Todo el mundo tenía deudas. En 1653, Velázquez estaba en descubierto por 30.000 reales, y otro año no se le pagaron 60.000, que había adelantado. A su muerte, no obstante su probidad y vigilancia, se había excedido en 3.264 ducados del presupuesto á que debía ceñirse, por lo cual se procedió contra sus bienes. Si el honor del cargo era grande, por el aprecio que de él se hacía entonces, la utilidad, como se ve, era bien corta, y en aquella vida, consumida por incesantes cuidados, en medio de una mezcla de lujo y de suciedad, de ostentación y de miseria, debía ser muy duro para un hombre de su mérito, el no poder cultivar libremente su arte, ni procurar tampoco alguna holgura á los suyos.

A pesar de todos estos apuros económicos, los gastos continuaban á más y mejor, como se vió con ocasión de la boda del rey con su sobrina Mariana de Austria. Sin hablar de las joyas de diamantes y de los regalos de diversas clases ofrecidos á la princesa, todo había sido fiestas é iluminaciones á su paso. En Madrid, arquitectos, escultores y pintores habían trabajado á porfía en el adorno de cinco arcos de triunfo elevados en honor de ella, cada uno de los cuales costó 2.500 escudos. La comitiva, muy numerosa y magníficamente vestida, cruzó las calles de la villa, adornadas con colgaduras y llenas de flores. Aquí y allá se veían fuentes de vino, y en veinte teatros, improvisados para el caso, se representaban comedias alegóricas, compuestas por los más renombrados escritores. La reinita, obsequiada con todos estos festejos, era todavía una niña, sin belleza ni distinción grandes, y á juzgar por las diversiones á que se prestaba, debían de ser sus gustos bastante vulgares. En efecto, cuenta M. Justi que durante el carnaval de 1651, como una persona de la corte considerara entretenido soltar entre las faldas de las damas un enjambre de ratones, esta broma la divirtió mucho. Su rostro era absolutamente insignificante, y los trajes con que la ataviaba la ca-

marera mayor, encargada de acostumbrarla á las modas españolas, hacían aún más extraño el aspecto de aquella pálida cara de muñeca, de nariz pequeña, un poco abultada en su extremo y boca minúscula de labios gruesos en que se veía el gesto característico de su familia. No tenía más atractivo que la láctea blancura de su tez y la finura de sus cabellos rubios, peinados, por cierto, de la manera más ridícula, con arreglo á las complicadas modas de entonces.

Tal era el tipo desgraciado que Velázquez tuvo que reproducir en numerosos retratos, destinados las más de las veces á hacer juego con los del rey, y en los cuales se ingeniaba en variar todo lo posible la disposición y la armonía. En algunos, los esposos están en oración (Museo del Prado números 1681 y 1682), arrodillados ante sus reclinatorios guarnecidos de un brocado, cuyos dibujos resaltan quizá con exceso, y cuyo conjunto de colores atrae más de lo conveniente la atención: la reina, vista casi de frente, con su libro de misa en la mano, su semblante aburrido y el trabajoso edificio de su peinado desplegando toda su anchura; el rey, como siempre, mesurado é impasible. Más lejos hay otros dos retratos que hacen juego, (números 1077 y 1079): Felipe IV está de pie, en hábito de general, con coraza y perneras de bruñido acero con clavos dorados, gorguera blanca y faja encarnada y oro; á sus pies descansa un león apenas bosquejado. Tiene todavía gran aire con su mirada tierna y fría, su color encarnado y sus labios rojos. Doña Mariana, con un vestido castaño festoneado de pasamanería gris, aprisionada en una falda tiesa en forma de campana, tiene en una mano el pañuelo. Muy entonada en su actitud, muy tiesa dentro de su vestido, con las mejillas dadas de colorete, la cabellera en forma de abanico llena de lazos rojos y con una pluma blanca y encarnada, conserva su expresión de niña displicente y desdeñosa. Del rey hay un retrato en busto, más acabado (núm. 1080), el último que pintó Velázquez y del cual existen numerosas reproducciones. Las facciones están un poco más acentuadas, la nariz

parece más fina, la contracción de los labios más visible. Sin embargo, las encarnaciones conservan su frescura y los cabellos su color rubio. La fisonomía es, como siempre, impenetrable, aunque se trasluce en ella cierto aire de cansancio. La disposición del retrato es muy sencilla. La cabeza, iluminada de lleno, el cuello blanco y el traje negro, se destacan de un fondo uniforme gris oscuro. Pero esta vez el pintor debió de tener más tiempo delante de los ojos á su real modelo, y pudo profundizar más su estudio, llevándole á la perfección, para dejarnos una imagen verdaderamente típica de aquel semblante misterioso.

Aunque jamás se perciba el esfuerzo en estas diferentes obras, puede comprenderse la concentración que exigirían á un artista tan espontáneo é independiente, y se explica que procurara indemnizarse consagrando sus raros momentos de ocio á tareas menos ingratas. Era para él una dicha fortalecerse reanudando su comercio con la naturaleza; pero como no podía alejarse mucho á causa de las obligaciones de su cargo, le era forzoso buscar los motivos de sus estudios cerca de las residencias reales. Allí encontraba todavía, en la decoración artificial impuesta al paisaje, vestigios de la etiqueta de la corte. En lugar de la rústica amenidad del campo abandonado á sí mismo, no se veían allí más que árboles cuidadosamente alineados y recortados, bosquecillos regulares y simétricos, parterres divididos en compartimientos, aguas canalizadas derramándose en cascadas sobre pilas de mármol, ó brotando en surtidores entre estatuas de dioses mitológicos. Pero al menos se complacía el pintor en alegrar la soledad de las grandes alamedas de los sitios reales, colocando aquí ó allá, como en *la calle de la Reina* de Aranjuez, una carroza de la corte con su tiro de mulas y su escolta de jinetes; ó bien, como en los alrededores de *la fuente de los Tritones*, paseantes, vendedores, un joven galán que ofrece flores á su novia y damas coquetamente ataviadas, cuyo aspecto desembarazado y elegante hace pensar ya en nuestro Watteau. Todo ello, árboles, cielo,

bestias y personajes, rápidamente trazado con la punta de un pincel seguro y ágil, con la encantadora sinceridad y el gusto de un gran artista que en todo pone su sello personal y que da con algunos rasgos la imagen de la vida. Desgraciadamente, estos magistrales estudios, expuestos sin duda en malas condiciones á las bruscas alternativas de un clima riguroso, han sufrido bastante y se han ennegrecido mucho, por lo cual se hallan muy lejos de igualar en frescura y vivacidad de tono á los dos paisajes de la villa Médicis, de que anteriormente hemos hablado.

Pero donde hallamos á Velázquez con su genio habitual y con un sentido más elevado de la naturaleza, es en el gran cuadro de los *Ermitaños* (núm. 1057), pintado, probablemente un año antes de su muerte, para la capilla de la ermita de San Antonio del Buen Retiro (1). El episodio elegido por el artista es el de la visita de San Antonio á San Pablo en el desierto, cuando el cuervo que desde hacía sesenta años traía al último su alimento cotidiano, aparece llevando con ración doble en el pico para la comida de los dos solitarios. A la manera de los maestros primitivos, Velázquez colocó á lo lejos otros dos episodios, sacados igualmente de la leyenda de San Pablo; los dos leones, sus compañeros, abriendo con las garras la tumba destinada al santo, y el demonio en figura de sátiro, acercándosele para tentarle. Pero estos dos episodios, relegados á último término, se desvanecen ante la escena principal. Los personajes son, con todo, de dimensiones reducidas, para dejar al paisaje su importancia. Pero, sin embargo, la vestidura negra de San Antonio, y la hopalanda amarillenta en que está envuelto San Pablo, así como la expresión venerable de éste, con su luenga barba blanca y sus ojos penetrantes, cuya llama ha avivado la edad en vez de amorti-

(1) La conservación de este hermoso cuadro sería excelente á no ser por las innumerables salpicaduras de un líquido de color, de que está manchado, y que creo que se podrían quitar muy fácilmente.

guarla, atraen desde el primer momento la atención hacia los dos anacoretas, pintados por Velázquez con su manera más firme y más hábil. El paisaje completa felizmente la significación de la escena. No se puede imaginar naturaleza más grandiosa, ni más salvaje que aquella abrupta garganta, inspirada probablemente al artista por alguno de los desfiladeros de la Sierra. Un olmo gigantesco, que eleva en primer término su tronco liso rodeado de hiedra, espinos, violetas y grupos de plátanos, así como un límpido arroyo que serpentea á través del estrecho valle, alegran un tanto su aspecto, y esta mezcla de gracias y de austeridades de la naturaleza, está en íntima armonía con el asunto. Velázquez, con su viva inteligencia, supo componer con estos elementos, tan armónicamente reunidos, un expresivo conjunto, muy propio para mostrarnos lo que era la vida de aquellos piadosos ermitaños, y la ayuda que prestaban á sus oraciones todas aquellas bellezas que hablaban á sus almas inocentes, y cuya contemplación les aproximaba cada vez más al Dios que habían ido á buscar en el fondo de los desiertos.

Aunque muy diferente, tanto por los medios en él empleados, como por la composición, otro cuadro de la misma época, la *Fábrica de tapices de Santa Isabel*, más conocido con el nombre de las *Hilanderas*, atestigua la predilección de Velázquez por los asuntos familiares, á los cuales gustaba de volver, cuando podía seguir libremente su albedrío, y que le distraían de las etiquetas de la corte. Sabido es que los tapices son uno de los lujos de España. La última exposición retrospectiva organizada en Madrid el año pasado, ha permitido apreciar las riquezas maravillosas de este género, que posee. El cuidado de los tapices destinados á decorar las residencias reales en las fiestas y en las ceremonias religiosas, entraría probablemente en las atribuciones del aposentador mayor; tal vez el mismo Velázquez fué testigo de la escena que reprodujo en el cuadro de las *Hilanderas*. La ingeniosa disposición de que se valió, le permitió presentar simultáneamente en el lienzo la

mayor parte de las operaciones exigidas por la preparación de la lana, así como la obra final á que conducen. Al mismo tiempo que colocaba en primer término, en una sombra transparente, á las obreras ocupadas en hilar, en devanar la lana y en escoger sus diferentes matices, puso en el centro, al sol y en un plano un poco más elevado, unas damas elegantes, que admiran la obra expuesta ante sus ojos: un tapiz de exquisito gusto que representa un asunto mitológico (1).

Tal es, á grandes rasgos, la composición de este gran lienzo, popularizado por numerosas reproducciones, que sólo dan una idea muy imperfecta de él. Puede verse sin duda en ellas el arte con que están dispuestos y relacionados entre sí los grupos y pueden admirarse los contrastes discretos que presentan; el ritmo de las líneas, tan hábilmente combinadas para evidenciar lo característico; aquellos tonos de luz y de sombra tan enérgicamente opuestos en el centro y los espacios serenos que se extienden en torno; en fin, el orden, tan calculado como libre, de un cuadro en que todo contribuye á la impresión. Pero lo que ninguna fotografía, ni copia alguna, ha podido hasta ahora reproducir, es el supremo encanto de su ejecución y su armonía y el efecto que sobre el espectador produce. No se cansan los ojos de contemplar este lienzo, no sabiendo qué admirar más, si la unidad perfecta del conjunto, ó la propiedad y la íntima armonía de todos los pormenores. Fíjase con preferencia la mirada en la hermosa joven colocada á la izquierda, y hacia la cual se siente atraída naturalmente la atención por la convergencia de las líneas principa-

(1) Uno de los aficionados más inteligentes de España, el señor conde de Valencia, me ha dicho que había buscado en vano este tapiz en los almacenes y palacios de la corona, y el actual director de la real fábrica de tapices de Madrid, á quien pregunté igualmente acerca del particular, me aseguró que no había hallado en los inventarios indicación alguna relativa á esa obra, que, en su opinión, no había sido hecha en la fábrica de Santa Isabel, sino llevado allí sencillamente para que se hicieran en ella algunas reparaciones.

les y por la dirección de la luz misma, que hacen de ella la parte más expresiva y en cierto modo el elemento capital del cuadro. Es una poética encarnación de la belleza meridional. Con los brazos y los pies desnudos, se ha puesto cómoda para trabajar, y su abundante cabellera, coquetamente peinada, deja ver su oreja pequeñita y sonrosada y su blanco cuello. Su camisa, medio flotante por la espalda, está sujeta al talle por un cinturón de un blanco amarillento que contrasta con el verde intenso de la falda. Con ademán elegante y naturalísimo está devanando la lana, y su graciosa silueta se destaca vivamente de la muralla, de un gris sombrío. En torno de ella, en la tonalidad sobria y vigorosa del primer término, se siente la tibia atmósfera de las horas calurosas de un día de verano, cuyo silencio turban sólo el ruido monotonó del torno de hilar y el rum-rum de un gato, enroscado apaciblemente entre los desperdicios de la lana. Por el contrario, hacia el centro, oponiéndose á estas entonaciones plenas y sabrosas del primer término, en la entrada, abierta en forma de arco, é invadida por la luz, se despliega la alegre armonía de los matices delicados y ligeros, los azules, los grises suaves y los rosas de los chales y los vestidos de las dos elegantes visitadoras, vivamente iluminadas. Los rayos del sol juguetean sobre el tapiz, donde se entreven vagamente dos personajes alegóricos y como una figura de Europa sobre el blanco toro, escoltada por una comitiva de amorcillos, bajo un cielo pálido. No se cansa uno de ver esos tonos plateados y suaves difundidos en la atmósfera, y absorbiéndose en deliciosa contemplación, se piensa apenas en la fecha y en la novedad de una obra que deja tan atrás á nuestras supuestas invenciones, á esas vulgares glorificaciones del trabajo, en que nuestros artistas presentan con frecuencia sus groseras materialidades, ó su fealdad tan sólo. Pero ante un asunto tan sencillo, transfigurado por un maestro, parece, por el contrario, que tenemos delante de los ojos uno de esos cuadros que, en ciertos momentos privilegiados, se esfuerza en componer la

naturaleza misma como obras exquisitas, uniendo á la vida y á las gracias de la realidad todas las seducciones del arte más consumado.

IX

Era para Velázquez rara fortuna el poder tratar estos asuntos y aprovechar así sus ocios para distraerse de las molestias de su cargo. Sin embargo, ni la misma pintura, de que tan apasionado era, le hacía olvidar los deberes que le imponía su empleo; y eran tales el acierto, la discreción y el celo con que los cumplía, que Felipe IV no pudo haber hallado servidor más leal. Hacía treinta y cinco años que había entrado al servicio del rey, cuando éste pensó en recompensar la adhesión de que le había dado tantas pruebas. Según Palomino, hallándose en El Escorial durante la Semana Santa de 1658, dió á elegir á Velázquez entre los diferentes hábitos que concedía, y eran los de Alcántara, Calatrava y Santiago. El pintor se decidió por el último, que quizá le parecía el más envidiable, porque rara vez se había otorgado á artistas. El rey se lo concedió el 12 de Junio siguiente; pero antes de usar el título y las insignias, el nuevo caballero tenía que cumplir dos formalidades previas: presentar sus pruebas de nobleza y obtener del Papa las dispensas necesarias, pues el celibato era una de las condiciones exigidas por los estatutos de la Orden. Las pruebas de nobleza eran sometidas á una junta formada por los principales dignatarios de la Orden (1), y el aspirante tenía que justificar la limpieza de sangre de sus antepasados hasta la cuarta generación, es decir, acredi-

(1) Justi, II, pág. 230 y siguientes.

tar que eran cristianos viejos, sin mezcla con judíos, moros ni conversos. Tenía que probar además que su familia no había ejercido comercio ni oficio manual alguno; asimismo debía poseer un caballo, ser buen jinete y no haber faltado jamás en lo más mínimo al honor. Además, los gastos eran considerables, si bien no se hallaban sujetos á tarifa: había que entregar 200 ducados para la caja del capítulo, 200 escudos para el tesoro real y más de 50 para la secretaría, sin contar lo que importaba la tramitación del expediente (1).

Una de las primeras dificultades que se presentaron, consistió en la posición especial de Velázquez y en su profesión de pintor. Parece que en este punto, el consejo de la Orden vaciló al principio de la información. Es cierto que los testimonios recogidos afirmaban que el artista no había sacado ningún beneficio pecuniario de sus obras. La pintura «es en él un mérito más, un talento y no un oficio—dice una de estas declaraciones;—jamás ha ejercido las funciones de perito, ni tenido estudio, ni comerciado en Sevilla ni en Madrid». Por otra parte, Alonso Cano y Zurbarán declararon, como buenos compañeros, que nunca había vendido sus cuadros, y que sólo pintaba para complacer á Su Majestad. Evidentemente, ahondando un poco en la realidad de las cosas, se hubiera podido descubrir que esto no era en absoluto la expresión de la verdad; pero el hecho de que el rey hubiese juzgado á Velázquez digno del honor á que aspiraba, pareció al consejo una presunción suficiente y se dió por satisfecho en esta parte. Más vacilaciones debía mostrar en lo relativo á las pruebas de nobleza del pretendiente. Se nombraron para este efecto dos comisiones, una de las cuales debía funcionar cerca de la frontera de Portugal, de donde era oriunda la familia paterna del artista, y la otra en Sevilla, donde había nacido su madre. Los individuos de esta

(1) Los documentos de la información, conservados en los archivos de Madrid, fueron publicados por el Sr. Cruzada Villaamil en la *Revista Europea*. Madrid, 1874, II, *passim*.

última comisión, sin querer tomar por sí mismos acuerdo alguno, enviaron á Madrid los documentos que habían reunido, dejando al consejo la resolución del caso. Sea porque hubiese alguna envidia oculta, ó porque prolongando la información se quisiera aumentar los gastos, el caso es que el acuerdo final parecía dudoso; hasta se empezaba á hablar de la necesidad de una nueva información, cuando el rey, impaciente ya, hizo saber «que bastaba con lo actuado, y que para él las pruebas de nobleza estaban hechas». En su sesión del 2 de Abril de 1659, el consejo admitió la perfecta dignidad del aspirante, y, llegada la dispensa del Papa el 29 de Julio siguiente, el pintor recibió las insignias de la Orden con el ceremonial acostumbrado.

Como aposentador mayor del monarca, Velázquez había tenido que ocuparse muchas veces en la instalación de las obras de arte, que entraban en el decorado de las residencias reales. Como el rey tenía ideas propias sobre el particular, y las nuevas construcciones que no se cansaba de edificar eran causa de reformas incesantes, á veces era esta tarea muy difícil. La terminación de El Escorial, que llegó á ser para Felipe IV, en los últimos años de su reinado, objeto de preocupación constante, iba á ofrecer bien pronto al artista una ocasión de desplegar su actividad y gusto. El rey puso á su disposición numerosos lienzos, destinados á adornar las espaciosas salas de la sacristía del Capítulo de El Escorial. Estos cuadros, muy notables los más, procedían de adquisiciones hechas en Italia, en Alemania, en Flandes, y, sobre todo, en Inglaterra, en la venta de la galería de Carlos I. Este desgraciado soberano había sido en un tiempo huésped de Felipe IV, y hasta su mismo fin trágico parecía un motivo más en favor del proyecto de reunir las diseminadas obras de sus colecciones en aquel triste palacio de El Escorial, donde se hallaba el panteón de los príncipes de la familia real de España. Entre los 41 cuadros que dió el rey, figuraban obras maestras de primer orden de Rafael, Correggio, Tintoreto, Pablo Veronés, Van der

Weyden, Ribera, Caravaggio, que forman hoy la principal riqueza del Museo del Prado (1).

Velázquez, á quien se había dado el encargo de colocar estos cuadros en la sacristía, hizo con tal motivo, en forma de Memoria, un catálogo descriptivo de ellos, con indicación de su procedencia, de sus autores, del lugar que les estaba reservado, y algunas apreciaciones breves sobre su mérito respectivo. Se comprende el interés que tendrían para nosotros estos juicios de un maestro como Velázquez, sobre sus compañeros, si halláramos en ellos la huella de sus preferencias y de sus propias ideas acerca del arte. Por esto fué grande la emoción que produjo entre sus admiradores la noticia de que aquel escrito, mencionado ya por Palomino en 1724, había sido hallado en 1871, en Cádiz, por D. Adolfo de Castro, en un ejemplar único publicado al año siguiente en las Memorias de la Academia Española (Agosto de 1872), y traducido dos años después por el barón Ch. Davillier. Pero M. Justi, fijándose en ciertas contradicciones que ha observado en los juicios, y en muchas particularidades relativas al texto mismo de este escrito, perdido durante doscientos años, cuando el talento y la posición de su autor debían llamar forzosamente la atención sobre él, ha puesto en duda su autenticidad. Aunque ésta se hallase probada, creemos, como él, que no se debería dar gran importancia á tal catálogo, ni habría que considerarle en manera alguna como una profesión de fe estética, puesto que la uniformidad en los elogios era de rigor, toda vez que el fin principal de este trabajo es celebrar la importancia del regalo hecho por Felipe IV á El Escorial. Salvo algunos pasajes, como el rela-

(1) Algunos de ellos, entre los cuales hay cuadros de gran mérito como la gran *Crucifixión*, de Van der Weyden, y el *Lavatorio de pies* de Tintoreto, continúan en El Escorial, donde, además de las injurias del tiempo, han sufrido recientemente indignas restauraciones y retoques, obra de un restaurador bastante simple para haberse gloriado de este vandalismo en inscripciones puestas al pie de las pinturas tan maltratadas por su mano.

tivo al *Lavatorio de pies*, de Tintoreto, «junto al cual otro lienzo cualquiera obra no parece más que pintura, y esto solo es la verdad», no se encuentra apenas, en aquel panegírico de encargo, el juicio del hombre entendido en la materia ni el criterio personal de un artista que, á haber hablado con su franqueza habitual, hubiera puesto más de sí mismo en la libre expresión de sus sentimientos.

La amabilidad y la inteligencia de Velázquez habían hecho de él un hombre necesario. Las continuas idas y venidas á que le obligaban los deberes de su cargo y los caprichos del rey, no le permitían mas que un trabajo intermitente, consagrado las más de las veces á la ejecución de los numerosos retratos que Felipe IV no cesaba de encargarle. Además de los del rey y la reina, de que ya hemos hablado, y que fueron hechos en esta época, son dignos de mención varios de los retratos de los infantes. Citaremos, antes que otro alguno, el de la infanta María Teresa. Nacida en 1638, sólo tenía tres años menos que la nueva reina, y había heredado algunas de las gracias de su madre, Isabel de Borbón. Expansiva y vehementemente como era, no esperó á que la política se acordase de ella para manifestar los sentimientos que le inspiraba su primo Luis XIV. Era todavía una niña cuando, á pesar de las etiquetas de una corte tan entonada, manifestaba cándidamente el deseo de acompañar al retrato suyo que se envió á Francia; y poco después, cuando los proyectos de matrimonio concertados entre las dos cortes fueron ganando terreno, no se recataba de hacer reverencias á la imagen de su real prometido, diciendo á sus damas de honor: «Saludo á mi futuro esposo.» Sin hablar de las reproducciones,—que varían en el traje,—del museo de Viena y de la galería Lecaze, el retrato en pie de la infanta, que, después de haber formado parte de la colección de Morny, pertenece hoy á Mad. Lyne Stephens (1), me parece una de las obras más encantadoras de Velázquez. Ata-

(1) Figuró en la Exposición del Palacio Borbón en 1874.

viada con un vestido negro, guarnecido de pasamanerías á cuadros, como de tablero de damas, sobre el cual cae una gorguera de encaje, la joven princesa está de pie junto á una silla, y acaricia con la mano derecha las largas orejas de un perrito de aspecto descarado, acurrucado junto al respaldo. El rostro, finamente modelado, llama la atención por su frescura; y la expresión de la mirada, profunda y acariciadora, parece que se adelanta precozmente á la edad de la princesa. Los retratos de la infanta Margarita, primer fruto del matrimonio de Felipe IV con su sobrina, son todavía más numerosos: se cuentan nada menos que siete, ejecutados de año en año para complacer á sus padres y á los parientes de la corte de Viena. El que posee el Louvre, pintado probablemente para Ana de Austria, y que adorna hoy el salón cuadrado, es bien conocido de todos, y no me explico cómo M. Justi, mejor informado de ordinario, duda de su autenticidad y cree reconocer en él la mano de Mazo. La posesión, ya antigua, del cuadro, la distinción de esta obra, y más que nada su mérito propio, me parece que confirman plenamente su atribución á Velázquez. Es cierto que la ejecución está más extremada en este lienzo que de costumbre, pero el trabajo, no por ser más ceñido, es menos perfecto. Se ve allí toda la facilidad y toda la ciencia de un maestro, no la timidez de un copista. La extremada finura del modelado, sobre todo en las mejillas, en la frente y en las sienes; la índole misma de las encarnaciones, frescas, pero un poco flojas; la expresión personalísima de aquel rostro menudo, enfermizo, un poco abotagado; aquella cara de bestiezueta inquieta; el gusto delicado del largo traje blanco, adornado con cintas de color rosa pálido; aquella mezcla feliz de amplitud y de precisión, de conciencia y de libertad, todo revela la mano de Velázquez, y, como á muchos jueces excelentes en la materia, nos parece que es este lienzo una de sus mejores obras.

En el Museo de Viena se conserva el retrato de un infante cuyo nacimiento siguió, con un intervalo de poco más de seis

años, al de la infanta Margarita: el príncipe Felipe Próspero, heredero presunto del trono. Fué oportuno el darse prisa á retratarle, pues el pobre niño no debía vivir mucho. Velázquez le pintó cuando tenía dos años, vestido con un traje encarnado y delantal blanco, con sus juguetes colgados del cinturón: un sonajero de plata, una cajita y un chupador; junto á él se ve, echado en un sillón, un perrito faldero, cuya cabeza traviesa y cuya expresión revoltosa, contrastan con el aspecto del niño. Aquella criatura de rostro exangüe, de carnes fofas é inertes, no piensa en divertirse, y el tapete de la mesa, así como el cortinón de un rojo laca, del cual se destaca su semblante enfermizo, contribuyen á hacer resaltar la palidez de su rostro. Sus piernecillas débiles apenas pueden sostener el cuerpo raquítico de aquel triste vástago de una raza que iba extinguiéndose. Tres años después murió, y otro infante, Fernando Tomás, nacido un año más tarde, falleció también á los diez meses.

A la infanta Margarita volvemos á encontrarla en el centro de una de las obras más importantes de Velázquez, en el cuadro de las *Meninas*, que parece la más elevada expresión de su talento. La escena familiar que trazó, se presentaría probablemente ante sus ojos en ocasión de hallarse pintando algún retrato del rey y de la reina, cuando para distraer el aburrimiento de los esposos, durante la sesión, se traía junto á ellos á la infantita y á las personas de su servidumbre. Impresionados por aquel espectáculo, debieron, sin duda, de pedir al artista que fijase en un lienzo el recuerdo de la escena. Velázquez se pintó á sí mismo con la paleta en la mano, junto al gran lienzo en que está retratando á los reyes (1), colocados fuera del espacio que abarca el cuadro, pero cuya doble imagen aparece reflejada en un espejo colgado en la pared

(1) Es el único retrato auténtico suyo, que nos ha dejado el artista. El gran cuadro del Museo de Viena, que pasa por representarle á Velázquez con su familia, seguramente no es obra suya. Aunque lo fuera, no nos presentaría más que una imagen insignificante y muy confusa de él.

del fondo. Delante de ellos, la infanta Margarita está con sus meninas á los lados, de donde viene el nombre de esta pintura; una de ellas, una encantadora jovencita de fisonomía dulce y cándida, arrodillada junto á la princesa, la tiende un vasito de porcelana roja barnizada, para que beba; á la derecha, el enano Pertusano acaricia con la punta del pie á un perrazo, echado en el suelo, que dormita con aire satisfecho; junto á él la enana María Barbola, con su rostro desagradable, su nariz abultada y su aire descarado, mira de frente hacia los soberanos; detrás, en la sombra, una dama de Palacio, en traje monástico, conversa con el gentilhombre de la infanta. Por último, en el fondo, en el hueco de una puerta, la silueta del aposentador de la reina, vestido de negro, se destaca vigorosamente de las paredes blancas de un corredor, elevado algunos escalones más arriba de la sala en que se encuentran reunidos todos estos personajes. Con elementos de tan escasa gracia, hábilmente agrupados, supo formar el pintor un admirable conjunto. Y no apeló al recurso de los contrastes que un efecto de luz hubiese podido ofrecerle. Como en el cuadro de las *Hilanderas*, la escena está iluminada aquí por una luz igual y difusa. Las coloraciones no tienen la riqueza que en el lienzo que acabamos de citar, ni menos la del de las *Lanzas*. Son, por el contrario, sobrias, amortiguadas, discretas, con grandes espacios de un tono neutro, de grises crudos, realzados apenas por el rojo de la chupa de Pertusano y el vestido verdoso de la enana, con el cual hace juego la falda verde oscura de una de las Meninas. Aquí y allá algunos cordoncillos más claros ó más oscuros, algunas cintas rojas ó rosadas, avivan un poco aquellos matices borrosos, que dejan que domine el brillo de las encarnaciones.

La manera misma es muy poco aparente; muy amplia y libre, pero ceñida, sin embargo, y subordinada al aspecto general. Pero ¡qué arte en la composición del cuadro, en los arabescos de las líneas, en la agrupación de los personajes, en los grandes espacios tranquilos dispuestos en torno de ellos,

y, sobre todo, en aquella observación tan exacta de los planos en que se encuentran colocados y de las distancias que los separan! Obsérvese el cuadro desde este punto de vista, así en conjunto como en sus más mínimos pormenores; por todas partes circula el aire, envuelve los objetos, asigna á cada uno su verdadero lugar y le da su correspondiente relieve. No hay salientes excesivos ni vacíos injustificados. El toque, apropiado á la naturaleza de las cosas, y atenuado con el alejamiento gradual de ellas, contribuye á hacer completa la ilusión. El espíritu y la mirada se satisfacen igualmente. Si se someten á un examen parecido los cuadros cercanos, los mejores de los más célebres maestros que encierra este Museo lleno de obras de arte, no se hallará uno que resista como el de las *Meninas* semejante análisis. En los demás, todo son tropiezos, conflictos, aproximaciones, indecisiones; en el de Velázquez se ven las soluciones de una exactitud absoluta, obtenidas con una facilidad y una sencillez que confunden, sin dejar que se trasluzcan siquiera las dificultades del problema. Y hay que tener en cuenta todavía que este lienzo, tal como es, padeció en el incendio del Alcázar en 1734, ha pasado por una restauración, y alumbrado por una luz demasiado vertical, ganaría si se hallase algo inclinado (1).

Con un ingenioso artificio, cuya idea le sugirió tal vez la realidad, el artista puso hacia el centro la claridad más viva, al par que la intensidad mayor, y oponiendo al blanco luminoso del fondo, el traje negro del chambelan de la Reina, dió como el diapasón de las dos notas extremas de su obra, á fin de hacer resaltar mejor el tono medio en que quería mantenerse. En primer término, en plena luz, aislada entre las graciosas figuras de las meninas, la infantita resulta el objeto principal del cuadro, señalado á la atención por coloraciones más claras y más vivas. Parece de alguna más edad que en el retrato del

(1) El conocido pintor Sr. Madrazo, cuya reciente pérdida lamentamos, decía que tuvo ocasión de ver el cuadro de las *Meninas* colocado en los talleres del Museo, y que allí producía una impresión superior aún.

Louvre, pero conserva la misma expresión. A uno y otro lado de esta figurita, los valores y los matices van aproximándose y atenuándose, pero conservan toda su franqueza, y la localización está siempre respetada. No puede imaginarse el encanto de estos grises variados, amarillentos ó verdosos, su armonía espontánea y delicada, la finura de sus aproximaciones ó de los contrastes que los hacen resaltar. ¡Cuántos motivos de admiración también en la distribución de la luz, en la manera de presentarla según la naturaleza de los diversos objetos que la reciben ó la reflejan! Y ¿qué decir de aquel trabajo de empaste tan hábilmente realizado y á tan poca costa? De cerca, queda uno confundido por la sencillez, la franqueza y la libertad de este trabajo; si nos alejamos un poco, todo se armoniza, se equilibra y se anima. ¡Qué espectáculo para los ojos, y qué de maravillas para un pintor, y qué combinación tan admirable de todos los recursos de la pintura, puestos por Velázquez al servicio de la expresión! Asombra el que un asunto tan insignificante haya podido sugerirle tantas cosas, tantas manifestaciones diversas de la vida, reunidas y caracterizadas con tan prodigiosa penetración. ¡Qué de tipos divertidos ó significativos, desde el perrazo impasible que dormita, penetrado el noble animal de que hay que tolerar con paciencia los caprichos de aquella gentecilla á la que sirve de juguete, hasta las dos hermosas jóvenes cuya belleza hacen resaltar más los dos monstruos cercanos á ellas; hasta la infantita, verdadera muñeca real, tiesa y comprimida en su traje; hasta el artista mismo, aquel apuesto y noble caballero, que modestamente se mantiene apartado y es el único que trabaja entre tantos ociosos! Y todo esto, ¿no es al mismo tiempo que una excelente pintura, la más fiel imagen y como el resumen de España en aquel curioso momento de su historia, con sus variados tipos, así los más hermosos como los más extraños, con aquella mezcla de lujo y de grosería, de familiaridad y de tiesura, de que todavía se cree encontrar á cada paso la persistente huella en un país que parece haber cambiado tan poco?

Desgraciadamente, los días de Velázquez estaban contados. Su cargo, además de haberle apartado muchas veces del arte, abrevió su vida, imponiéndole fatigas superiores á sus fuerzas. Sabido es que el tratado que puso fin á la guerra entre España y Francia, debía sellarse con el matrimonio de Luis XIV con su prima la infanta María Teresa. En lugar de reproducir en el lienzo los diversos episodios de este memorable suceso, el artista, en su calidad de aposentador mayor, tuvo que disponer todo lo concerniente al viaje de la corte y á los preparativos de la entrevista, para la cual se había elegido como terreno neutral la isla de los Faisanes, situada cerca de Fuenterrabía y que pertenece por mitad á ambos países. Se levantó en el centro de este islote una tienda, en la cual los dos reyes pudieron mantenerse cada uno á un lado de la línea que figuraba en la alfombra la frontera de sus Estados, respetándose así estrictamente las exigencias del riguroso ceremonial convenido para el caso.

Merece leerse en el libro de M. Justi (1) el relato de este terrible viaje á los Pirineos, en el cual tuvo Velázquez, como aposentador, que proveer al alojamiento de Felipe IV y de su séquito. No era, en verdad, tarea fácil, por ser la comitiva innumerable. Sólo el acompañamiento del ministro D. Luis de Haro se componía de doscientas personas, y al ponerse la comitiva en marcha, cuando llegaron los primeros á la puerta de Alcalá, los últimos no habían salido aún de Madrid. Calcúlese lo que sería semejante caravana, cargada con las tapicerías, las libreas de repuesto, la ropa blanca y la vajilla que tenía que llevar. Por ser tan malos los caminos, las jornadas apenas eran de seis leguas, al menos en el terreno montañoso. Se habían señalado en el itinerario veintiuna paradas entre la capital y San Sebastián, y en las ciudades, los castillos y los conventos del camino en que se detenía la comitiva, todo eran recepciones, comidas, ceremonias religiosas, corridas de toros, masca-

(1) *Velázquez*, tomo II, pág. 381 y siguientes.

radas é iluminaciones. Aquella interminable procesión, salida el 15 de Abril de 1660, no llegó hasta el 11 de Mayo al punto á que se encaminaba, y después de los preparativos y las molestias de semejante viaje, todavía tuvo Velázquez que ocuparse en la organización de las fiestas que debían dar todo el esplendor posible á la reunión de las dos cortes, deseosas de competir en fausto y en magnificencia.

Por la relación de Mad. de Motteville son bien conocidos los pormenores de la entrevista. Cuando la reina Ana de Austria, llena de alegría al volver á ver, al cabo de cuarenta y cinco años de ausencia, á su hermano Felipe IV, abrió los brazos á la francesa para abrazarle, él se echó atrás con una gravedad enteramente española, permaneciendo «tan inmóvil—dice otro cronista—que se le hubiera tomado por una estatua más que por una persona viviente». Las fatigas y las preocupaciones de todas clases que tuvo que soportar Velázquez en el cumplimiento de la misión que le estaba confiada, eran superiores á las fuerzas humanas; pero, á pesar de estas molestias, su cortesía y su amabilidad no decayeron por un instante. Su buen talante y la corrección de su porte causaban la admiración de todos.

Después de setenta y dos días de ausencia, regresó el 26 de Junio á Madrid. Su familia le esperaba con ansiedad, llena de inquietud por el rumor que había corrido de su muerte. Extenuado y enfermo ya, traía el germen de la fiebre perniciosa que adquirió á orillas del Bidasoa y que debía arrebatarse la vida poco después. Muy alarmado por la noticia de su enfermedad, el rey le envió en seguida dos de sus médicos para que le asistieran; mas no pudieron hacer otra cosa que comprobar el estado desesperado del artista, cuya dolencia se prolongó algún tiempo, hasta que el viernes 6 de Agosto de 1660 expiró, á la edad de sesenta y un años. Sus funerales se hicieron con gran pompa, asistiendo numeroso concurso de sus compañeros y de los más elevados personajes de la corte. Los santiaqui-
guistas quisieron llevar ellos mismos, á hombros, el ataúd, y

la música y los coros de la capilla real tomaron parte en la ceremonia fúnebre. Felipe IV se mostró muy afectado por aquella pérdida, y algún tiempo después, en una deliberación de la Junta encargada de entender en el asunto de los haberes de Velázquez, no pudiendo decidirse todavía á resolver la cuestión, escribió con mano temblorosa estas palabras: *Quedo abatido* (1).

X

Así como no había tenido predecesores, no tuvo tampoco Velázquez herederos de su talento, y por fieles que fuesen sus discípulos no consiguieron otra cosa que hacer resaltar la superioridad del maestro. El más notable de aquéllos, Juan Bautista del Mazo, que desde 1634 era yerno del artista, copiaba con gran habilidad las obras de Ticiano, del Veronés, de Tintoreto y hasta de Rubens. Sus retratos, que ofrecen ciertas analogías de factura con los de Velázquez, se prestan á veces á confusiones, pero los únicos que alcanzan tal honor son los que éste retocó y avivó con algunas pinceladas decisivas. Pudo el discípulo imitar los procedimientos del maestro, la amalgama de los colores y la ligereza de la ejecución; pero entregado á sí mismo, deja ver la flojedad y la indecisión de su dibujo. Sin embargo, sus paisajes manifiestan una manera muy personal, especialmente la *Vista de Zaragoza* (Museo del Prado), en la cual los numerosos personajes que pintó Velázquez en primer término, no consiguen amenizar la sombría tristeza y el árido aspecto del paisaje.

Junto á Mazo, apenas puede citarse más que al esclavo Juan de Pareja, cuya interesante historia refiere Palomino.

(1) En castellano en el original.—(N. DEL T.)

Sirviendo á Velázquez, se aficionó poco á poco á la pintura, mas para no herir la susceptibilidad de su amo, ocultaba sus ensayos á todos, hasta que, visto y apreciado por Felipe IV uno de sus cuadros, se le otorgó la manumisión á instancia del rey mismo. No por eso abandonó el servicio de Velázquez, y muerto éste pasó al de su hija, esposa del pintor Mazo, no queriendo apartarse de una familia á la que había tomado gran cariño. El gran lienzo del Museo del Prado, *La Vocación de San Mateo*, que es la mejor de las obras de Pareja, no manifiesta, sin embargo, las influencias que parece que debió de experimentar junto á su amo. Es una pintura fría y hábil, pero sin gran carácter, y que parece inspirada por los italianos de la decadencia. Fuera de estos dos, los otros discípulos de Velázquez, tales como Juan de Alfaro y Gómez, Nicolás de Villacis y Tomás de Aguiar, no eran más que aficionados, hijos de familias distinguidas, que por la nobleza de su nacimiento tenían entrada en la corte y pudieron ponerse en relaciones con el artista. Cuanto á los pintores de aquella época, como Mateo Cerezo, Escalante, Juan de Carreño y Claudio Coello, se eclipsan absolutamente ante su gran rival. Sólo Murillo y Zurbarán, aunque muy inferiores á él, pudieron conservar frente á Velázquez alguna originalidad. Como buen compañero, ajeno á todo sentimiento de envidia, el aposentador mayor de Felipe IV aprovechó su ascendiente sobre el rey para favorecerles, atrayéndoles á la corte, y, si no podía retenerlos, les proporcionaba al menos estímulos y encargos.

La manera de Velázquez es personal entre todas. Se ha hablado mucho con este motivo de sus procedimientos, de «aquellas misteriosas combinaciones» cuyo secreto guardó, según Burger. Salvo el secreto de su genio, no vemos otros en este maestro, á quien distinguen sobre todo la naturalidad, la sencillez y la ausencia absoluta de convencionalismos. La manera misma de abordar la ejecución de sus obras es peculiar suya también. ¿Qué otro pintor se atrevería como él lo hizo á trazar su composición sobre el lienzo, las más de las veces sin

estudios, ni bocetos previos? Evidentemente reflexionaba mucho; sabía y veía claramente lo que quería. Pero ¡qué concentración de esfuerzos, qué seguridad no exige un trabajo realizado así, atendiendo simultáneamente á todo, á las dificultades reunidas del dibujo, del efecto y del color! ¡Qué fuerza de voluntad frente á la naturaleza, á la cual no cesó de recurrir, para interpretarla según su idea y para subordinar esta interpretación á las exigencias del asunto y al resultado final que se proponía! La necesidad que tenía de apresurarse le obligaba á aprovechar todo lo mejor posible los breves momentos que sus modelos le concedían. Se aplicaba entonces con todas las fuerzas de su ser á su trabajo, y la energía de este esfuerzo inicial le llevaba sin tropiezos al corazón mismo de la obra, y hasta su completa terminación, la comunicaba ese calor, ese soplo de vida, que imprime á las grandes creaciones humanas el sello de un espíritu superior.

Para no estraviarse, para no dejar nada al azar, y para concluir en el más breve plazo posible trabajos tan precipitados, el artista comprendió en seguida la necesidad de proceder con método. La disposición del conjunto fué para él desde un principio objeto de especial cuidado, pues es el fundamento sobre el que debe descansar todo. Adquirió en este punto un golpe de vista maravilloso para apreciar las formas, las proporciones y los movimientos. Desde los primeros rasgos se descubre la seguridad del dibujante, en la exactitud absoluta de las distancias y las direcciones. Tenía su manera propia de dibujar; necesitaba el pincel y modelaba con colores. No se conservan, en efecto, dibujos que se le puedan atribuir con alguna certeza, y aunque el gabinete de estampas de Berlín y la Biblioteca de Madrid poseen dos pruebas de un retrato grabado de Olivares, que en razón de la libertad y soltura de la ejecución parece digno del maestro, el hecho de ser pruebas únicas acredita de sobra que no daba gran importancia á estos ensayos, si verdaderamente son suyos. Velázquez no fué ni quiso ser más que pintor, y hasta como pintor su técnica, y los

materiales que emplea son de una sencillez extrema. Habitualmente se valía de un lienzo de tejido grueso, cuyo grano estaba en relación con las dimensiones del cuadro proyectado. La preparación, muy ligera, de esta tela deja ver su trama, y ya insista cubriéndola de pasta ó ya se limite á ligeros toques, obtiene á su capricho los más variados efectos. La blancura de esta preparación permite dar más claridad y más brillo al color y hasta en los trozos más acabados, la franqueza de la ejecución, asegura á la obra una gran frescura, al mismo tiempo que una excelente conservación.

Cuanto á su manera de pintar, el artista mismo nos la muestra al presentárenos con su paleta y sus pinceles en el cuadro de las *Meninas*. La paleta es pequeña, ovalada, poco cargada de colores, y estos en corto número, ocho ó nueve á lo más: un blanco, un ocre amarillo, dos rojos, uno de tono medio y el otro más brillante, más fino que el vermellón—cierto rojo de Sevilla que se prepara muy bien en España—y luego una serie de colores sombríos, poco marcados; probablemente un laca, un negro, un azul y dos ó tres castaños. Con estos colores modestos y de mediano brillo, componía Velázquez armonías enérgicas ó delicadas, severas ó alegres, de variedad infinita. Jamás empleó recetas ni fórmulas. Sabía sacar partido de todo, casar todos los tonos, contentarse si era preciso con el blanco y el negro, con un poco de castaño y de vermellón, para obtener las coloraciones más exquisitas.

No se valía de brochas; al menos en el cuadro de las *Meninas* no tiene en la mano más que pinceles, lo cual parece algo extraño, dados los grandes espacios que allí se ven—como el piso, las paredes, el cielo raso y el lienzo apoyado en el caballete—en los cuales el color está unido, liso, sin huellas de interrupciones. Pero quizá no necesitara brochas para la tarea que pensaba realizar aquel día. Los pinceles que tiene en la mano son parecidos á los de los acuarelistas, pinceles armados sobre largos mangos, que empleaba con preferencia y que

usaban también otros pintores célebres, entre ellos Rubens. El toque es así, cuando el caso lo requiere más limpio, más preciso y más flexible, y la longitud de los mangos permite dar desde más lejos la pincelada y apreciar mejor, por consiguiente, el efecto que producirá á la distancia debida. La materia colorante no está ni muy diluida ni muy espesa; bastante consistente para poder manejarse con ligereza en todos sentidos sin correrse ni ensuciar. Extendida francamente en grandes tonos locales de valor medio, el pintor la modifica con poco trabajo, por medio de algunos acentos, más vigorosos y transparentes en las sombras, más claros y empastados en la luz. Asimismo, indicaba rozando los reflejos y marcaba con resaltes lo reluciente, con singular precisión y siempre en el lugar oportuno. Casi todos sus tonos están rebajados con blanco, y el blanco, que casi siempre servía de base á sus mezclas, le dió aquellos grises finos, plateados, tan matizados y sabrosos. Por el contrario, dejó siempre á sus negros toda su intensidad, sin hacerlos nunca opacos ni pesados.

Todo este trabajo le era muy fácil y lo realizaba con un ímpetu y una libertad que revelan su placer constante de pintar, sin que su numen llegara nunca al amaneramiento. Nada hay, pues, de misterioso en esa manera que continúa siendo nimitable; lo que hay en cada pincelada es una inteligencia siempre despierta y el encanto de una ciencia impecable unida á una sinceridad absoluta. En todo se manifiesta ese aire de espontaneidad, que avalora más todavía las obras perfectas. Si alguien ha realizado la fórmula del menor esfuerzo aparente para el mayor efecto posible, ha sido él. Pero todo esto no puede, en realidad, explicarse con palabras. Todo el que ha manejado el pincel, queda ante sus cuadros tan lleno de admiración, como incapaz de explicarse satisfactoriamente las razones de este sentimiento; tampoco se prestan sus obras á la literatura, y tan exclusivamente pictóricos son los medios que emplea. Y con aquella habilidad consumada que os encanta, la modestia del pintor es tal, que parece que duda de

su mérito y jamás hace ostentación de él. Copiado, ó, mejor dicho, interpretado por su mano, el objeto más vulgar y prosaico adquiere un aspecto imprevisto, como si descubriendo el espíritu de las cosas las creara de nuevo. Aunque conocía á fondo su profesión, este talento, con ser tan admirable, no sirve más que para hacer resaltar más aún su viva inteligencia, que transforma, anima y ennoblece la poca materia sobre la cual se ejerce.

Velázquez amó desde sus primeros años la naturaleza y conservó y desarrolló hasta el fin de sus días el sentimiento cada vez más vivo de las bellezas naturales. Jamás se cansó de consultarla, ni de progresar por medio del estudio. Por eso no se descubren en sus obras los procedimientos de rutina, las formas habituales, las armonías aprendidas, en que los demás caen con tanta frecuencia. Cada una de sus producciones era para él ocasión de renovarse y de mostrar aspectos ignorados de su genio. Los incesantes obstáculos que le ponían las obligaciones de su cargo para el ejercicio de su arte, no le dejaron gastarse. Eran un estímulo más de su afición á la pintura, y parece que la pasión que sentía por ella se conservó más viva cuanto más contrariada.

Eligió muy pronto su camino y perseveró siempre en él. Sería temerario afirmar que no sufrió jamás influencia alguna; pero por lo menos ninguna dejó huellas visibles en sus cuadros. Ni las obras maestras de los más célebres pintores de Italia, que pudo admirar por dos veces en aquel país, ni las que contenían las colecciones regias, en medio de las cuales se deslizó su vida, ni Rubens mismo en el apogeo de su gloria, cuando llegó á Madrid con todas las seducciones de su persona y de su talento, pudieron menguar la marcada originalidad de Velázquez. Desde un principio tuvo su manera propia de ver la realidad y de reproducirla. Sabemos que sentía gran predilección por Ticiano, Tintoreto y el Veronés, y, sin embargo, no los imitó ni se pareció á nadie más que á sí mismo. Se ha querido, apelando á sutilezas, distinguir maneras suce-

sivas en el desenvolvimiento de su carrera artística; pero en ningún momento de ella encontramos una manera especial y, bien mirado, todo se relaciona, todo se enlaza y todo se encadena en su obra. Así, en razón misma de esta perfección natural, no hay maestro cuyo comercio nos parezca más sano, ni cuyas enseñanzas sean tan provechosas.

No hay medio de regatear la admiración á aquella sinceridad tan constante y tan absoluta, y á fuerza de admirarla, hasta se corre el riesgo de ser injusto con los demás. Parece como que el respeto que conservaron á las tradiciones, les hizo perder algo de aquella franqueza de la visión, que tuvo siempre Velázquez frente á la naturaleza, y que le comunicaba directamente la frescura y la vida de sus impresiones. Donde hay que estudiarle principalmente es en España, no sólo por encerrar el Museo del Prado una colección tan completa de sus obras, sino porque el país y la raza, que con tanta fidelidad representó, permiten comprenderle mejor y ponen de relieve todo su mérito. La población, con sus variados tipos, sus costumbres, sus placeres y sus fiestas, las escapatorias al campo, la sombría tristeza de El Escorial y de las severas montañas en que se apoya, la luz viva é intensa de aquellas mesetas elevadas, nos presentan hoy todavía por todas partes testimonios irrecusables de su veracidad. Hombres y cosas, costumbres y paisajes, escenas familiares ó grandiosas, todo es en él muy español, y en sus obras descubrimos como un resumen de la época y del medio en que vivió, observados por un espíritu muy perspicaz y expresados por un artista de genio.

Velázquez fué más que nada un retratista, y en su manera de comprender y de interpretar la naturaleza humana es donde mejor se revela su originalidad. Es cierto que antes de él habían sobresalido muchos otros en la pintura de retratos, y que la crítica sería tan injusta como ingrata si no admirara las obras maestras de este género que nos han legado sus predecesores. ¡Qué de manifestaciones diversas nos ofrecen,

en efecto, de todos los recursos de este arte y de las maravillas que produce! ¡Qué de aspectos variados de la vida, tan interesantes por lo que nos revelan los artistas de sí mismos, como por lo que nos muestran de sus modelos! Los hay, como Rafael y Ticiano, que con medios muy diferentes, el uno con la grandeza y la fuerza expresiva de su dibujo, el otro con la magnificencia y la elocuente sobriedad de su colorido, ponen igualmente de manifiesto el gran estilo y la noble sencillez de su arte, al mismo tiempo que nos presentan tantos soberanos y tantos grandes señores, que fueron sus Meceñas ó amigos. ¡Qué aguda perspicacia y qué valiente franqueza, á veces hasta brutal, la de Antonio Moro, que hace revivir ante nuestros ojos los agitados tiempos en que vivió, evocando en obras inolvidables las crueles efigies del Duque de Alba ó de María Tudor! Y, ¿qué decir del refinamiento clarividente de un Frans Hals, de aquella generosa y potente comprensión de la vida que se desborda en las obras de Rubens, de la rapidez y seguridad de su golpe de vista, de aquella varonil facilidad en la ejecución, tan prodigiosa, en la que hallamos el reflejo de todas las energías y todos los arrebatos del artista? Y, ¿qué encanto también en aquellos numerosos retratos, en que Van Dyck puso sin querer, como ha observado acertadamente Fromentin, «algo de los atractivos de su persona: un aire habitualmente más noble, un desaliño más gracioso, pliegues y caídas más finas en los ropajes, manos más hermosas, más blancas y de forma más pura (1)», todas las seducciones y todos los refinamientos de aquel cosmopolitismo elegante, que después de haber conquistado el favor de todas las cortes, en su tiempo, nos encanta hoy todavía? Y á pesar de la individualidad tan francamente acentuada de sus retratos, Rembrandt, el gran mago, ¿no agrega también al exacto parecido algo que le supera y que nos hace entrever

(1) *Les Maîtres d'autrefois*, pág. 149.

en sus obras, con las aspiraciones y las tristezas del maestro, todas las pasiones, todas las inquietudes que nos agitan á nosotros mismos, todos los misteriosos ecos de sus sentimientos en nuestras almas?

Hasta en el pintor mismo que parece haberse eclipsado todo lo posible para no dejar ver más que sus modelos, en Holbein, cuya sinceridad, forzoso es reconocerlo, iguala á la de Velázquez, ¡cuán profundas diferencias en la manera de practicar este difícil arte y cuántos rasgos distintivos junto á las cualidades comunes! Mientras el primero, con su meticuloso espíritu de análisis, multiplica las particularidades, acumula detalles fisonómicos y los relaciona unos con otros sin perder de vista el conjunto, pero sin insistir en ninguno, como si indiferente, á fuerza de imparcialidad, no tuviera otra preocupación que la de ponernos en frente su modelo, dejándonos el cuidado de desentrañar la idea que de él debemos formar, Velázquez, más expansivo y más franco, procede por el contrario, valiéndose de grandes masas y de medios más directos. Aunque no se muestre á sí mismo como no se mostraba Holbein, tiene para la realidad miradas más impresionables, algo así como una simpatía cordial que se comunica al espectador cual si la índole amante del artista no pudiera contenerse en sí misma. Si se le da tiempo suficiente, podrá, sin desviarse ni decaer, llevar su obra á la perfección más acabada, y los detalles, significativos siempre, vendrán espontáneamente á aumentar la realidad del personaje y á definir más completamente su unidad moral. Pero sin tratar de establecer precedencias entre talentos igualmente originales y perfectos, no estará de más observar que si Velázquez, como Holbein, supo colocar las figuras en su verdadero medio y precisar fácilmente su condición y sus hábitos, se propuso además como pintor, problemas más complicados y que hasta entonces no había planteado ninguno de sus predecesores. No contento con colocar á sus modelos en habitaciones cerradas, como aquellos habían hecho, nos los presenta al aire libre en la comarca en que vivían. Antes de él,

Ticiano, Rubens y Van Dyck, volviendo en este punto á las tradiciones de los pintores primitivos, habían introducido, como éstos, en sus retratos, fondos de paisajes, pero con propósito deliberado de apelar á tonalidades subidas y á coloraciones arbitrarias, que ofrecían un contraste cómodo, destinado á realzar las figuras y á dejarlas toda su importancia. Velázquez, con su sinceridad completa, no podía prestarse á este convencionalismo. Sus fondos son verdaderos; tanto los valores como los matices están reproducidos exactamente, y no perjudican á los retratos, sino que los favorecen, dándoles un aspecto más franco á la vez que más delicado en la tonalidad de las encarnaciones, por los contrastes que ofrecen éstas con los grises azulados y los verdes ligeros sobre los cuales se destacan. La silueta de estos retratos es también más precisa y más pintoresca, el dibujo más animado, menos rígido, menos, estrictamente seguido, y sin embargo más exacto, «ondulante y vario» como la misma naturaleza, que jamás se presenta á nosotros limitada, ni encerrada en contornos abstractos, sino envuelta por el aire que circula libremente en torno de los objetos. En busto, á pie ó á caballo, con sus trajes de ceremonias ó sus vestidos familiares, soberanos y príncipes de la sangre, generales y estadistas, eclesiásticos, letrados, gentes del pueblo ó vagabundos, todos los modelos del pintor se nos aparecen en el mismo teatro de su vida, en sus ocupaciones ó sus diversiones, en la corte, en el taller ó en el campo.

Cada uno de estos retratos se convierte así en un cuadro. Y de igual manera, cada uno de los cuadros de Velázquez está formado por una colección de retratos, no reunidos al azar y con modelos de ocasión, sino con los tipos más característicos y apropiados para arrojar plena luz sobre los episodios que se proponía representar el artista, y para darles su significación verdadera. Con estos retratos en acción, compuso sus obras más expresivas, usando con perfecto tino del procedimiento de la repetición, que bien entendido y discretamente practicado

merece puesto tan principal en la literatura y en las demás artes. ¿No es, en efecto, lo que permite dar á una idea toda su plenitud, presentándonos sus acepciones diversas, con los contrastes ó las analogías, que acentúan más hondamente el relieve y con los acentos que mejor expresan la intención? En esta manera de relacionar y de oponer entre sí los diversos elementos puestos en juego, hay como una secreta fuerza de persuasión, puesto que la realidad se une á la inteligencia para hacer más viva la impresión.

En el valor de cada uno de estos elementos, así como en la significación que les da el conjunto, concebido de esta suerte, fué donde Velázquez manifestó la singular potencia y la novedad de su arte. No se ha reparado bastante en que fué el primero en iniciar no pocos géneros, que elevó de un golpe á la perfección. Al mostrarnos, como lo hizo en el *Cuadro de las lanzas*, á los soldados y á los grandes capitanes de España, eligiendo, para presentarlos reunidos, uno de los actos memorables de su vida militar, como para hacer resaltar mejor la cortesía caballeresca del más ilustre de ellos con su enemigo vencido; al renunciar al aparato trillado de las alegorías y las figuras mitológicas, para sacar sólo de la realidad todos los recursos del asunto, ¿no nos dió un modelo, que jamás ha sido igualado, del cuadro puramente histórico? ¿Qué documento más exacto, más irrecusable, más concreto, y como ahora se dice, más *sugestivo*, que el cuadro de las *Meninas*, hallaríamos en los recuerdos de la época para penetrar en aquella corte de España, tan cerrada, tan puntillosa, tan vana, y para descubrir la vida familiar de aquel soberano indolente y la vergonzosa promiscuidad con los engendros y los locos de que se rodeaba á fin de combatir el aburrimiento de sus eternas horas? También nos presentan una escena histórica, y no sólo de la corte, aquellas *Cacerías regias* que, en un paisaje netamente español, nos muestran reunidas todas las clases de la sociedad, con la rica confusión de colores de los trajes, el carácter francamente local de las fisonomías y la mezco-

lanza, tan hábilmente presentada, de aquella multitud, que acude á presenciar una de esas matanzas salvajes que en todo tiempo han figurado y siguen figurando aún entre las diversiones de aquel país. Y en las *Hilanderas*, ¿no vemos otro aspecto igualmente característico de la vida española en aquella estancia pintoresca, con aquellas hermosas jóvenes del pueblo y aquellas damas elegantes, con las operaciones diversas de la industria nacional, alegradas y como transfiguradas por la luz radiante que juguetea en las ricas telas, ó en los soberbios andrajos con que están vestidas las obreras? ¡Qué de motivos de observación! ¡Qué de instructivos datos sobre las costumbres, los modales y los tipos de una época y de una comarca! ¡Qué encantadoras imágenes, tan verdaderas como poéticas! Y para los inteligentes, el mérito de la ejecución de estas obras, aun prescindiendo del interés que nos inspiran, ¿no bastaría para la gloria del artista?

Todas estas novedades las creó Velázquez, sin presumir de revolucionario, sin creerse siquiera un inventor, limitándose á pintar lo mejor que pudo las cosas que tenía delante de los ojos y rejuveneciendo, á fuerza de inteligencia y de talento, un arte que podía creerse agotado. Extendió tanto sus recursos, sin salirse de su terreno, encerrándose en él más escrupulosamente que nunca, amando más á la Naturaleza y revelándonos en obras inspiradas los tesoros que aquélla encierra para los que saben ver y expresar su belleza. Nunca fué la perfección tan amable ni tan ingenua como en sus obras; jamás fué tan inteligible para todos el lenguaje de la pintura, atractivo para los ignorantes y más admirable aún para los entendidos. Fué un gran genio sin altivez, un gran talento que parecía querer ocultarse. Supo dar nobleza á sus obras dándolas verdad, sin parecer preocuparse de ello, y cuanto más sencillo es, mejor manifiesta su grandeza. Todo revela en él aquella distinción natural que poseía, aumentada por la lealtad y la buena conducta de su vida. Al que, habiendo gustado ya las grandes delectaciones del arte, no ha podido

apreciar aún el conjunto de su obra, le reserva el Museo de Madrid la sorpresa de las admiraciones más vivas, y así el estudio de su vida, como el de sus cuadros, nos dejan la impresión que debemos conservar de él: la de un cumplido caballero y un consumado artista.

EMILIO MICHEL.

REVISTA CRÍTICA

Grillparzer und Lope de Vega von Arturo Farinelli (Berlin 1894).

A ningún español es preciso enseñar quién sea Lope de Vega, pero el nombre de Grillparzer ha sonado tan poco entre nosotros, que muchos preguntarán con extrañeza por qué va unido en la portada de este libro al de nuestro gran poeta nacional. A tal punto llega en España el abandono ó desconocimiento de toda literatura extranjera que no sea la francesa del día anterior. Y sin embargo, Grillparzer, no sólo está reputado en la opinión general como el primer poeta austriaco, sino que entre los dramaturgos alemanes posteriores al gran Schiller no cede el paso á nadie, y considerado como crítico teatral hay quien le pone al lado de Lessing. No pertenece á un extranjero, y menos con tan imperfecto conocimiento como el que yo alcanzo de las obras de Grillparzer, deslindar lo que pueda haber de hiperbólico en estas comparaciones; pero quien tales encomios ha merecido de la crítica más inteligente, no puede menos de ser un ingenio notabilísimo y digno de aquella especie de culto estético que hoy tributa á su memoria un grupo muy selecto de admira-

dores é iniciados. En Viena se levanta un monumento á su memoria: sus obras completas, que llegan á diez y seis volúmenes (1), han obtenido cinco ediciones en pocos años, sin contar las innumerables que se han hecho de sus dramas sueltos, que se representan continuamente en los teatros de Alemania; y no sólo existe una copiosísima *literatura* (como allí se dice) sobre su vida y obras, sino que para él, como para Goethe y para Schiller, se estampa ya una publicación especial de carácter periódico, el *Grillparzer-Jahrbuch*, dedicada exclusivamente á hablar de su persona y dar á conocer nuevos documentos y monografías concernientes á él. En España la existencia de tal revista ó anuario (aunque estuviese consagrado al mismísimo Cervantes) sería el modo más eficaz de infundir tedio invencible á los lectores, y aun de provocar una reacción violenta contra el autor encomiado; pero en Alemania y en otras partes (donde las gentes suelen ser más doctas y también más sencillas y menos resabiadas y estragadas de gusto), las cosas pasan de distinta manera, y cuando se estudia y ama á un autor, se le ama y estudia de veras, y todo parece poco para enaltecerle y para desentrañar los primores de sus obras.

Grillparzer, cuya vida fué en verdad harto triste y abatida, ha entrado sin esfuerzo alguno en el templo de la gloria, al día siguiente de su muerte, acaecida en 1872. Sus obras, aunque sean de ayer, tienen ya el prestigio de la belleza clásica. Para hacerse cargo de la peculiar índole de su teatro, todavía desconocido entre nosotros, hay que advertir que Grillparzer no es ni romántico ni realista, según el vulgar sentido de estas denominaciones, sino que en su arte, sumamente delicado y exquisito, se dan la mano el estro suave y melodioso, la melancólica intensidad de sentimiento propias de un poeta elegíaco, algo devaneador y enfermizo, que reconocía en sí alguna parte del alma del Tasso; y un odio profundo á las abstracciones, un vivo y ardiente sentido de la

(1) En la edición de Cotta (Stuttgart), que es la más amplia.

naturaleza humana y de toda realidad concreta. Nada que le pareciese convencional ó falso encontraba gracia á sus ojos; y aquí está la clave de su alejamiento del grupo romántico, de su encarnizada antipatía contra Tieck, de su culto á Lope de Vega en cuanto llegó á conocer sus obras, y de la reacción anticalderoniana que él inició en Alemania, después de haber empezado, como todos, imitando á Calderón, cuyos defectos, sin embargo, por ser de índole enteramente contraria á los de la suya, le habían dado en ojos desde el primer momento, reconociendo todo lo que en aquella brillante poesía había de amanerado y artificioso. Su conversión á Lope fué entera y profunda: nunca nuestro poeta tuvo en su iglesia acólito más sumiso que Francisco Grillparzer, que se pasó *medio siglo* leyendo y comentando sus obras, no para imitarlas directa y servilmente, sino para beber en ellas aquella poesía fresca, espontánea, gentilísima, tan natural como la naturaleza misma, de que sus labios estaban sedientos. No desconocía la superioridad de Shakespeare, pero Shakespeare le aterraba, le parecía demasiado gigante para medirse con él, demasiado sobrehumano para entablar con su sombra esa dulce familiaridad de todos los días. Grillparzer, que quizá no era un gran poeta, sino más bien un poeta refinadísimo, necesitaba la presencia continua de otro poeta más grande que él, pero no de tal suerte grande que se impusiese despóticamente á su gusto, que le unciese á su carro, que le anonadase bajo el peso de su grandeza. Grillparzer quería beber en su vaso, aunque fuese pequeño; y en vez de añadir su voz al coro desaforado que hacía la apoteosis del rey de la escena, prefirió buscar un templo más solitario, donde sonaba la voz de un oráculo menos formidable. Y al servicio de aquel templo se consagró, como dicho queda, durante más de cuarenta años; comenzando por llevarse á su casa, en calidad de préstamo, el ejemplar de los veinticinco tomos ó *partes* de la primitiva colección dramática de Lope que posee la Biblioteca Imperial de Viena, uno de los tres ó cuatro únicos ejemplares

completos de ella que existen en el mundo (1). Si á esto añadimos que Grillparzer leyó además todas las comedias de Lope de Vega que pudo encontrar sueltas ó en colecciones de varios, fácilmente se comprenderá que nadie le ha excedido en el conocimiento de este inmenso repertorio, sobre el cual tantos disparatados juicios corren autorizados por la pereza y la rutina. Sobre cada una de las comedias que leyó, hizo Grillparzer apuntamientos críticos que, reunidos, forman la mayor parte del libro de sus *Studien* sobre el teatro español, y que son la piedra angular del edificio de reparación que la estética moderna tiene que levantar un día ú otro al que es, después de Cervantes, el más grande de los ingenios españoles. Lo único formal que tenemos hasta ahora sobre Lope, fuera de la brillante pero demasiado rápida y externa exposición de Schack, son estos juicios de Grillparzer, tan penetrantes, tan agudos, dictados á la vez por la experiencia teatral y por el más fino discernimiento de las peculiares bellezas del arte y estilo de Lope, á quien parece que Grillparzer había bebido los alientos. Cuando de estos apuntes suyos se pasa al indigesto caos de la obra de Klein (tan justamente calificada por un crítico italiano de *idropico operone*), el ánimo se aflige al considerar los escasos progresos que en estos últimos años ha hecho la crítica de Lope, exceptuando, si acaso, las útiles tareas del modesto y erudito Schaëffer.

Los españoles, pues, debemos pronunciar con veneración el nombre de Grillparzer, porque para nosotros no es sólo el nombre de un glorioso poeta extranjero, del autor de *Safo*, de *Ava*, de *Hero* y *Leandro*, del *Sueño es una vida* (2), de *El Vellocino de Oro*, de *Ester* y de *La Judía de Toledo*; sino el nombre de un crítico hispanista que por la calidad de sus ser-

(1) En España no tengo noticia más que de uno solo en tales condiciones, el de la Biblioteca de la Universidad Central, procedente de Alcalá.

(2) *Traum ein leben*.

vicios va á par de Wolf, de Schack y de Lemcke, porque si es verdad que conoció nuestra literatura menos *extensamente* que ellos, y nunca pudo apreciarla en conjunto, conoció en cambio y sintió más *intensamente*, y analizó más en detalle á algunos de nuestros poetas, especialmente al más grande de todos. Por lo cual, su gloria es ya inseparable de la de Lope, y nuestra gratitud nacional debe juntar sus nombres, así como el doctor Farinelli ha reunido los medallones de ambos poetas en el lindo frontispicio dibujado por él mismo para encabezar la excelente obra de crítica de que paso á dar somera cuenta.

Esta obra, escrita, al decir de los alemanes, con pureza de lengua rarísima en un extranjero, está además compuesta con mucha habilidad y arte, con gran caudal de erudición sobriamente administrado, y, lo que vale todavía más y no estorba nunca, con poético y juvenil entusiasmo. El autor ha trabajado sobre el mismo ejemplar de las comedias de Lope que sirvió á Grillparzer para sus estudios, y se ha penetrado como él de la virtud genial y fortificante de aquella sanísima poesía. Como él dice, Lope y Grillparzer han sido sus inseparables compañeros por las montañas del Tirol, y la poesía ha completado la obra de la naturaleza, haciéndole vivir durante muchos meses en un estado de ánimo plenamente estético, de los que dejan profundas y saludables huellas en la vida. Esta disposición de espíritu se refleja en cada página del libro, y no es su menor encanto. Aunque el autor sea italiano, ha sentido aquel mismo género de dulce simpatía que por España sintieron los románticos alemanes, y que se expresaba en el célebre saludo, no olvidado todavía por algunos eruditos de Viena y de Múnich: *somos hermanos*.

Schack, uno de los más venerables representantes de esta generación literaria, ha querido, antes de bajar á la tumba, dar á nuestra patria y poesía la última prueba de afecto, traduciendo en verso alemán todas las citas de Lope que figuran en el libro del Dr. Farinelli.

Ya he advertido que éste libro contiene bastante más que

lo que su título indica. Como escrito para Alemania, llámase *Grillparzer und Lope de Vega*; aunque observando la debida proporción entre ambos poetas, no negada por el crítico ni por nadie, más bien debiera llamarse *Lope de Vega und Grillparzer*, y quizá el título más exacto sería *Lope de Vega in Deutschland*, puesto que se trata de una exposición completa del influjo de Lope de Vega en la literatura alemana y de los trabajos de los críticos alemanes respecto de él.

Todo lo que precede á Grillparzer va por vía de introducción, y es lo que vale é importa menos, porque, antes de Grillparzer, Lope era poquisimo conocido en Alemania. Si en el teatro del siglo XVII influyó algo, fué principalmente á través de sus imitadores holandeses, ó bien de los franceses como Rotrou, ó de los italianos como Cicognini. En el siglo XVIII había críticos que le llamaban *López á la francesa*, y aun llegaban á convertirle en dos poetas diversos, uno *López de Vega*, y otro *Carpio*. La extraordinaria rareza de su colección dramática (que no ha sido el menor obstáculo para la difusión de su fama), hizo que Lessing apenas llegara á adivinarle, aunque en la *Dramaturgia* le cita alguna vez, y se hace cargo del *Nuevo Arte de hacer comedias*. Dieze, el traductor de los *Orígenes* de Velázquez, no adelantó un paso sobre la pedantesca crítica de los Nasarres y Montianos, de cuyas conclusiones se hacía eco en Alemania. Bertuch tradujo la *Gatomaquia*, añadiendo una pequeña biografía del autor.

Acercábase entre tanto la edad heroica de la literatura alemana, pero la mala estrella que perseguía á Lope después de muerto, sin duda en compensación del aura popular que le había rodeado cuando vivo, hizo que ninguno de los dos dioses mayores de aquel olímpico período llegase á trabar conocimiento con sus obras, puesto que Schiller no supo de él más que el nombre, y Goethe, que llegó muy tarde á conocer á Calderón, sólo en su extrema vejez pudo ver algo de Lope en la traducción que Otto de Malsburg hizo y le dedicó en 1824, de *La Estrella de Sevilla*, *El Mejor Alcalde el Rey* y *La Moza*

de Cántaro. Y sin embargo, es cierto, según aguda observación de Grillparzer, que el genio inconmensurable de Goethe, con su entera y luminosa visión de la realidad, tenía mucha afinidad nativa con el genio de Lope, así como el temple idealista de Schiller respondía más bien al de Calderón. Pero no se ha de dar á estos paralelos más valor del que tienen, para no confundir obras nacidas en atmósfera artística tan diversa.

La gran desgracia de Lope en Alemania y la causa de todas las injusticias de que Grillparzer vino á redimirle, fué la falsa posición en que hubo de colocarse respecto del teatro español la crítica de los románticos, á consecuencia de la apoteosis calderoniana, iniciada en 1808 con la postrera lección del *Curso de literatura dramática* de Guillermo Schlegel. Todo el mundo sabe hoy (á lo menos fuera de España) que Schlegel y su hermano ignoraban profundamente toda la literatura española á excepción de Calderón y Cervantes; lo cual no fué obstáculo para que lanzasen sobre nuestras cosas, en son de alabarlas, los más precipitados fallos, que aquí mismo han logrado inmerecida autoridad, protegidos por el renombre y el innegable talento crítico de ambos hermanos. En sus obras Lope está tratado como un improvisador semibárbaro, cuyos dramas ofrecen algunas intenciones poéticas y situaciones de efecto. La pedantería no ha sido patrimonio exclusivo de la crítica clásica. En cambio, para Calderón ¡qué profusión de estrellas; de perlas y de diamantes, qué de simbolismos para explicar y absolver lo más barroco, qué de profundidades místicas y nebulosas para embrollar lo más claro!

Este Calderón falsificado por los Schlegel fué el ídolo de los románticos alemanes, aunque no faltó entre ellos alguno como Tieck, que con mayor conocimiento de nuestra lengua y poesía, dejase de percibir que no era metal precioso todo el que había entrado en la fundición de la estatua. Pero ni siquiera de ésta mayor cordura crítica que el tiempo y el estudio directo de las obras de Calderón tenían que traer forzosa-

mente, se aprovechó por de pronto Lope, aunque sí Shakespeare y Cervantes. La Alemania del primer tercio de este siglo, tan pródiga en interpretaciones sobre Calderón, no produjo sobre Lope una monografía que ni remotamente pueda ponerse al lado del libro inglés de lord Holland, con parecer nos hoy tan pobre é insuficiente. Aun las traducciones é imitaciones de las piezas dramáticas de nuestro poeta fueron raras, y en general de poca monta, salvo las de Malsburg, y Zedlitz. No sólo en Inglaterra, sino en Francia misma (recuérdese á Fauriel y á Magnin) se trabajaba entonces más y mejor sobre Lope que en Alemania.

Tal era la situación de la crítica y de la poesía alemanas respecto del patriarca de nuestra escena, cuando Grillparzer emprendió su estudio, como crítico y como poeta, puesto que ambas cosas era en grado eminente. Tres puntos hay que considerar aquí, y en tres capítulos los estudia el Dr. Farinelli: relaciones directas entre el teatro de Lope de Vega y el de Grillparzer: juicios de Grillparzer sobre Lope: afinidades y diferencias entre la idiosincrasia artística de Lope y la de Grillparzer, y hasta qué punto la compenetración con el genio del primero llegó á modificar la manera del segundo.

Su primera inclinación al cultivo de la literatura española la adquirió Grillparzer dentro de su propia familia. Un tío suyo había hecho estudios sobre Timoneda, Solís y Tirso de Molina. Éran los tiempos del fervor calderoniano, y Grillparzer comenzó por empaparse en Calderón, que tenía entonces en Austria un imitador tan calificado como Schreivogel, el que adaptó á la escena alemana *La Vida es sueño*, *La Hija del aire*, *El Médico de su honra*, además de *El Desdén con el desdén*, de Moreto, tan popular en aquellos teatros con el título de *Doña Diana*. Schreivogel tenía la habilidad de purificar el estilo de Calderón de los resabios de culteranismo, dando al diálogo más vida, naturalidad y relieve, descargándole de vana pompa y de sutilezas escolásticas. Estas imitaciones, así modernizadas, conforme al gusto del público alemán,

tuvieron un éxito que aún dura; y Grillparzer, discípulo y amigo de Schreivogel, siguió esta dirección en sus primeras obras, aunque haciendo siempre, respecto de Calderón, muchas reservas de gusto. *Die Ahnfrau*, por ejemplo, está inspirada manifiestamente en *La Devoción de la Cruz*, y tiene además reminiscencias de *El Purgatorio de San Patricio*. El grandioso drama fantástico *Der traum ein leben*, hasta por el título recuerda inmediatamente *La Vida es sueño*, aunque la filosofía de la obra es diversa y, en cierto modo, contraria, y diverso también el simbolismo empleado. Si para Calderón *la vida es sueño*, para Grillparzer (cuyo romanticismo no en balde viene después de la crítica kantiana) *el sueño es vida*, ó más bien, purificación de los afectos para la actividad práctica, que triunfa del juego de las fantásticas apariencias. Pero á pesar de esta inversión ó retroversión de la tesis, el drama es palmariamente calderoniano, como lo es, sin tan sutiles filosofías, *El Desengaño en un sueño*, del duque de Rivas, que presenta con el drama de Grillparzer muy extrañas analogías, las cuales de ningún modo pueden atribuirse á imitación directa, puesto que el duque no sabía alemán, y de la obra del poeta austriaco no sabemos que todavía haya sido traducida á ninguna lengua que á él le fuese accesible. Hay que recurrir, pues, á una fuente común ó á una transmisión indirecta del argumento, problema que plantea y no resuelve el Dr. Farinelli, en un apéndice destinado á hacer la comparación entre los dramas de ambos egregios poetas.

Es singular que Grillparzer, después tan enemigo de la abstracción y del simbolismo que consideraba como las grandes plagas del arte germánico, debiese cabalmente á un drama simbólico uno de sus primeros y más señalados triunfos. Y no lo es menos la extraña mezcla que en las obras de su primer tiempo, en la misma *Safo*, por ejemplo, se observa entre el influjo de Calderón y el de la tragedia griega, reminiscencias de Eurípides y reminiscencias de los autos sacramentales.

Si Calderón fué el modelo de la juventud de Grillparzer, Lope de Vega fué el ídolo de su edad madura. Desde que comenzó á leerle comprendió que se las había con un genio poético superior. No por eso negó á Calderón jamás las propias y admirables cualidades que realmente posee. Siempre le habían molestado en su lectura el amaneramiento de la dicción, la retórica bombástica, pero continuaban llenándole de sorpresa y maravilla su destreza técnica, la corrección en algún modo clásica de sus planes, la vigorosa construcción orgánica de sus piezas, en que todo parece calculado para el efecto teatral. Estas condiciones, cuyo valor entendía Grillparzer mejor que otro alguno, como hombre del oficio, y que tanto contrastaban con el genial desarreglo del arte primitivo y espontáneo de Lope, y con la marcha aventurera y desordenada de sus novelas dramáticas, no le impidieron dar la preferencia á este último por motivos estéticos de índole superior. Los paralelos que hizo entre ambos insignes poetas están llenos de enseñanza, aun para los que no participen de la opinión de Grillparzer, que es también la nuestra. «Calderón (decía) es un poeta gallardamente amanerado; Lope es el pintor de la naturaleza. Calderón es imaginativo y rico en metáforas; Lope de Vega es *gráfico*. Calderón alinea su diálogo con brillantes y fastuosas comparaciones; Lope de Vega no gusta de comparar, pero apenas hay expresión suya que no tenga una fuerza sensible, y sus cuadros no son un adorno exterior sino que dan la visión de la cosa misma. Mientras que en Calderón todo, aun el pensamiento profundo, se convierte en superficial, tiene Lope de Vega, en medio de su aparente superficialidad poética, una intimidad muy honda, aun en lo que parece más abandonado y defectuoso. Lope de Vega es un naturalista que nada excluye, y resulta natural hasta en la expresión de lo sobrenatural, hasta en la expresión de lo imposible: Lope de Vega se apoya en los sentimientos naturales de los españoles de su siglo; Calderón en la convención artística de su tiempo llevada al punto más alto.»

Aun del cotejo con el mismo Shakespeare no resultaba Lope empequeñecido. «Shakespeare (dice Grillparzer) nos da la naturaleza en compendio; Lope la da toda entera, sin selección, tal como se manifiesta, procede y se desarrolla. Lope no es precisamente el mayor poeta, sino el temperamento más poético de la edad moderna.»

¿Infiérese de aquí que convenga á un dramaturgo moderno la imitación directa de Lope? De ningún modo (contesta Grillparzer): lo que hay que hacer es «convertir á Lope en sustancia propia, llenarse de su espíritu y hacer luego una cosa enteramente distinta de lo que Lope hizo».

Así lo practicaba él mismo, entrando todos los días en aquel *baño frío de naturalismo*, que le templaba y vigorizaba para sus propias creaciones, que son, no obstante, tan diversas de las de Lope, sobre todo en un punto esencial, que Grillparzer explicaba con tanta profundidad como modestia. «Los poetas grandes lo son precisamente por ser capaces de reproducir hasta las mismas incongruencias de la naturaleza, pero los poetas medianos debemos atenernos á la realidad congrua, á la naturaleza *consecuente*.»

Por esta razón, la influencia de Lope de Vega sobre el teatro de Grillparzer, más bien que en obras determinadas, se siente como difusa por todo él y penetrándole en su íntima esencia. Hasta cuando trata los mismos asuntos que Lope, como sucede en la *Prosperidad y caída del rey Ottocar* (cuyo argumento es el de la *Imperial de Otón*), ó en *La Judía de Toledo*, ó en la *Ester*, parece que pone empeño en hacer obra nueva, y no repetir, ni los caracteres, ni las situaciones. Y al mismo tiempo las huellas de Lope reaparecen donde menos pudiera esperarse. En nada se asemeja por ejemplo, *El Leal criado* de Lope al drama de Grillparzer *Ein treuer diener seines Herrn*, á pesar de la casi identidad del título; pero el Sr. Farinelli descubre en esta obra reminiscencias de *La Estrella de Sevilla*, de *El Príncipe despeñado* y sobre todo de *El Gran Duque de Moscovia*, comedia basada en las primeras noticias

que á España llegaron, por conducto de los jesuitas polacos, de la aventura del falso Demetrio. Cuando preparaba su tragedia de *Hero y Leandro*, pieza llena de espíritu clásico, Grillparzer leía simultáneamente, como en su diario consta, á los griegos y á los españoles, la *Odisea* y Lope de Vega; y para la expresión limpia y ardiente de los afectos amorosos, bebía inspiración, no precisamente en las comedias mitológicas del poeta castellano, sino en *La Moza de cántaro* y en *Los Tres diamantes*. ¿Quién había de decir que la transparente y luminosa poesía de Lope, toda plasticidad y formas vivas, podía reclamar algo en el más simbólico y nebuloso de los dramas de Grillparzer, en el ya citado *Traum ein leben?* Y sin embargo, es evidente que el autor recordaba algunos pasos de *Los Donaires de Matico* y de otra comedia de Lope, *Con su pan se lo coma*, especialmente estos versos que resumen el sentido de la obra:

«Señor, yo he probado ya
 Las ciudades populosas,
 La vida de los palacios,
 Las cansadas ceremonias,
 La comida, el sueño; en fin,
 Perdona que te responda
 Que no he de volver allá
 Si me dices tu corona.
 Yo he vuelto á mi propio sitio,
 Estoy en mi esfera propia,
 Gozo descansada vida,
 Sé qué es noche y qué es aurora,
 Sé qué es comida y qué es sueño,
 Y si es la vida una sombra,
 Y el alma es sol, aquí quiero
 Esperar á que se ponga.»

Esta investigación de los latentes veneros españoles de la inspiración de Grillparzer es la parte más extensa, y sin duda la más notable, del libro que rápidamente voy analizando. Ella sola basta para acreditar la mucha doctrina y perspicacia del crítico, el profundo estudio que ha hecho de ambos poetas, y so-

bre todo el raro talento que posee para sorprender las relaciones que parecen más tenues é impalpables, y llegar muy adentro en los hondos misterios de la elaboración estética, donde siempre hay una parte muy considerable de reminiscencia involuntaria y aun inconsciente. Como Grillparzer apuntaba día por día las impresiones que la lectura de Lope iba dejando en su ánimo, puede decirse que en este diario crítico está la clave de una parte muy considerable de su labor teatral, la cual refleja de mil modos los rayos del sol poético de Castilla, que él se levantaba á saludar con reverencia todas las mañanas. Lope influye en él de mil modos, por lo trágico y por lo cómico, por el sentido musical y por la viveza *característica*. Así el Primislao de Libussa recuerda la hermosa figura de *El Villano en su rincón*, y en esa misma pieza hay reminiscencias de la *Vida y muerte del rey Wamba* y de *La Quinta de Florencia*.

Reservando para mejor ocasión, es decir, para las anotaciones que voy haciendo al teatro de Lope en la edición académica, el insistir en todas éstas relaciones y comparaciones marcadas con tanta precisión y firmeza por el Dr. Farinelli, no puedo menos de llamar la atención muy particularmente sobre las doctas y nutridas páginas que dedica á las dos famosas tragedias de Grillparzer *La Judía de Toledo* y *Esther*. Estos dos análisis son de primer orden, y encierran además una enumeración bastante completa de las obras dramáticas que tratan uno ú otro de estos argumentos, extendiéndose más, como era justo, en *Las Paces de los Reyes* y *Judía de Toledo* y en *La Hermosa Ester* de Lope, con la cual tiene el fragmento del poeta austriaco más analogía que con la *Esther* de Racine. Advertiré, como de pasada, que encuentro excesiva la dureza con que el Dr. Farinelli juzga y deprime la *Raquel de Huerta*. Entre los críticos extranjeros parece que se ha hecho moda denigrar á este apreciable ingenio y excelente patriota, desde que el amigo Morel-Fatio, en sus bellos *Estudios sobre España*, tuvo la ocurrencia de llamarle *tonto*, sin

duda porque en pleno siglo XVIII tuvo el valor y el buen gusto de no afrancesarse. Cualesquiera que fuesen (y grandes fueron sin duda) los extravíos y temeridades de su crítica, nunca llegaron á los dislates, ignorancias y pedanterías que contra el arte nacional habían escrito D. Blas Nasarre, don Agustín Montiano y el padre de Moratín; y algo ha de concederse también al ardor de la reacción, al temperamento irascible y belicoso de Huerta, y á la hostilidad cruel con que le trataron todos los literatos de su tiempo, acabando por exasperarle y ponerle en los confines, no de la tontería, sino de la locura. Como crítico era hombre de poca doctrina y de poco gusto, pero de buen instinto en lo general: una especie de romántico inconsciente y venido antes de tiempo, que no acertaba á razonar lo que sentía confusamente pero con grande energía. Como poeta, hizo la mejor tragedia del siglo XVIII, lo cual puede no ser un gran elogio (puesto que las demás, salvo alguna de Cienfuegos, apenas pasan de la medianía y carecen, no sólo de interés poético, sino hasta de intención dramática), pero es sin duda un mérito relativo cuando entre los cultivadores de ese género exótico vemos figurar los nombres más calificados de la literatura de entonces: D. Nicolás Moratín, Cadalso, Ayala, Jovellanos, Quintana... Para juzgar bien de la *Raquel*, hay que verla en su propio momento, y no aplastarla bajo el peso de un coloso como Lope de Vega ó de un artista dramático tan consumado como Grillparzer, que tiene en *La Judía de Toledo* un acto final de grandeza casi shakespiriana. El pobre Huerta no podía ascender á tales alturas, y aun puede añadirse que mucho de lo bueno que hay en la *Raquel* no es suyo, sino de Lope, y de Diamante, y de D. Luis de Ulloa. Pero las buenas condiciones de la *Raquel* no consisten tanto en su estructura dramática, que es sin duda muy endeble, cuanto en la elocuencia poética con que está escrita, en el énfasis y lozanía de la dicción, cuyo efecto sobre oyentes españoles es infalible, y debía serlo mucho más cuando se llegaba á ella después de pasar por los sedientos arenales de

la *Hormesinda*, de la *Numancia*, de la *Lucrecia* y del *Ataulfo*. ¡Si hasta hubo quien escribiese tragedias en versos *pareados*, sin duda para que la sombra de Corneille se regocijase con el servilismo de la imitación, aunque el oído español protestase de oír en serio lo que hasta entonces sólo había aguantado en los entremeses! Siquiera los endecasílabos de Huerta eran versos, y sonaban como tales, y llenaban el oído con la suave y familiar cadencia de los asonantes, y hablaban de pasión y de galantería caballeresca, y no eran insípida prosa de *Mercurios* y *Gacetas*, como casi todo lo que se oía en el teatro, gracias á la paternal tutela del conde de Aranda y de la Sala de Alcaldes, que eran los Aristarcos y los Quintilios de entonces. ¿Qué extrañón que la *Raquel*, clásica en el plan pero romántica en los afectos y aun en el estilo, pareciese un oasis en medio de aquel desierto? Quintana, cuyo juicio en materias de poesía española algo vale, tuvo esta tragedia en grande estima; y por mi parte no encuentro motivo para separarme de su opinión.

En la segunda parte de su trabajo, principalmente destinada á dar cuenta de los estudios críticos de Grillparzer sobre Lope de Vega, comienza el Dr. Farinelli por historiar de un modo rápido, pero con mucho conocimiento de causa, las vicisitudes por que ha pasado la reputación de Lope desde aquella especie de culto ó apoteosis que en vida suya le tributaron España é Italia (1), hasta la injusta denigración de que le hizo víctima el pseudo-clasicismo del siglo pasado, y la meritoria aunque todavía incompleta y tímida reivindicación, cuyo

(1) Al tratar del libro que en 1636 coleccionó en Venecia Fabio Franchi, perusino, con el título de *Essequie Poetiche, ovvero Lamento delle Muse Italiane in morte del signor Lope de Vega*, corrige muy oportunamente Farinelli una inadvertencia en que Schack y otros muchos habíamos caído. La curiosa pieza que allí se lee con el título de *Oratione fatta in Parnaso del Sign. Cav. Marino*, no ha podido ser escrita por el Marino mismo, que había fallecido en 1625, diez años antes que Lope. Trátase, pues, de una composición retórica, de un *ragguaglio* ficticio.

principio puede ponerse en el libro de lord Holland para Inglaterra, en las refundiciones de Trigueros y D. Dionisio Solís para España, en el estudio de Fauriel, en las traducciones de La Beaumelle y Damas-Hinard y en los primeros artículos de Vieil-Castel para Francia. Pero hay que confesar que de todos nuestros grandes poetas, Lope de Vega fué el que menos servicios debió á la crítica romántica, ni de su propio país ni de los extraños. El bulto enorme de sus obras y la singular rareza de muchas de ellas eran para arredrar á los perezosos y á los amigos de la erudición fácil. En España apenas puede citarse otra cosa que las páginas elocuentes y de mucho jugo estético, pero brevísimas, de un artículo de D. Agustín Durán en la *Revista de Madrid* de 1839. La crítica de Lista, de Martínez de la Rosa, de Gil y Zárate... tratándose de Lope, es como si no existiera, y sólo ha servido para perpetuar errores y vulgaridades. Hartzenbusch hizo el buen servicio de reimprimir en la Biblioteca de Rivadeneyra hasta ciento veinte y tantas comedias de Lope, pero sin un prólogo, sin una nota, sin un comentario, sin una tentativa de clasificación, y á las veces con una selección muy caprichosa, cuyos motivos tuvo á bien callarse, lo mismo que todo lo demás.

Los alemanes se nos han adelantado en este como en casi todos los puntos capitales de nuestra historia literaria. Ya en 1839 apareció en Viena un libro de *Estudios sobre Lope de Vega*, firmado por Miguel Enk, amigo del célebre dramaturgo Federico Halm. Pero esta primera tentativa hubo de resultar imperfectísima, por haberse valido principalmente su autor de la pésima colección que con título de *Tesoro del teatro español* había publicado Ochoa en París, la cual era á su vez casi reimpresión, por lo que á Lope toca, de la mutilada y mendosa *Colección general de comedias escogidas* que en Madrid salió desde 1826 á 1831, donde con el pobre criterio semi-clásico propio de la época, sólo muy pocas piezas de Lope, y casi todas de un mismo género (comedias de costumbres ó de capa y espada) habían encontrado hospitalidad. Todos los esfuerzos de Enk,

que no carecía de talento crítico, hubieron de fracasar por esta penuria de materiales. Con las traducciones de Dohrn (*Spanischen Dramen*, 1841-44) se inicia un nuevo período crítico, pero en realidad sólo desde 1845, fecha de la publicación de la *Historia de la literatura dramática española* de Schack, puede decirse que logró Alemania una reseña cabal de la monstruosa actividad poética de Lope, y pudo conocer las líneas generales de su sistema dramático y recorrer, aunque con planta rápida, las inmensas regiones en que dominó su musa. La obra de Schack, fundada en información suficiente y aun vastísima para su tiempo, escrita además con el brío y entusiasmo propios de la juventud, dictada en suma por un alma de poeta unida á un talento crítico nada vulgar, es una exposición fácil, luminosa y simpática, que puede parecer hoy anticuada en su primer tomo, incompleta y desproporcionada en algunas de sus partes, demasiado somera al tratar de dramáticos tan insignes como Tirso y Alarcón, pero que, tomada en conjunto, no sólo es uno de los libros de crítica más brillantes que produjo la escuela romántica, sino que como historia general del teatro español no ha sido superada hasta ahora, y conserva la mayor parte de su valor primitivo. Los juicios de Schack no suelen ser muy profundos, pero son los de un hombre de gusto y de un ingenio vivo y ameno. Muchas cosas están allí adivinadas por primera vez; pero el autor no insiste en ellas, y por eso parece más superficial de lo que realmente era. Fué el primero que hizo justicia á Lope, y el primero también que supo reducir á sus justos límites el verdadero mérito de Calderón, rompiendo con el tradicional ditirambo de los Schlegel. Y si no dió redondamente la preferencia á Lope sobre Calderón, dejó ver por claros indicios que tal era el fondo de su pensamiento, á pesar de las concesiones que todavía hacía á la opinión vulgar.

El libro de Schack había sido una improvisación brillantísima; el que Grillparzer meditaba, el que acarició en idea durante cuarenta años, y no llegó á escribir por fin, aunque

dejó para él notas preciosas que han sido coleccionadas después de su muerte, hubiera sido cosa muy diversa. Schack no había visto más que lo exterior de Lope, Grillparzer penetró en su alma. La llave de su poesía él sólo la ha tenido hasta ahora, y no puede negarse que fué digna recompensa del esfuerzo que le había costado el conquistarla. Schack había visto á Lope de Vega con ojos de romántico: Grillparzer sorprendió lo más profundo de su arte, la individualidad concreta que, por andar hoy tan infamado el nombre, nos guardaremos de llamar naturalismo. Estas dos diversas maneras de considerar el teatro español responden casi matemáticamente á las grandes evoluciones de la estética alemana de nuestro siglo. Los juicios de Schlegel, Tieck, Bretano, Platen, Schack, Schmidt, Rosenkranz, reflejan sucesivamente todos los progresos de la estética idealista, desde Schelling y Hegel, hasta el gran monumento de Vischer. A la estética realista de Herbart, Zimmerman, Lemcke y Schaschler, tiene que acompañar una nueva crítica del teatro español. Sobre el ara de Calderón comienza á levantarse la estatua de Lope, y Grillparzer es su profeta: su fórmula sacramental *naturdichtung*. Y esta fórmula, ¿quién la ha realizado en el mundo mejor que Lope, que más que un poeta es una fuerza poética encarnada en la vida, es la naturaleza poética misma? El himno que á esta poesía natural cantó Grillparzer en todas las páginas de sus notas críticas, y que profundamente glosa y comenta Farinelli, es bellissimo, pero demasiado largo para transcribirse aquí ni siquiera en extracto. Nunca han sido apreciadas con tanta lucidez las condiciones fundamentales del arte de Lope, ni sus semejanzas y diferencias con Eurípides, Shakespeare y Calderón. Véase todo esto y otras innumerables cosas en el libro mismo, cuyo análisis es ya forzoso terminar.

La última parte del estudio del Dr. Farinelli es un capítulo de psicología estética comparativa entre la individualidad poética de Lope y la de Grillparzer. Espíritus crecidos y educados en un medio tan diverso, y á tanta distancia de tiempo,

tenían por fuerza que diferir en muchas cosas, aunque las facultades nativas no hubiesen sido tan desiguales en cantidad y en calidad como realmente lo fueron. Es cierto que tuvieron de común el culto á la poesía natural, el amor á lo concreto y á lo limitado, el alejamiento de lo simbólico, la suave facilidad de la inspiración, un no sé qué de blando y femenino en el timbre de sus versos. Pero lo que en Lope era genial y espontáneo, fué las más veces en Grillparzer (artista reflexivo, artista *alejandrino*, como hoy lo son por ley ineludible todos, aun los mayores) fruto de un esfuerzo muy laborioso y de una estética muy refinada. En una palabra, Grillparzer, como Teócrito ó Apolonio, llegó á ser poeta natural á fuerza de artificio.

Del mismo modo, hay cierta nativa afinidad de carácter entre Grillparzer y Lope. Uno y otro tuvieron un amor más ó menos platónico á la paz de la naturaleza y á los afectos sencillos, pero Lope fué el poeta de la alegría y del vivir fácil y risueño, aunque su propia vida no fuese toda flores, como da á entender el Dr. Farinelli, puesto que no le faltaron en sus últimos años cruelísimas espinas, de las cuales nunca se libra quien cae en el sofisma de erigir el orden estético en disciplina moral, y confundir el sueño del arte con la acción viril. La vida de Grillparzer, por el contrario, fué oscura y llena de pequeñas contrariedades, suscitadas, ya por su propia y algo enfermiza sensibilidad, ya por la penuria en que casi siempre vivió, ya por sus infelicísimos amores, ya por la mano férrea de la censura austriaca, que muchas veces le haría echar de menos á los inquisidores del tiempo de Lope, que tanta libertad habían dejado á los arrojos de su musa. De todo lograba relativo consuelo, arrojándose en brazos de su poeta querido, único que tenía la virtud de aquietar el tumulto de sus negras ideas y producir en él cierta especie de apacible *nirvana* (1).

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

(1) En la Revista crítica correspondiente al mes de Setiembre (página 104) hay una errata notable, que ya habrá subsanado el buen sentido del lector. Donde dice *proparoxitónico* léase *paroxitónico*.

RECUERDOS

Al salir del caos de la Edad Media, como reacción y protesta contra el método especulativo de platónicos y aristotélicos, imperó en las ciencias del mundo inorgánico o el método, firme y sólido como ninguno, de la observación y de la experiencia. A las ideas vagas y nebulosas de los metafísicos; á las teorías *a priori* se sustituyeron los hechos, la observación de la naturaleza, la realidad en suma. Y sobre esta base inquebrantable ha venido fabricándose el soberano edificio de las ciencias modernas.

Arrancaba antes la fábrica desde arriba, como si estuviese toda ella, cual fantástico edificio, colgada de las nubes. Arranca la ciencia moderna del terreno firme, buscando en él sus cimientos; que espacio tiene por encima para elevar torres caladas y agujas fantásticas, que en las mismas nubes se claven.

La teoría *a priori* viene de arriba abajo, y jamás encuentra cimiento, porque á él llega, cuando llega, desquiciada y torcida.

La ciencia fundada en el método experimental va de abajo arriba, y es más fácil en ella conservar el aplomo.

Y lo que en las ciencias físico-químicas se ha venido haciendo de cuatro siglos acá, en las ciencias morales y políticas, y en las ciencias antropológicas en general, se ha hecho en gran parte en nuestro siglo.

Por eso la erudición, que pudo ser mera curiosidad en otros tiempos, es hoy base científica.

Por eso la historia, que fué mero relato, alcanza carácter científico también.

Por eso en el método positivo han adquirido tanta importancia los que se llaman *documentos humanos*, para valernos de una frase que va generalizando el uso.

No es que yo crea, que ni en las ciencias físicas ni en las ciencias morales *el hecho* lo es todo. Por el contrario, los hechos aislados son polvo no más, y si con ellos no se forma una trabada argamasa, jamás constituirán una ciencia. Ni la arena suelta del desierto, ni el vapor flotante de la neblina, pueden formar alta torre. ¡Que el viento deshace la neblina y el viento barre la arena!

De los hechos ha de partirse; pero hay que unirlos y trabarlos; y hay que buscar en su variedad dispersa la unidad; y hay que descubrir en el confuso caos, la línea purísima de la ley.

Las observaciones astronómicas no constituyeron ciencia hasta que la prodigiosa hipótesis de la atracción sometió á fórmulas matemáticas los hechos de los astros desparramados por el espacio infinito.

Por eso la ciencia en su proceso ha pasado y pasa y pasará eternamente, digan lo que quieran las exageraciones de los metafísicos, por tres grados. 1.º Acumulación de hechos. 2.º Ordenación de estos hechos y deducción de la ley empírica. 3.º Adaptación de los hechos y de las leyes empíricas á los moldes sublimes del pensamiento; *por lo menos* como sublimes simbolismos.

Pero sea de ello lo que fuere, la importancia del *hecho* en sí, grande ó pequeño, y de toda realidad, sea cual fuere su tamaño, es indiscutible en las disciplinas científicas.

Hay, pues, que pagar tributo á este afán de ir acumulando, en todas las esferas, documentos vivos y palpitantes de la realidad misma; hasta que en el mundo inorgánico un Newton

futuro descubra ó suponga nuevas gravitaciones; hasta que en el mundo de la biología y, sobre todo en la Antropología, otro Newton ponga orden y descubra nuevas fórmulas para la vida que circula por los organismos, para el sentimiento que palpita en el corazón y para la razón humana que pugna por encerrarlo todo, mundos siderales, mares y montes, y sociedades humanas, en sus propios y divinos moldes.

Y pasemos ahora de lo grande á lo pequeño.

*
* *

Mi buen amigo el propietario y director de esta Revista, es también aficionado á *documentos humanos*. Y á propósito de la vida íntima del teatro en estos últimos tiempos, ha solicitado de mí, con imperios y exigencias de amistad, que reúna notas y recuerdos y que los vaya agrupando y ordenando en artículos. Y yo, que para la amistad soy débil, he cedido al fin; y aunque con cierta repugnancia, voy á llenar, mejor dicho, voy á *dictar* (que para atildamientos de estilo no tengo tiempo) unas cuantas cuartillas, contando lo que buenamente recuerde de la historia modesta é insustancial de cada uno de mis dramas y de los precedentes históricos, digámoslo así, de esos mismos dramas.

Y mi repugnancia se explica, porque en esta empresa en que me he metido, ó á que me han lanzado, voy á tener que emplear *un vocablo* que me asusta, y que más de una vez hará que me detenga ó que vacile, como ahora vacilo, al terminar una frase ó al cerrar un período.

Y *este vocablo* que me aterra es el satánico, el vanidoso, el peligrosísimo *Yo*.

¿Qué remedio? El que cuenta tiene que emplear de conti-

nuo este pronombre: *yo* vi esto; *yo* presencié esto; *yo* sufrí aquello; *yo* hice tal ó cual cosa. Y siempre esta maldita primera persona ha de manchar con vahos y tufos de egoísmo ó de solapada vanidad cuanto se diga ó cuanto se refiera.

Bienaventurados los ingleses, la raza individualista por esencia, que con suprema impasibilidad y sin escrúpulos ortográficos, escriben el *Yo* con una *I* mayúscula en todas partes, lo mismo en medio que al principio de un párrafo. El *I* campea soberbio por todo el espacio del escrito, como alto campanario sobre miserables casuchas de pueblo.

No me siento yo con tamaño valor, que quisiera escribir el temeroso vocablo con las más humildes y modestas letras del más diminuto abecedario.

*
* * *

Evocando recuerdos antiguos, el primero con que tropiezo entre todos los de mi existencia se refiere al teatro.

¿A qué teatro? No lo sé. Pero era un teatro de Madrid, porque en Madrid nací y en él estuve hasta los tres años. ¿A qué función, comedia ó drama, se enlaza esta lejana memoria? Tampoco lo sé.

Imagínese una noche negra, muy negra: toda igual, toda oscura. Y de repente, un punto de luz. Y después la misma sombra de antes.

En las tinieblas de lo inconsciente apareció un instante una estrellita, que luego se apagó. Es que la conciencia brotaba por vez primera; y como fatigada del esfuerzo se extinguía luego por mucho tiempo; no sé cuanto. Yo me vi, que apenas tendría tres años, como he dicho, en los brazos de una mujer; delante de mí, á poca distancia, una barandilla; más lejos un escenario; y, por el fondo del escenario, cruzaba una actriz vestida de negro.

Me desprendí de los brazos de la niñera — porque supongo que lo sería la que en los suyos me llevaba;—pugué por acercarme á la barandilla, y miré á la figura vestida de negro que atravesaba el foro.

Y nada más. Cesó la sensación, ó al menos perdió la fuerza necesaria para quedar grabada en forma de recuerdo.

¡Quién sabe si de aquella primera impresión han podido nacer mis aficiones al teatro! Pero la impresión debió ser enérgica, porque muchos años han pasado, que yo no quiero contar porque nadie me los cuente, y aun hoy mismo veo, con asombrosa claridad, *la barandilla, el escenario y la mujer alta y esbelta, y vestida de negro, que cruza por el fondo.*

*
* *

Pasaron años y me llevaron á Murcia; y siguió mi afición al teatro, aunque pocos estímulos tenía en aquella época y en una capital de provincia el arte dramático.

Sin embargo, en once años que viví en aquella poética tierra, pude hacer conocimiento con la mayor parte de las obras románticas que por entonces imperaban. En Murcia vi *El Paje*, de García Gutiérrez, y aun aprendí de memoria gran número de sus hermosos versos, sobre todo aquellos sacrílegos, que merecieron la reprobación de todas las personas piadosas y el castigo de la censura eclesiástica. Versos que citaré de memoria, aunque jamás los he vuelto á leer. Los tales versos los dice el Paje refiriéndose á su madre, de quien está locamente enamorado, aunque ignorando — como es natural — el íntimo parentesco que les une. Y dicen así:

«En aquel infausto día
yo te vi, yo, ¡desdichada!,
de muy rica orfebrería,
de mil perlas adornada;

y sólo á ti, sin cesar,
 sólo á ti mi alma afanosa
 acertaba á contemplar,
 porque eras tú más hermosa
 que la Virgen y el altar.»

Posteriormente se enmendó este verso, sustituyéndolo por el siguiente:

«Que la Virgen del altar.»

Pero aun así y todo, resultaba formidable. Y es que, cuando las cosas salen sacrílegas desde un principio, no hay manera de enderezarlas hacia la piedad.

Por aquel tiempo vi también un drama que, si no recuerdo mal, se llamaba *Don Fernando el Emplazado*; y en él una doncella, por todo extremo desgraciada, que decía, llorando y haciendo llorar á la concurrencia, estos versos que demuestran los gustos y las aficiones de la época.

«Si recuerdo que mi infancia
 meció cuna de marfil,
 ni aun me sirve de consuelo
 el recordar lo que fui;
 y es el mayor de mis males
 no ver á mis males fin.
 ¡Ay de mí, que en hora amarga nací!»

Al final de cada estrofa se lamentaba la dama, en la misma forma, de haber nacido con tan mala estrella ó en tan amarga hora.

Si he de decir la verdad, más emoción me producían los sacrilegios de García Gutierrez, que el llanto de la doncella de la cuna de marfil y del ¡ay de mí!, con lo cual—á no dudarlo—demostraba yo los instintos criminales que al correr del tiempo habían de desarrollarse en mi persona como autor dramático.

Presencié también, en Murcia siempre, varias representaciones de *Carlos II el Hechizado*, que tuvo para conmigo no más que un *succès de estime*.

En suma; yo hacía que me llevasen, porque claro es que entre los tres y los catorce años no podía disponer libremente de mi persona, á todas las funciones nuevas; y en todas gozaba con espontaneidad infantil mientras no era llegado el instante preciso, y aborrecible para mis aficiones juveniles, del baile nacional.

En cuanto yo veía sacar seis cajas rectangulares, blancas y en forma de escupidera, con dos ó tres luces dentro cada una, trastos que todavía me parece estar viendo, y que se ponían en fila sobre el suelo, á uno y otro lado del escenario; en cuanto yo veía, repito, las escupideras luminosas, que eran como las espléndidas luminarias de la danza, ya quería yo marcharme á toda prisa.

*
* *

Por aquellos años—yo creo que tendría ocho ó diez—asistí, siempre en el teatro de Murcia, á un espectáculo curiosísimo que me conviene recordar, porque, éste sí que es *documento humano*, y aun dato histórico, sobre las costumbres y forma de gobierno de entonces y sobre las relaciones públicas del arte con el gran principio de autoridad.

No era un drama; era una ópera: *Clara de Rosemberg* se llamaba, si no me es infiel la memoria: y, en el segundo ó en el tercer acto había un dúo, según sospecho entre el caricato y el barítono (y Dios me perdone la equivocación si es que me equivoco), que se llamaba el *dúo de las pistolas*.

Entusiasmó al público el afortunado y valeroso dúo, y pidió que se repitiese. Pero en aquellos tiempos había en el tea-

tro, como hoy en los toros, un presidente, que no sé si lo era el jefe político, ó el alcalde, ó algún miembro del municipio; pero que de todas maneras, jefe, alcalde ó concejal, era el de aquella noche hombre de carácter, y de malas pulgas, y aun de bestialidad probada, como lo demostraron los sucesos.

Reclamaba el público á gritos, puesto todo el mundo en pie, vueltos hacia la Presidencia, y en lo alto brazos y bastones, la repetición del duo famoso. Y el presidente, impasible, inmóvil en su palco presidencial, como el Padre eterno entre las nubes, no daba la orden que al efecto era necesaria.

Ignoro por qué elaboración psicológica se le había metido en la cabeza al señor presidente, que la repetición del duo mermaba de algún modo su respetabilísima y suprema autoridad; pero él así debió imaginarlo.

Convertido el teatro en un infierno, inmóviles y asustados los cantantes é impasible el presidente, el conflicto se prolongó por mucho tiempo sin que cediese la autoridad presidencial y sin que aflojara en su gritería el indignado público.

De pronto brotó entre la muchedumbre una idea, que corrió como chispa eléctrica por butacas, palcos y galerías.

Cesaron por encanto los gritos con que se pedía la repetición del duo, y no se oyó más que esta amenaza, que yo no sé hasta qué punto podía considerarse como tal: «no se oye más ópera: vámonos todos á la calle». Y la masa humana empezó á desalojar las localidades, digna y tranquila, y satisfecha de su venganza.

Pero contaban sin la huéspedada; es decir, sin la energía del presidente, que consideró tal resolución como desacato gravísimo contra su autoridad.

Quedarse solo en el teatro, sin un público á quien imponer sus voluntades, debió parecerle posición grandemente desairada. Y dió sus órdenes en voz baja; y se quedó tranquilo; y bajaron precipitadamente los polizontes; y mandaron cerrar las puertas del teatro, conteniendo, pistola en mano, al público, mientras las puertas se cerraban.

Yo recuerdo perfectamente haber salido con mi padre, que me llevaba de la mano, por debajo de un pistolón enorme y por el resquicio de una puerta, no bien cerrada todavía, entre las interjecciones de los hombres y los gritos de espanto de las señoras al encontrarse con aquella inesperada repetición del duo de las pistolas.

El presidente debió pensar: «¿Pistolitas queréis?, pues allá van pistolas».

En qué paró el suceso, no lo recuerdo bien; sólo recuerdo que, por pura fórmula, pasó el asunto á los tribunales, pero sin consecuencia molesta de ningún género para aquel enérgico y original presidente.

*
* *

De la exactitud, no diré matemática, pero sí geométrica, y ya explicaré por qué la llamo geométrica, de todos los hechos referidos, yo respondo con toda la seriedad imaginable.

Tendré mala memoria para los números; la tendré mala también para los nombres; pero la tengo buena para los sucesos, en su forma plástica ó en sus contornos generales considerados.

Hay quien funda su memoria en las *palabras escritas*; hay quien la apoya en *los sonidos*; yo la afianzo en *las imágenes*.

Cuando me acuerdo de algo, ó es porque lo veo en forma de cuadro, ó, mejor dicho, de bulto si se trata de algo material, ó es porque lo veo en sus líneas totales ó simbólicas.

Yo, *individualista* sempiterno, tengo la memoria esencialmente *socialista*: jamás se me borran las figuras, las decoraciones, los argumentos, la relación múltiple, ni la multiplicidad formando un todo. Olvido, en cambio, con facilidad suma, el accidente; lo que está aislado; el individuo, en una palabra; es decir, el hecho sencillo. Para que yo no olvide los hechos es

preciso que los vea dentro de una ley ó de un gran escenario á manera de final de drama.

Yo no recuerdo ni cuántos años tengo, lo cual prueba que voy siendo prudente, ni qué día nací; ni recuerdo el nombre de casi ninguno de los personajes de mis obras.

Pero en cambio recuerdo los argumentos de la mayor parte de los dramas que he visto y de los centenares y casi me atrevería á decir del millar de novelas que he leído.

Porque mi afición al teatro iba acompañada, y aun hoy mismo lo va, de desenfrenadas aficiones por la lectura de novelas, buenas ó malas, pesadas ó ligeras, que por entonces poco me importaba lo que fuesen. Lo mismo leía *Pérsiles y Segismunda*, que las *Visiones del Castillo de los Pirineos*; el *Quijote de la Mancha*, que el *Numa Pompilio* de Florián.

Sólo que yo convertía las novelas, por un procedimiento algo extraño, en dramas representables y de gran espectáculo, enlazando de esta suerte mis amores dramáticos con mis novelescos amores.

Es el caso que entonces dominaba en Murcia, como en otras muchas regiones de España, la fiebre por las minas; y no había casa en que no se viesen muestras y ejemplares de la riqueza minera, ya de la provincia, ya de las provincias limítrofes.

En mi casa, como en todas, había multitud de estas muestras; y de estos pedazos de mineral hacía yo los personajes principales para mis novelas convertidas en dramas. El resto del personal, comparsas y ejércitos, los representaba yo por pajaritas de papel de diferentes tamaños y colores.

De esta suerte y por este artificio, mi novela predilecta que era el *Numa Pompilio*, la convertía en el más interesante drama de cuantos he visto representar después.

Un pedazo de galena representaba á Rómulo; y sus oscuros y metálicos reflejos simbolizaban, á mi entender, la oscura y bruñida armadura del rey de Roma.

Un mineral de cobre representaba asimismo al propio

Numa Pompilio con armadura de oro, porque yo á todos los personajes les daba su respectiva armadura, como si se tratara de los siglos de hierro de la Edad Media.

Hersilia, que me parece que este era el nombre de una hija del rey, estaba simbolizada por un grupo de cristales de roca; y el macizo y formidable Leonte por un enorme trozo de cinabrio.

Claro es que entonces no conocía yo estos nombres de galena, cobre y cinabrio, pero tales como los veo hoy, porque hoy los veo, estos debían ser los trozos de mineral por mi fantasía transformados en personajes dramáticos.

Siempre que había que dar alguna batalla, ponía frente á frente los dos ejércitos de pajaritas, con sus respectivos reyes y capitanes, representados por otros tantos pedruscos, á modo de héroes homéricos; y fabricándome un arco de caña, tendido por un bramante, y unas cuantas flechas del mismo material, que de cañaverales están rodeadas las acequias de la huerta, disparaba con perfecta regularidad y equidad escrupulosísima sobre una y otra hueste. Los soldados caían casi todos; los jefes permanecían valerosos sobre el campo de batalla y rodeados de cadáveres; pero, al llegar á este punto, les hacía yo chocar con mis propias manos y con encarnizamiento tal, que pedazos enteros de la metálica armadura saltaban hechos polvo al empuje de la heroica embestida.

*
*
*

Por aquellos años nos reunimos varios chicos para representar una comedia, la única que he representado en mi vida; y, rubor me causa confesar la índole de aquella obra desdichadísima en que yo quise probar mis facultades y talentos de actor.

Los que hoy me conozcan imaginarán que la tal obra fué del género romántico puro, con sus cuchilladas, venenos y muertes; y esto hubiera sido lo digno y á esto me inclinaba yo. Pero eran mis compañeros de naturaleza más prosaica, y por sufragio universal se me impuso una piececita andaluza, que fué, si mal no recuerdo, *La Feria de Mairena*, ó, por lo menos, algo de este género; porque allá andaban gitanos que venden jacos; mozas juncales que se enamoran, y mozos crúos que se enamoran también de las mozas juncales. Pues bien; yo representé, para eterna humillación mía y eterno remordimiento, un gitano que vendía un jaco. Otro compañero, llamado Fresneda, que después fué cura, representaba el papel de Fogaratas: es decir el enamorado. ¡Bien supo el futuro seminarista repartir los papeles!

Entre los cuadros que se han grabado en mi cerebro por manera indeleble, sin duda porque las emociones de aquellos días eran grandes, está el siguiente, que ahora mismo lo veo, mientras dicto estas líneas, resplandeciente con toda la luz y todo el calor de aquel cielo y de aquella tierra murciana.

Mi padre y yo, al pie del santuario de la Fuensanta en un día de ardiente calor; él herborizando, porque era gran botánico; yo sentado sobre una piedra aprendiendo mi papel de gitano vendedor de jacos; sobre nosotros la Fuensanta con sus paredes blancas y sus cruces que se destacaban sobre el azul intenso del cielo; al pie la espléndida vega, y á lo lejos una mancha blanca y horizontal que era Murcia, y en su centro como alto mástil de lejana nave, la esbelta torre de la catedral.

*
* *

Pero su esbeltez vertical me recuerda en este momento la orgullosa *I* británica cuyo significado en español es *Yo*, como para hacerme notar que he abusado más de lo justo—si es que

hay modo de abusar en justicia—del peligroso pronombre. Basta ya.

Y acabe aquí este artículo, dictado con el desorden de recuerdos que se atropellan dulces y cariñosos; recuerdos para mi tiernísimos, insustanciales é insignificantes para los demás.

Pero el director de esta Revista lo ha querido, yo he sido débil y empiezo á pagar la poca entereza de mi carácter.

Que Dios se lo perdone al buen Lázaro, que, no contento con haber resucitado él, se empeña en que resucitemos todos aquella parte de nuestra vida que más lejos ha quedado y más muerta debe estar.

José ECHEGARAY.

LOS POETAS ÉPICOS CRISTIANOS

CONTINUACIÓN

IV

John Milton era de sangre hidalga, aunque no tanto como la de Cromwell. Su linaje procedía del Oxfordshire, pero el poeta nació en la ciudad de Londres á principios del siglo xvii. Las vicisitudes de la guerra de las dos Rosas fueron causa de que viniese muy á menos la familia Milton: no se encontraba, sin embargo, tan abatida, que el padre del poeta, hombre cultísimo, no se propusiese dar á su hijo la más brillante y completa educación.

Profesaban los abuelos de John Milton el Catolicismo, y cuando su hijo lo renegó, desheredáronle; porque en aquel tiempo la fe era realidad, trascendía á la vida entera, y prevalecía sobre los afectos que la naturaleza impone. En aquel tiempo, Cromwell no recelaba matar de dolor á su hija más amada, antes que librar á un *caballero* del patíbulo.

Poco se sabe de los primeros años de John Milton. Dícese de él, como de todos los que más tarde descuellan, que fué precoz en inteligencia y estudios. El padre desheredado debió de influir mucho en la formación del carácter del hijo y comunicarle la firmeza, la increíble tensión de voluntad que reveló siempre. Aunque privado de su patrimonio, supo el padre de Milton ganarse un buen caudal, que le permitió educar al niño como á un príncipe. También había su parte de *elección materna*, como hoy decimos, en el temperamento del poeta; su madre era mujer de gran pureza moral, dedicada á hacer limosnas y citada por sus virtudes... en un período en que la virtud revestía caracteres epidémicos.

Aparece la niñez de Milton consagrada á aprender, y los bió-

grafos nos le pintan, á los once años, gastando aceite y rompiendo los codos del jubón, hasta la hora de media noche. Antes de enviarle á Oxford, su padre le dió un ayo, el puritano Tomás Young, que por primer lección cortó los suaves y dorados bucles del rapaz, y le dejó convertido en *cabeza redonda*. Después destiló lentamente en su alma la rigidez y la convicción inalterable, petrificándola á trozos. La obra de Tomás Young duró tanto como la vida de Milton. Nunca recayó enseñanza alguna en espíritu mejor preparado á asimilársela.

De la escuela de San Pablo pasó Milton al colegio de Cambridge. Se cuenta que allí compuso, á los diez y seis años de edad, grave poema sobre el célebre complot de *las pólvoras*, por lo cual un crítico dedica á Milton este elogio profundamente triste: "Milton fué hombre hecho desde la niñez."

A los veinticuatro años daba por terminados sus estudios académicos, pasaba una corta temporada en Londres, retirábase á la posesión de sus padres en Horton, y se entregaba en cuerpo y alma á la lectura de los clásicos griegos y latinos y al conocimiento de la literatura contemporánea, sumando así dos terribles elementos de exaltación: el arte y la soledad campestre. Con este último,—agravado por la Biblia,—había bastado para formar á Cromwell.

Del período de vida campesina procede la primer creación verdaderamente poética de Milton, la mascarada ó fantasía titulada *Comus*. La vida señorial de castillo, tal cual hoy la conocemos, con sus solaces brillantes y refinados, es muy antigua en Inglaterra, y el *Comus* se escribió para que lo representasen, en su residencia de Ludlow, los hijos del conde de Bridgewaters. Son de la misma época otras pastorales de Milton, así como el *Alegro* y el *Penseroso*.

Al morir la madre de Milton, el poeta manifestó vivos deseos de realizar un viaje por Europa. Si lo pensamos bien, fué este viaje la piedra de toque que descubrió la contextura del alma de Milton. El reveló que aquel alma, aunque templada y tendida como un resorte de acero por la educación y el medio ambiente, era metálica desde su origen, por obra de secretas fuerzas hereditarias y de raza que actuaban en ella. Otro grande hombre—por ejemplo un Goethe—vuelve de ese viaje transformado, abierto, penetrado por todas las humanísimas influencias que exhalan Italia y París. El propio Milton depuró en el viaje sus ideas; por aquel viaje no fué puritano cerrado, pero permaneció inmutable la complexión granítica del artista y del hombre.

Y, sin embargo, nadie viajó en mejores condiciones para conocer horizontes nuevos. No se redujo el viaje de Milton á ese paso rápido al través de comarcas extranjeras, hoy el más frecuente, por la misma facilidad de las comunicaciones, y que generalmente sólo sirve para remachar en nosotros, con la nostalgia de la patria y la extrañeza de los nuevos usos, los sentimientos y las ideas consuetudinarias. No: el de Milton era el *viaje de cultura*, tal cual se efectuaba entonces; que formaba una etapa de la vida; que coronaba los estudios y los completaba con el conocimiento de los hombres; el gran viaje que encontramos en la biografía de los mayores y más comprensivos genios de aquella época; el que unos hacían por necesidad ó por espíritu aventurero, otros por cumplir un deber para consigo mismos, alguno por misiones diplomáticas... pero que en todos imprimía profunda huella, en todos señalaba una madurez sabrosa del talento y del empleo á ese talento otorgado. En París, Milton empezó por cultivar la amistad de Grocio; pero poco tiempo se detuvo en la capital francesa; salió casi inmediatamente hacia Pisa, Génova, Florencia y Niza. Dícese que en Florencia se paró abrumado de admiración entusiasta. Ni podía ser de otro modo, pues Florencia—sobre la cual pesa el recuerdo de Dante—es la ciudad más á propósito para conmover á un enamorado de la belleza abstracta, lineal, digámoslo así; de la belleza que tiene por base la grandiosidad y la nobleza majestuosa. Florencia habla poco á la imaginación (Milton carecía de ella); Florencia se lo da todo hecho al contemplador, á manera de estatua de mármol del gran período griego, en que la belleza no se sueña, no se descifra, sino que aparece desde el primer momento demasiado clara, demasiado poderosa, sin penumbra, como revelación fulgurante.

De Florencia pasó á Roma, y la tolerancia exquisita, la cordialidad intelectual que han reinado siempre en la ciudad de los Pontífices, abrieron de par en par al joven poeta protestante las puertas de la Biblioteca Vaticana y sus tesoros, y le ofrecieron la amistad de los hombres más insignes de aquella época; y cuenta que Milton,—con la tiesura inflexible de su educación puritana,—no recibía expresarse libre y ásperamente sobre materias religiosas, á pesar de los leales avisos que le aconsejaban silencio y prudencia. Galileo fué uno de los hombres con quien más íntima amistad trabó Milton en Roma. Huellas de esta amistad y de los diálogos sobre astronomía y cosmogonía que la acompañaron, las encontramos reiteradamente en *El Paraíso perdido*.

Quince meses duró el viaje del poeta. Créese que le llamaron á Inglaterra las noticias de la guerra civil, más encendida entonces que nunca y muy dudosa aún en su resultado, entre Carlos I y los *covenantistas* escoceses; mas lo cierto es que, al llegar á Inglaterra, se dedicó Milton á una tarea muy adecuada á su carácter, muy significativa: la pedagogía. Púsose á educar muchachos, primero á dos sobrinos suyos, después á los hijos de algunos amigos, formando insensiblemente una especie de colegio. Tratad de representaros al altanero Dante, al aventurero Shakespeare, dedicados á tomar y repasar lecciones. Pensad en el caballeresco Tasso, obligado á enseñar chiquillos. Milton, pedagogo, es toda la noción protestante de la utilidad y la moralidad, antepuesta á la belleza y á la libre y apasionada acción.

A los treinta y cinco años de su edad casóse Milton con María Powell, hija de un rico partidario de la causa real, Ricardo Powell, juez de paz en Oxfordshire. La novia era hermosa, muy joven, muy dama, aficionada á la sociedad y á los pasatiempos. El matrimonio, —como el viaje al continente, —vino á patentizar la manera de ser peculiarísima, atávica y nacional á un tiempo, del alumno de Tomás Young.

Incompatible con el lirismo del amor, lo mismo que con la dulce embriaguez del arte, fué sin duda el negro fanatismo puritano. Aun cuando Milton no cayó en los peores y más necios desvaríos del puritanismo, —salvado quizá de ellos por el baño de amorosía de Florencia y Roma, —su modo de ser le impulsaba hacia esa creencia letal, enemiga de la hermosura, de la serenidad y del goce. Como se hacina lentamente la materia explosiva en el fondo del polvorín, había ido depositándose en el corazón de Milton la exaltación religiosa, pero la exaltación sorda y fría, al cabo prosaica, peculiar del protestantismo, que apaga la fantasía y sólo deja en pie lo escuetamente sensual, la necesidad fisiológica, —con la cual transige la conciencia porque la transforma en deber, mediante la aceptación del yugo matrimonial. —En los primeros años de su juventud había pensado Milton ordenarse; y no lo puso por obra, porque sus inclinaciones puritanas le vedaban simpatizar con el clero episcopal, oficialmente victorioso. Según acertadísima observación del gran maestro Taine, Milton conservó el sello de su vocación toda la vida, y tuvo *carácter de presbítero*, —alma forjada para la soledad interior, para el magisterio y la doctrina; genio grave, austero, esculpido en berroqueña, sin esas pequeñas debilidades y esos repentinos abandonos que ganan el cariño más segu-

ramente que la perfección impecable.—La abstención que se impuso en la mocedad,—cuando sus largos bucles castaños, su rosada y pulida tez, sus ojos del cambiante color del mar, el cielo y las nubes, su gallarda apostura, le atraían miradas y algo quizá más halagueño; en medio de los cantos de sirena de la divina Italia, en la molicie y el desenfreno de Nápoles, en el provocativo misterio de Roma,—al conservarse (son sus palabras) exento de toda impureza y vicio, considerándose siempre bajo la mirada de Dios y guardando su integridad, como algunos cristianos del período de las Catacumbas, para la mujer con quien hubiese de desposarse, labró también inevitable surco en su espíritu, y sin que neguemos que le prestó dignidad y resplandor, le impuso fatalmente cierta actitud violenta y desagradable, y destiló en él un residuo de descontento y de intrasigencia involuntaria, renta que siempre exige y cobra la naturaleza á los que la defraudan de otros tributos; y renta que suele ser más crecida cuando estas virtudes, en algún modo supernaturales, se practican al estilo puritano, sin dulzura ni humildad, sin dirigir de un modo poético y ardiente el amor por el cauce de la caridad—como hicieron los grandes santos católicos. Ni pecar ni perdonar: así entendían la santidad los puritanos, que no en balde detestaban el Crucifijo, imagen de un Dios que abre los brazos para recibir al pecador arrepentido, y pide para estancar su sed infinita una copa de lágrimas de contrición.

No hemos de desconocer que Milton, carácter poco amable quizás, era un carácter. No seamos injustos con él, ya que determinadas virtudes se perdonan menos que los pecados. La historia está de acuerdo para reconocer en Milton deliberado propósito de mostrarse elevado y digno hasta en sus menores acciones, reprimiendo el instinto y vigilándose á sí propio para no caer. En su anhelo de meditar y componer un poema que honrase á Inglaterra, entendía—como enseñó más tarde la filosofía germánica—que el poeta debe ser también *poema*, algo sometido á reglas de perfección, de las cuales se deriva la belleza, y al través de las cuales adquiere prismáticos reflejos. Milton quería ser un ara purificada, un ánfora de cristal. Aunque no muy blando ni equitativo con las mujeres,—caso frecuente en los que leen mucho, y sin espíritu de caridad, la Biblia,—el rigor de su puritanismo en materias sexuales le llevaba al singular extremo de predicar que la impureza degrada más al hombre que á la mujer, porque si la mujer es gloria del hombre, el hombre es gloria de Dios, y cae de más alto al manchar y oscurecer esa gloria.

Había incurrido el anglicanismo en dos capitales yerros: el primero, atribuir poder espiritual á los monarcas, sin prever el caso de que recayese la corona en hembra, como sucedió con Isabel Tudor, por lo cual la Reforma tuvo *Papisa*; el segundo, creer que un hombre puede ser á la vez sacerdote y marido, sin comprender que estas dignidades se excluyen. Aunque Milton no se ordenó, bastóle ser, como observa delicadamente Taine, *presbítero de nacimiento*, para que el matrimonio no le brindase las rosas que no había deshojado en la juventud. La luna de miel no brilló en su pálido cielo.

Así como se ignora por qué eligió Milton á María Powell y cómo se concertó el matrimonio, tampoco se sabe qué medió entre los recién casados para que la esposa, al cabo de un mes, pidiese licencia de volverse á su país por todo el verano, y pasado el verano ni regresase á su hogar, ni siquiera respondiese una línea á las reiteradas cartas de Milton. Enojado éste ya, envió mensajeros para que trajesen á la rebelde, pero ella los despidió con ásperos modos, negándose á seguirles. Se suele conjeturar que la señorita de opiniones realistas no quiso vivir con el republicano acérrimo; pero flaco habría de ser el cariño que no resistiese á esta clase de embates. Más íntimos y más del alma suelen ser los motivos de tales rompimientos. A veces ni los podrán definir los mismos que á ellos obedecen. Lo cierto es que Milton se encontró solo, después de haber sido un mes casado; y como al contraer nupcias creía cumplir un deber social y completar su existencia, no sintió el dolor del enamorado á quien hiere un desengaño, sino la indignación del ciudadano vulnerado en sus derechos.

Mientras la esposa, en su alegre casa paterna, reía y bailaba con sus compañeras y sus amigas de la niñez, sin acordarse del austero hogar de Milton, éste se consagraba á escribir el *Tratado del divorcio*, con la dialéctica y la energía del que, injustamente desposeído de sus bienes, reclama una indemnización. Porque Milton, á pesar de su reserva de la juventud, de su difícil y laboriosa abstinencia en Italia, no estimaba ni sentía la gran fuerza estética de la virginidad y la castidad como ofrenda á Dios: legalista riguroso, á fuer de buen protestante, creía — y lo declara explícitamente un pasaje de *El Paraíso perdido* — que el hombre ha nacido para casarse, y que el tener mujer forma parte, digámoslo así, de su personalidad jurídica.

Ahora bien; si la consorte le dejaba, él, Milton, debía hallarse facultado para tomar otra, como lo estaría para contraer nuevas nupcias en caso de viudez. Y, uniendo la acción á los racionios,

disponíase Milton á escoger compañera, cuando la antigua, preparando hábilmente una entrevista inesperada, se arrojó á los pies del poeta, bañada en lágrimas y ahogada de sollozos, y quizá por vez primera un dulce abrazo hizo latir juntos ambos corazones. Se cree que esta escena inspiró al poeta la bella página de *la reconciliación de Adán y Eva*, en *El Paraíso perdido*.

No falta quien atribuya al amor y á los celos la determinación de María Powell. Confieso que me parece más verosímil otra explicación; la de que, abatida la causa del rey y muy próxima á triunfar la del Parlamento, la joven realista buscó en su esposo amparo para toda la familia. Confirma este supuesto el hecho de que efectivamente la casa de Milton dió asilo á los Powell, y su protección les libró de persecuciones, confiscaciones y vejámenes. A la reconciliación de marido y mujer no tardó en seguir el nacimiento de una niña, la primera de esas famosas hijas de Milton que tanto han dado que hacer á pintores y poetas. Llamóse Ana, y nació coja. Poco después vino al mundo María.

Aunque Milton meditaba mucho desde tiempo atrás en su poema, la obra magna de su vida, lo cierto es que por entonces no escribió versos, sino una obra de pedagogía, el *Tratado de la educación*. Los sucesos políticos se precipitaban, pero Milton, que desde los primeros momentos se había consagrado á la causa del radicalismo, permanecía aún sin tomar parte activa en la lucha, por las fluctuaciones de su doble naturaleza de episcopal y de puritano. Venció, sin embargo, el puritanismo, que había de imponer á Milton el culto molochista de la sangre. Milton fué promovido al puesto de secretario de la *Commonwealth*, ó, para decirlo más claro, del triunfador Oliverio Cromwell; y la adhesión á este hombre, el prestigio que rodeaba al *inarticulado profeta*, como le llama Carlyle, fué, sin duda, lo que decidió á Milton á elegir la causa puritana, pues en materias religiosas tan lejos estuvo de afiliarse á determinada secta, que jamás se le vió, ni en la ancianidad, penetrar en ningún templo. Cromwell ejerció sobre Milton al ascendiente del genio activo sobre el pasivo, del que ejecuta sobre el que especula; según la hermosa frase de Lamartine, Milton vió en Cromwell al guerrero escogido, el Macabeo, el Juez de Israel.

Principiaba á la sazón para Cromwell esa época en que, habiéndolo arrollado todo, de todo se recela; pues tal es la calamidad de la vida humana. La opinión pública, que tanto había manejado, empezaba á encabritarse bajo su inflexible freno y dura espuela; los partidarios á quienes fanatizó durante la lid, eran obstáculo en

la hora del triunfo; y Cromwell, libre ya de los *Caballeros*, olvidando aquella mil veces engañosa divisa de *libertad*, sofocaba la voz pública, amordazaba á la imprenta, organizaba el espionaje y asalariaba apologistas. Ya no era Cromwell el hidalgo de aldea, místico, ideólogo, sin resquicios ni junturas: el tiempo, las vicisitudes, la ambición y la venganza saciadas, la corona al alcance de la mano, le habían modificado profundamente. Si el fanatismo que prestó energías á Cromwell en sus comienzos no le hubiese abandonado, cuando disuelto ya el Parlamento asumió toda la autoridad y no se coronó por refinamiento de ambicioso, no serían los últimos años del Protector esa horrible pesadilla que recuerda la historia, vida cien veces más triste que la de Felipe II en El Escorial, de eterno terror, de escalofrío incesante, vestida día y noche la cota para resguardar el pecho del puñal asesino, buscado el fugitivo sueño cada noche en distinta cámara del palacio, sin fe en Dios que le defienda, sin el escepticismo necesario para no temer que se apareciese, alzando el tapiz, una figura descabezada,—la misma que Cromwell había contemplado en la cripta de Whitehall.

Solicitó Cromwell la pluma de Milton para que escribiese la defensa del tiranicidio; y Milton, que no había manchado sus manos en sangre de rey, no vaciló en asociarse, con la mente y la voluntad, al crimen ajeno. Siguió al Protector en la venganza, como le hubiese seguido en la guerra. El poeta destinado á cantar los idilios del Edén, las virginales impresiones del primer hombre, cuando se despierta en el seno de un mundo joven, todo paz y sonrisas,—ensalzó la obra del verdugo, hizo la apoteosis el tajo y el hacha. Dice Lamartine que el *Iconoclasta*,—libro que escribió Milton refutando el atribuido al rey,—sólo prueba y demuestra una de estas dos cosas: ó la ceguera del fanatismo, ó la complacencia del genio con la fortuna. Sin embargo, cuando los Estuardos volvieron al trono de Inglaterra, Milton supo no inclinarse ni suplicar. Podría ser un fanático: á buen seguro no era un mercenario vil. Mostróse además, en esto como en todo, hombre inhábil y sin tacto, pues su obra, que satirizaba á un muerto, no aprovechó á la causa de Cromwell, hirió los sentimientos de los mismos enemigos de la monarquía, y sólo dió por fruto antipatías y rencores. Faltábale á Milton el don de persuadir, la dulzura que prende los corazones, el buen gusto latino, que enseña á no cerrar los puños, á no descender al insulto bárbaro y al ensañamiento. Abogado oficial de una república sin entrañas, tocóle en suerte refutar el ataque de Salmasio, profesor de la Universidad de Leyden, contra la revolución y contra el pue-

blo inglés en general. Semejante tarea costó á Milton, no en sentido figurado, sino literalmente, los ojos de la cara, pues teniendo ya su vista muy débil, el esfuerzo le privó toda luz en las pupilas; y fué tal la violencia de la réplica, que pudo justificarse el dicho de Voltaire: si Salmasio atacó como un dómine pedante, Milton respondió como una bestia feroz.

Un historiador que hace ley, un analizador profundo de los sucesos y de los hombres, Macaulay, afirma, no sólo en abono de Milton, sino de toda la revolución inglesa, que en aquella lucha se cifraba el porvenir de la libertad en Europa. Dudo que si Macaulay no nace inglés, viese en el movimiento revolucionario de su patria más que el combate encarnizado de dos sectas y el choque de dos fanatismos. No lleva la convicción á mi ánimo la hábil y sutil defensa que Macaulay hace de la conducta política de Milton, al escribir una sátira contra la memoria del degollado rey. Bien pudiera aplicarse á Macaulay, en este caso, lo que el propio Macaulay dice de Hume: que defendió sus ideas con argucia tan admirable en el abogado como impropia del historiador. A vueltas de tanto encarecer los beneficios de la Revolución inglesa, no consigue demostrar lo indemostrable: que no degollando á Carlos I la revolución sería menos beneficiosa, y que Milton no ofendió á la humanidad, más aún que los verdugos. Si los actos de violencia que comete un pueblo en revolución demuestran, como siente Macaulay, el grado de opresión y rebajamiento en que ha vivido, ¿qué fondo de glacial barbarie no revelará la apología de la violencia plebeya, hecha por todo un Milton, á sangre fría, á la serena luz de la lámpara que alumbra la mesa de estudio?

Es sofisma reconocer que fué crueldad inútil, una torpeza, y por consecuencia un mal, la ejecución de Carlos I—y Macaulay lo reconoce y hasta lo demuestra con su apretada lógica—para añadir á renglón seguido que hecho ya ese mal, é irremediable (porque no se le iba á encolar la cabeza al rey), convenía agotar los argumentos en su excusa y justificación. Si al pueblo se le debe libertad (prescindamos de lo discutible de esta aseveración), con más razón se le deberán la verdad y el desengaño. Aquí falla la robusta dialéctica de Macaulay, como cuando pretende concordar sus principios liberales y la indulgencia hacia la usurpación y dictadura militar de Cromwell.

Mas como quiera que toda causa puede defenderse, Macaulay encuentra explicación plausible, no sólo á lo que en efecto puso por obra Cromwell—como disolver el Parlamento, asumir los poderes,

iniciar y proseguir la reacción é ir restableciendo paulatinamente la antigua constitución secular del reino—sino á lo que hubiese podido hacer y no hizo—por ejemplo, ceñirse la corona, fundar dinastía, implantar el régimen absoluto, restaurar la aristocracia ó adelantarse á Monk en devolver el trono á los Estuardos.—¡Extraña y vehemente apología, que se adelanta á los hechos y canoniza aun lo que no sucedió! Sepamos disculparla en el inglés fascinado por el innegable genio de Cromwell, por la supremacía y prosperidad que supo lograr para su patria; y al comprobar la virtud de este sortilegio en inteligencia tan equilibrada como la de Macaulay, no nos admirará el que parecidos efectos se observen en el alma de Milton, que al cabo vivió cerca de Cromwell y recibió sus beneficios, amistad y loores.

Mientras el Protectorado recorría su órbita, en el hogar de Milton sucedía el nacimiento de un hijo varón, que vivió pocos meses, y el de una niña, que al venir al mundo costaba la vida á su madre, María Powell.—No tardó en reemplazarla Milton, y aleccionado sin duda por la experiencia, eligió esta vez para esposa á la hija del acérrimo republicano capitán Woodcock. Poco tiempo duraron las alegrías de la nueva y bien aparejada boda: Catalina Woodcock sucumbió al año de matrimonio, después de dar á luz una niña que falleció también.

Empezaban para Milton los años tristes: ya se oscurecía el horizonte para los fautores de la Revolución. Era el tiempo en que Fox, al ver á Cromwell cruzar á caballo por las alamedas del espléndido parque de Hampton Court, rodeado de su guardia, con aparato regio, sentía un soplo, un hálito de muerte, y observaba en la faz del Protector la palidez del sepulcro. Poco después expiraba en Londres el terrible Oliverio, volviéndose con angustia hacia Jesucristo, en quien sombríamente creía y esperaba, pero al cual también temía, porque Dios es misericordia, perdón y paz, y él, Cromwell, había sido ira, castigo y guerra, y le parecía aterrador el caer, desnudo de caridad, enrojecido por tanta sangre, en manos del que padeció en la cruz por todos. La paz en la hora suprema,—galardón de los santos humildes, de los limpios de corazón, de los pobrecillos de espíritu,—mal podía ser patrimonio del que, en los agitados delirios que preceden á la agonía, debió de ver tantas fantasmáticas como había visto Ricardo III antes de la batalla que dió el trono á los Tudores.

Al morir el gigante se derrumbó su obra, y sobrevino la Restauración.

V

Horas de desaliento habían sido para Milton aquellas en que Ricardo Cromwell, arcilla engendrada por el hierro, dejó venirse á tierra el edificio levantado por su padre, y en que el resucitado *Parlamento Largo* y el ingobernable y brutal ejército se disputaban el poder como los fieros canes se disputan, entre gruñidos y dentelladas, una presa; y horas de increíble angustia, las que vieron proclamar, en medio de delirantes transportes de júbilo del pueblo, á Carlos II.

Más feliz Cromwell que su secretario, quizás no pudo sospechar hasta qué punto volverían á su pristino estado las cosas, y la nación acogería á los Estuardos con el suspiro de bienestar del que se despierta á la luz del sol después de lúgubre pesadilla. Sí; lo que más debió de afligir á Milton no fué el hecho de la Restauración, sino la increíble explosión de regocijo que la acompañaba. Como si rasgase una serie de negros crespones, Inglaterra se despojó de la caliginosa hipocresía y de la ruda disciplina puritana. Tal sucederá siempre que se desquicie y extreme la forma exterior de la virtud y que se desconozca la realidad, clave de la historia y resorte de la vida. Si un escritor tan extremoso como Carlyle defiende á capa y espada á los puritanos, Macaulay es más sagaz y más explícito. "Al comenzar la guerra civil,—escribe,—los mayores enemigos de las doctrinas y modo de ser de los puritanos se vieron obligados á reconocer su intachable moralidad; mas presto hubo que poner tasa á los elogios, pues aconteció con los puritanos lo que suele suceder con las sectas, y es que alcanzan fama de santidad cuando oprimidas y la pierden cuando pujantes...," La misma autorizada pluma nos dirá el cambio que forzosamente se verificó en las costumbres, y la irrupción súbita y gozosa de afectos y pasiones que reprimiera la rigidez de los puritanos: "Hastiado el pueblo inglés de la hipocresía, receloso de las apariencias de santidad, y abrumado aún por el yugo que le impusieran gobernantes austeros y devotos, se dejó llevar con verdadera complacencia de los vicios...," Los que censuran y fustigan, con sobrada justicia y razón, la

corrupción, la frivolidad, el escepticismo y la ligereza del primer período de la restauración de los Estuardos, no deben echar en olvido las causas, porque en cada fenómeno hay su razón lógica, y así como pudo haberla para la severidad y mojigatería anterior, no cabe dudar que el fenómeno contrario nació por natural reacción, arrollándolo todo impetuosamente y vengándose de las exageraciones gazmoñas. Se había comprimido y torcido la corriente del Renacimiento; se le había encharcado de mil maneras antipáticas y ridículas; y lo que un tiempo se estancó, salió de madre, arrastrando, como suelen arrastrar las inundaciones, lógamo é impureza. La génesis de esta transformación social la estudia Taine (1) de mano maestra. Describe al hombre bajo el peso de la alucinación religiosa, exaltado, maniático, loco, transportando á la política las calenturas del misticismo y las visiones de la alucinación. Nos pinta aquel delirante período en que era preciso, para no parecer tibio en religión, andar escuálido, rapado, con los ojos extraviados y vestido de pardo ó de negro, proscribir como á un enemigo el goce ajeno y el propio, y aprobar que se azotase á los actores; ¡en la patria de Shakespeare!; quitarles sus hijos á los católicos, y prohibir á las madres que besasen á sus hijos "en el día del Señor." Por eso, al volver el rey, respiran los pechos, dilátanse los corazones y se alegran los rostros; la gente sonríe, como si se le hubiese quitado de encima una losa. Los hipócritas habían puesto la Cuaresma antes que las Carnestolendas; las Carnestolendas vinieron, sólo que retrasadas y á deshora. Fué la licencia desatada, la inmoralidad pública sin rebozo, el lujo desatado y asiático, la literatura grosera y licenciosa, los ropajes impúdicos, los banquetes destemplados, el amor sin alas y el arte sin diadema.

Temeroso Milton de las represalias del partido vencedor; viendo sus libros *Iconoclasta* y *Defensa del pueblo* quemados por mano del verdugo; sabiendo que había sido desenterrado el cadáver de Cromwell para arrastrarlo por las calles y suspenderlo con cadenas de la horca, determinó esconderse. Vivió algún tiempo oculto en casa de un amigo; y aquel mismo amigo, y otros, se concertaron para esparcir la noticia de la muerte del poeta, y llevando á hombros un ataúd vacío, lo escoltaron hasta el cementerio, fingiendo demostraciones de la pena de enterrar á Milton. La prudencia aconsejaba tales ardides, pues Milton, aunque desviado en los últimos años de la corte del Protector, había predicado, después de muerto

(1) *Historia de la Literatura inglesa*, t. III.

st
 Cromwell, contra los proyectos de restauración y la vuelta de los Eduardos. La orden de prender á Milton estaba dada; pero hágase justicia al benigno y amable Carlos II: por bondad, por falta de rencor, tal vez por escepticismo ingenioso, jamás demostró sed de vengarse del poeta que había defendido y justificado la ejecución de su padre. Al saber el ardid del fingido funeral, Carlos II lo celebró con gran risa, diciendo, en intraducible juego de palabras, que era discreción huir de la muerte con oportuno alarde mortuario. Hasta se asegura que el rey estaba dispuesto á devolver á Milton la secretaría de Estado, si se adhiriese á la causa real: á lo cual se negó el poeta, alegando que no pensaba en lo presente, sino en la posteridad, y que no quería dejar de sí tan fea memoria. Cuéntase que el duque de York, hermano del rey y rey después bajo el nombre de Jacobo II, manifestó cierto día gran deseo de conocer personalmente al famoso Milton, y con la venia real, fué á visitar al poeta en su casa. Entablóse la conversación, y al filo de ella preguntó á Milton el duque, si no consideraba la falta de la vista castigo de Dios por haber escrito contra el rey. Milton contestó con energía: "Si cree Vuestra Alteza que las calamidades que padecemos son signos de la cólera de Dios por nuestros pecados, tendrá que creer también que el rey su padre había pecado mucho, pues harto infeliz fué su destino. Yo sólo he perdido la vista; pero él perdió la cabeza." Al oír esto levantóse amostazado el duque, y se retiró. Al volver al lado de su hermano, lo primero que le dijo fué que había hecho muy mal en no empezar ahorcando á Milton.—"¿Pues qué pasa?"—preguntó el rey.—"¿has visto á Milton tú?"—"Y tanto como le he visto."—"¿Y cómo estaba?"—"Muy viejo y muy pobre."—"¿Y ciego además?"—"Y ciego."—"Siendo así, Jacobo, si le ahorcamos le hacemos un señalado favor; déjate de horcas, que bastante tiene con vivir."

En estas anécdotas podrá haber más ó menos invención: lo incontestable es que el nombre de Milton no figuró en la lista de exceptuados del decreto de amnistía real, y que por lo tanto el poeta pudo salir de su escondrijo y vivir á la luz del día sin miedo á un cruento castigo, que jamás entró en los propósitos del rey.

El período de la vida de Milton que empieza con la Restauración y acaba con la muerte, transcurre en completo alejamiento de los sucesos políticos. La Restauración obraba cuerdamente en no molestar á un enemigo glorioso é ilustre, pero reducido á la más absoluta impotencia.—Entre las personas que se interesaron á fin de que no fuese inquietado ni perseguido Milton, es curioso recor-

dar que se contaba sir William Davenant, el poeta laureado de la corte, que debía á Milton, bajo el terror parlamentario, análogo servicio.

Razón tenía Carlos II en su humorística salida: la existencia se había entristecido para Milton ya. A la pesadumbre de ver la obra revolucionaria hecha añicos, uníanse la pérdida casi total de la hacienda, la noche eterna que envolvía sus ojos, y, pena mayor quizá,—de seguro menos frecuente—la impiedad y dureza de esas hijas que el arte ha idealizado, pero que en realidad acibararon con su desamor los últimos años de Milton.

Parece que, para buscar amparo contra su ingrato proceder, contrajo Milton terceras nupcias, á los cincuenta y cuatro años de edad, con Isabel Minshall, señorita de noble cuna, que se consagró con verdadera filial devoción á consolar y cuidar al que casi podemos llamar anciano. No fué la pasión, sino el respeto y la ternura, lo que valió á Isabel el lauro de leal y dulce compañera del genio. No es necesario insistir en cuánta amargura envuelve el hecho de que un padre necesite buscar protector contra su propia sangre; y, sin embargo, fué así. Las hijas de Milton vendían á escondidas los libros en que su padre se deleitaba; sustraían, valiéndose de su ceguera, el poco dinero que hallaban en sus cajones; y se refiere de una de ellas que, al saber las nuevas nupcias de Milton, pronunció estas palabras incalificables: “¡Su boda! ¡Valiente noticia! Si fuese la de su muerte...”

En tan largo período de aislamiento; en su persistente lucha con la estrechez y la ceguera, es cuando se revela mejor la grandeza peculiar del carácter de Milton. Ni entonces ni nunca es Milton el cristiano capaz de mansedumbre y de resignación humilde: pero entonces se ve dibujarse con claridad la figura del filósofo estoico, del alma templada en las aguas de la Estigia, imbuida, más de lo que ella misma cree ni sabe, en la moral pagana. No se ha de negar que en esto también hay belleza grande, dura como un bloque de marmol, pero digna de admiración.

El rasgo distintivo de Milton en aquella época es una serenidad como de lago profundo, una calma y una elevación continua, que nos producen el efecto de estar respirando la atmósfera clara y sutil de una montaña, á muchos miles de metros sobre el nivel del mar. En la elección y conservación de su actitud orgullosa, hubo en Milton algo del refinamiento estético del gladiador, que no quiere caer en postura fea y descompuesta. En cierta ocasión, como un enemigo le motejase de ciego, Milton respondió: “El ser ciego no

es miseria. Sólo lo es el no saber llevar esta desventura. Yo la he de soportar con entereza, pues sé que todo hombre está expuesto á tal infortunio, y lo han sufrido muchos de los más ilustres entre los humanos., Véase cómo el estoicismo trae de la mano la altivez, y cómo no sin razón se ha podido decir que Milton, para concebir el grandioso carácter del ángel rebelde, sólo necesitó mirar hacia dentro de su propia alma.

No interrumpió ni un instante el orden de sus trabajos y estudios, que alternaban con la música, á que siempre había sido tan aficionado, y con largos paseos por las cercanías de Londres, sobre todo cuando la primavera, pintaando los prados y las selvas de hermoso verdor, para que disfruten los que conservan el don de la vista, también esparce en el ambiente aromas y agita las blandas alas del céfiro á fin de que gocen los ciegos alguna parte de sus dones. Esta época, que consagró á escribir *El Paraíso perdido*, viviendo ya en la inmortalidad y dejando, por decirlo así, bajo sus pies los cuidados y los diarios sinsabores, es sin duda alguna la más poética y noble de la vida de aquel hombre que no había tenido juventud, ni conocido la pasión sino en el árido terreno de la política. El furioso apologista del regicidio, el impugnador de Salmasio, el sectario, habían desaparecido ya, y de su rígida envoltura volvía á salir, como divina mariposa, la poesía. Los artistas que han representado á Milton, escogen este momento de su historia para inspirarse, con tanta más razón, cuanto que, según refieren los autores, no había perdido Milton con la senectud su peculiar y británica hermosura, antes ésta había adquirido nueva expresión y realce. “Conservaba Milton bajo sus cabellos blancos—nos dice uno de sus biógrafos—esa belleza de rostro que es la segunda flor de la vida, más duradera que la de la juventud. Su frente carecía de arrugas; su tez era sonrosada, su boca grave y sonriente, sus ojos, aunque apagados, azulinos y profundos, como si la luz que los penetraba superficialmente los alumbrase hasta el alma; su voz cadenciosa y melodiosa como un cántico; gustábale caminar en la estación del sol y de las flores, y cuando se apoyaba en el brazo de su mujer ó de alguna de sus hijas, caminaba erguido y derecho por los senderos y colinas de las cercanías de Londres, oyendo con delicia los ruidos campesinos y el gorjear de los pájaros.,”

Desde dos años antes de la Restauración trabajaba Milton asiduamente en aquel poema que había sido el sueño de su juventud y de su edad madura, y que no debía realizar sino en la vejez; tres años después, puede decirse que estaba terminado. Por referencia

de su tercer esposa, Isabel Minshall, se sabe algo de las circunstancias materiales que rodearon la gestación y el nacimiento de *El Paraíso perdido*. Milton componía, con preferencia, durante el invierno; al despertarse solía dictar á su esposa como veinte ó treinta renglones. Según fué adelantando en la labor, créyose precisado á tomar un secretario, porque á veces la tarea de dictar era lentísima, á causa de que el poeta necesitaba meditar, pulir y limar, y la esposa, atareada con los quehaceres domésticos, no siempre podía acudir cuando él la llamaba. Fué para Milton verdadero tormento el tener que lidiar con un muchacho amanuense, tan lerdo, que había que repetirle dos veces cada sílaba. El poema progresaba lentamente, pues la vena poética de Milton sólo corría límpida y abundante del equinoccio de otoño al de primavera. Hoy con auxilio de su mujer ó de alguna de sus hijas, mañana recurriendo al escribientillo ó encontrando un auxiliar inesperado y cariñoso en el cuákero Tomás Ellwood, iba Milton dando cuerpo á su poema. Las hijas, de las cuales sólo una, Débora, parece haber profesado á su padre algún cariño, repugnaban la tarea de escribir al dictado, y, como Marta la del Evangelio, preferían el aprendizaje de un modesto oficio, el de bordadoras, que las salvó de morir de hambre después del fallecimiento de Milton.

Terminado ya *El Paraíso Perdido*, sometiólo Milton á la censura, y por milagro no fué prohibida su publicación, á causa de cierto pasaje, que pareció sedicioso, sobre los eclipses. Nadie ignora,— porque es una de esas anécdotas literarias que se citan á cada paso con objeto de probar que la necesidad viaja siempre al lado del genio,— qué suma dió á Milton el librero Symons en pago del original de *El Paraíso perdido*, obra escrita en previsión de la inmortalidad. Lo que el editor ofreció á Milton fueron cinco libras esterlinas. En cambio, apenas vió la luz el poema, un grito de admiración resonó por los ámbitos de Inglaterra. A pesar de las nuevas corrientes políticas; á pesar del cambio de gustos y de aspiraciones que habría traído consigo la Restauración, elevóse un concierto de alabanzas para celebrar aquellos cantos tan puros, aquellas escenas idílicas de una gracia tan honesta, aquel dominio ejercido por el poeta sobre el idioma, para hacerle expresar la grandeza magnífica de las ideas y lo indefinible de la visión ultraterrestre. Cuéntase que por entonces, un ilustre militar y político, sir John Denham, penetró en el Parlamento llevando en las manos pruebas de *El Paraíso*, húmedas aún de la tinta de imprenta, y exclamó á voces: “He aquí un trozo del poema más noble que se ha escrito en ninguna edad ni en

ningún idioma,,; y añádese que Dryden, al leer *El Paraíso* por primera vez, declaró moviendo la cabeza: "¡Este hombre nos hunde á todos, á los modernos como á los antiguos!,,

No sé conciliar bien este tardío resplandor de gloria con el abandono, puede decirse el olvido, que rodea á Milton en sus últimos años y le acompaña hasta la tumba. La vejez de Milton es melancólica, por la soledad en que vive el poeta, los apuros que pasa, y su incesante escribir para cubrir con su pluma las apremiantes necesidades del modestísimo hogar. A veces compone fárragos, prosa que hoy nos parece indigesta, como la *Historia de Inglaterra*, únicamente por obtener algunas guineas, á guisa de tejedor que no da punto de reposo al telar. Y en esta asidua labor, en pobre casita de un arrabal de Londres, sin que conozcamos la enfermedad que le llevó á la tumba, sino sólo que se extinguió suavemente y que exhaló el último aliento con tanta paz que no lo advirtieron siquiera los que rodeaban su lecho de muerte, dejó Milton la tierra á la edad de sesenta y seis años, en el triste mes de Noviembre, cuando la nieve y la bruma envuelven á manera de sudario á Londres.—Enterráronle más que humildemente los amigos que aún conservaba, en la iglesia de San Gil, poniendo sobre su tumba una piedra sin inscripción. Y la desaparición de Milton pasó casi inadvertida entre el tumulto de la Restauración brillante y bulliciosa, los indicios de reacción católica, la creciente arrogancia de los *caballeros* y la joven popularidad del católico y realista Dryden, poeta laureado de la corte.

VI

Examinemos el valor del fallo de Dryden; veamos si en efecto Milton los hunde á todos, á los clásicos antiguos como á los modernos; justipreciemos este arranque de entusiasmo de un contemporáneo arrodillado ante el astro que visto de cerca le deslumbra.

Milton había escrito mucho en verso y prosa, antes de poner mano en *El Paraíso perdido*. Sus obras más estimadas, anteriores al poema, son la pastoral ó mascarada *Comus*, y el *Allegro* y el *Penseroso*. El *Comus* le conquistó admiradores no sólo en Inglaterra, sino en toda Europa; mozo aún, por el *Comus* se le recibió con agasajo y respeto en París, Florencia y Génova. Durante

el fervor político de Milton pareció que se le habían caído las alas á su musa: los años sombríos, en que le rodearon las Euménides de cabellera de serpientes, escribió prosa amazacotada, agria, casuística, dogmática, en que se revela y aparece á cada momento, no sólo el sectario, sino el teólogo que era Milton por dentro. Sus libros se titulan *Historia de la Reforma*, *Observaciones á un contradictor*, *Razón de ser del gobierno de la Iglesia contra el episcopado*, *Doctrina y disciplina del divorcio*, *Tratado de la educación*, *Areopagítica*, *Regla de reyes y magistrados*, *Historia de Inglaterra*, *Historia de Moscovia*, *Arte lógica*, y hasta encontramos en el catálogo ¡un *Diccionario ó tesoro de la lengua latina!* Basta nombrar estas obras para que se comprenda que ninguna de ellas brotó de la fuente artística, de la secreta fuente cuyas aguas embriagan. Son libros de controversia, de polémica ó de *pane lucrando*; en cuanto al tristemente célebre *Iconoclasta*, es peor; es una mancha de sangre.

Trabajos tan diversos, tan áridos algunos, nos dan la clave de la personalidad de Milton. Es personalidad *literaria*, en el sentido culto y reflexivo del vocablo. Milton posee un cerebro bien amueblado, ponderado, sano y repleto de nociones adquiridas, cuyo valor relativo no debe desconocerse: si le comparamos, por ejemplo, al ignorante Shakespeare, Milton se nos figura un dechado de sabiduría, varón doctísimo, de complicada y conienzuda actividad mental, apto para todas las tareas, con lastre de ciencia y erudición para emprender un viaje al través de cualquier asunto. Considerando su múltiple labor literaria, le juzgamos, antes que poeta, polígrafo, *cabeza redonda* en el terreno intelectual, capaz de entender y expresar la belleza, el arte, la filosofía, la pedagogía, la teología, todo con superioridad, pero influida principalmente la dirección de su espíritu por el concepto útil, moral y religioso de la vida. No faltará quien estime esto como altísima superioridad: yo lo conceptúo, para el poeta épico, inferioridad nativa. En Milton, como en Tasso, hay un dualismo, pero de distinta índole; el poeta no se nos aparece en su impulsiva magnificencia, en la frescura de su inspiración y con la llama de su genio en la frente, designado por la naturaleza para cantar: le vemos, al contrario, sacar á luz su vocación, con persistente esfuerzo, dominando la hostilidad del medio ambiente y sumergido en la turbia atmósfera de la política, entre las corrientes de prosaísmo social y de lirismo subjetivo ya reinantes. El hombre que con igual facilidad propaga doctrinas pedagógicas, redacta hábiles tratados diplomáticos con

las potencias extranjeras, refuta un libro injurioso, escribe otro, compone centones históricos,—puede ser poeta, y no ha de negarse que Milton lo fué, y muy grande;—pero no es poeta ante todo, no es *el poeta*.

Se me dirá que también Dante se contó en el número de estos varones enciclopédicos, y escribió de derecho y política. Cierto que el gran florentino pagó tributo á la pedantería especial de su siglo, enfrascándose en la filosofía escolástica y en la teología sutil; pero en el siglo XIII eso era materia poética; los campos estaban mal deslindados, y así como en la catedral se celebraban contratos y se tramaban conjuras, en los libros de Aristóteles se encontraban elementos para los cantos del *Purgatorio*. Las facultades de Dante son de las que los siglos rara vez producen: las de Milton no se remontan tanto; no tienen el vigor suficiente para absorber y fundir los componentes extraños á la poesía en el encendido crisol de una inspiración soberana. Cuando Taine llama á Milton *grande y bárbaro*, creo que le exalta más de lo justo: era grande sin duda, pero no era todo lo bárbaro, es decir, todo lo espontáneo y terrible que necesitaría ser para inmolar sus demás facultades en aras de la inspiración. Existen en la prosa de Milton páginas insoportables, y es porque su espíritu no está presente siempre en la totalidad de la obra, y aunque cultivadísimo, es esencialmente duro y poco flexible, de vuelo lento y bajo, convencido del valor de las cosas útiles, prácticas y del momento,—disputas políticas, luchas de secta, argumentaciones chabacanas y desprovistas de esa profundidad filosófica, que es otro género de poesía.—En Milton sentimos, como se siente un muro que nos aísla, la falta de ese poderoso arranque del águila que no hay cumbre que no domine, y que hasta en las nubes pone su escabel. El mismo Taine lo reconoce cuando afirma que en Milton son un solo hombre el sectario y el autor. Nadie podrá decirlo de Dante, por más que salte á la vista su apasionamiento político. Al hablar de Milton, le estoy comparando á los más incomparables entre los poetas; y lo hago notar, porque si no mi juicio parecería injusto. Ciertas regiones abrasadas, la *esfera del fuego*, adonde llegó el genio de Dante, no las alcanzó Milton jamás.

“Escribía Milton—dice Taine—no por impulsión y al mero contacto de las cosas, sino como literato, como humanista, doctamente, con ayuda de libros, considerando los objetos no menos que en sí mismos en la tradición literaria, agregando á las imágenes propias las imágenes ajenas, recogiendo y refundiendo sus invenciones, como artista que complica y multiplica las repujaduras y las

cinceladuras, entrelazadas ya sobre una diadema por la mano de veinte artífices que le precedieron., No cabe decir cosa más exacta ni más severa sobre la índole peculiar del genio miltoniano, que los apasionados de la Reforma exaltan por cima del de Shakespeare, y que algunos comparan audazmente al de Homero. Taine, tan partidario de la Revolución inglesa, tan amargo censor de la literatura que la Restauración trajo consigo, confiesa que Milton no sentía la vida, sino solamente la grandiosidad, la solemnidad, lo imponente, lo magnífico, cierta majestad abstracta y fría que no conmueve. En sus efusiones religiosas ¡cuán poco se parece á Esquilo y á los profetas hebreos! No es fácil decidir si hubiese alcanzado su grandeza, á nacer en la misma época de Esquilo y de Ezequiel, y no en las postrimerías del Renacimiento. Uno de los rasgos de mayor perspicacia que tuvo Milton, es el mostrarse convencido de que había venido al mundo un siglo más tarde de lo que debiera. "Sabía Milton— escribe Macaulay— que ni la civilización que le rodeaba, ni la educación que había logrado adquirir, eran provechosas á su ingenio poético, y recordaba con pena los tiempos en que el hombre sentía y se expresaba con vigor y sencillez.,"

En un punto sólo debía fallar y falló la penetración de Milton al juzgarse: no era fácil que, teniendo á los católicos por idólatras, reconociese que sobre su inspiración pesaba, asfixiándola á veces, el espíritu de la Reforma, enemiga natural del arte.

Resalta en la biografía de Milton, en las vicisitudes de su historia y en las diversas formas que revistió su actividad, que llevaba el modo de ser peculiar del protestantismo disuelto en las venas, y que si alguien nació protestante— no anglicano, ni presbiteriano, ni puritano, ni cuákero, sino con los caracteres generales de estas sectas asociados y juntos—fué Milton. Ahora bien, en el criterio protestante existe—no latente, sino consciente—la noción de que el arte no puede ser objeto supremo de la vida. Con la rigurosa distinción del arte en *moral* é *inmoral*, la subordinación de la estética pura á la utilidad, y la idea de que el arte se eleva y dignifica cuando elige asuntos y temas grandiosos y elevados, el protestantismo señala al arte un puesto subalterno, y lo somete á una vigilancia estricta, como á niño revoltoso ó agitador peligrosísimo. Un artista *completo* no puede ser protestante. Católico ó pagano, sí; protestante, no. O lleva á sus últimas y lógicas consecuencias el principio del libre examen y es racionalista, ó tropieza con esas paredes, y alejándose, se rinde y cae.

Dentro de la Reforma no cabe ser más artista de lo que Milton lo

fué. Inglaterra, desde que se emancipó de la Iglesia católica, no ha vuelto á producir otro poeta tan ilustre, ni lo producirá, á no ser que se verifique en su conciencia una revolución más radical, un cataclismo más terrible del que costó la cabeza á Carlos I. Es necesario que en el seno de esa nación poderosa, próspera, que tantos ideales ha realizado en el orden positivo de los hechos y en el terreno social, familiar y político, hiervan corrientes subterráneas, fermente una lava ígnea y devastadora, se estremezcan fibras que hoy duermen, sangre una realidad más íntima y más humana que el realismo casero, y vuelen como aves del cielo los sueños ardientes del misticismo católico, para que el nivel del arte vuelva á ascender desde Milton hasta Shakespeare, y para que Byron no sea, en su misma patria, el cometa siniestro que sólo anuncia destrucción y muerte.

Quizá era presentimiento profético en Milton el declarar que aspiraba á componer un poema que "honrase á Inglaterra, ya que no al mundo entero". En efecto, para Inglaterra se escribió *El Paraíso perdido*, y en Inglaterra encontró su público, el público que acoge en su seno la obra, que se ve reflejado en ella, que la ha llevado en su alma antes de leerla y aprenderla de memoria. Para la Inglaterra que produjo la Reforma, Milton es el vate, el cantor sagrado, en cuya frente brilla la ley divinal, como en la de Moisés cuando bajaba del Sinaí. En asunto y estilo, el poema era cortado á la medida de la nación. A una raza empapada en la Biblia ofrecía Milton la Biblia adaptada al siglo xvii y despojada de su sospechosa vehemencia oriental, de su poesía primitiva, fuerte, perfumada como la mandrágora; la Biblia explicada á estilo de predicador anglicano, acompañada por la sonoridad de hermosos y bien forjados versos, interpretada por un poeta de áureo verbo y de nobilísima forma, y acomodada al sentido de un pueblo que se ha dado á sí mismo instituciones y leyes morales, y sujetándose á una regla estricta, pero propia, elegida y sancionada libremente. A cada pueblo, en cada período, le viene justo un aspecto parcial del arte: *El Paraíso perdido* es el que convenía á Inglaterra, así que la Iglesia oficial hubo conseguido definitiva supremacía y calmándose la eferescencia puritana.

A pesar del juicio de Macaulay, no contamos á *El Paraíso perdido* entre las producciones más insignes del espíritu humano. Demuéstrase en el *Paraíso* la infalible ley de descenso de la epopeya, según va quebrantándose el ideal común y genérico en la parte civilizada de la humana especie. Homero fué tan superior á Virgi-

lio, como Dante á Milton y Milton á Chateaubriand. El politeísmo, que creemos extinguido en cuanto religión oficial de los pueblos, reaparece en el lirismo, fragmentariamente: cada nación tiene sus dioses: pronto los tendrá cada individuo... Y por el sentido individualista, la epopeya, la clásica epopeya, muere. Cuando estudiemos á Chateaubriand, la veremos ya reducida á esa huella incorpórea y misteriosa que imprimen en la piedra los organismos desaparecidos para siempre jamás.

Equivócase Macaulay al suponer que Milton declinó porque la poesía había declinado, y que infaliblemente la poesía decae á medida que la civilización progresa. Shakespeare fué mil veces más poeta que Milton y poco le antecede en el orden cronológico: Byron, que es de ayer, fué tan poeta como Milton también, y más libre y genial, más volador; Tennyson, sin ser más poeta que el autor de *El Paraíso perdido*, descubre y patentiza en sus creaciones que el espíritu del pueblo inglés, aunque guiado siempre por los móviles que en él influían durante el primer acceso de la Reforma, ha adquirido mayor libertad, ha emancipado algo su fantasía, ha sentido de un modo más independiente de la regla las alegrías del hogar y el yugo de la familia, y ha sabido desprenderse de lo que la Biblia tiene de *israelita* y la vieja ley de estricto y leñoso. Lord Tennyson, poeta laureado de la reina de Inglaterra, es, en cierto modo, el continuador de Milton: entre los dos existen estrechas afinidades: ambos representan á su nación, hasta tal punto, que por ello se han vedado representar con la misma exactitud á la humanidad; pero Milton es, en su raza, un momento de exclusivismo y furor; Tennyson, uno de relativa tolerancia.

No sé si de lo que he procurado hacer resaltar en la biografía de Milton se deduce lo que yo veo tan claro, á saber: que si una época es un hombre, de nadie se dirá con más razón que de Milton. Milton no fué un *dominador*, sino un *dominado*. Los superficiales escritores que con cuatro datos fisiológicos mal digeridos han pretendido recientemente, sin arredrarse ante la magnitud y dificultad de la obra, hacer la psicología del genio, casi podrían negar la aptitud genial de Milton, pues le faltan todos y cada uno de los rasgos peculiares que constituyen el diagnóstico de la neurosis genial. Ni originalidad, ni anomalía en ningún terreno: en todo y siempre la influencia exterior, la obra del tiempo, la imposición del criterio que flota en el aire y se respira: una endósmosis enérgica y poderosa, actuando sobre una rica organización literaria y un alma bien templada (aunque no extraordinaria en siglo de tanta fe, de tal voca-

ción al martirio). Quitad de la vida de Milton el *Comus*, quitad algunas páginas admirables de *El Paraíso perdido*, como el viaje de Satanás á través del caos ó la invocación á la luz, y quedará un escritor no vulgar, pero normal y previsto, un respetable *divine*, un docto latinista, el ayo de una familia cuáquera, el *honorable* secretario de la Commonwealth, el creyente pronto á sufrir la picota y á dejarse cortar las orejas, pero más dispuesto aún á instalarse, con su numerosa familia, en una casita que tenga jardín, y donde por las tardes, al son del clavicordio, se entonen salmos. El ideal de Milton, si no está en prosa todo él, tiene por lo menos gran lastre de prosa burguesa, y á no ser por las turbulencias políticas que han destacado su figura, prestándole ciertas lisonjeras analogías con la del Dante, se podría decir que con Milton la epopeya descendió á la prosa, y que con Chateaubriand bajó al sepulcro. El claro talento de Macaulay percibió sin duda la verdadera fisonomía de Milton, cuando, después de reconocer que Milton nació en época desfavorable para la poesía, estampa las siguientes significativas frases: "Tal vez no cabe ser poeta, ni aun siquiera gozar de la poesía, sin hallarse *bajo la influencia de una manera de enfermedad del espíritu.*" Y á poco añade: "Así entendemos que no debe llamarse poesía todo aquello que se escribe en verso, aun cuando la perfección de su forma merezca altísima alabanza."

Por no reconocer ni confesar que el elemento de prosaísmo é inferioridad en Milton es el espíritu de la Reforma, Macaulay establece aguda distinción entre las sociedades civilizadas y las sociedades bárbaras é infantiles, y ve predominar en estas últimas el sentido poético é imaginativo, en las segundas el análisis, la reflexión y los conocimientos positivos, incompatibles con la creación poética. La teoría es brillante y especiosa, pero su falsedad se demuestra con sólo recordar dos hechos bien patentes: el primero, que en las sociedades realmente *primitivas y bárbaras* no se dieron grandes poetas, y que para su aparición hizo falta un grado de civilización bastante adelantado en general, y aun verdadera cultura artística, como la poseía la Grecia de Homero; el segundo, que tan poesía es la lírica como la épica, y en nuestro siglo la poesía lírica ha llegado á la mayor altura que se puede soñar. En el modo de juzgar á Milton es también Macaulay, sin que él mismo lo note, el hombre de su nación y de su raza, de criterio mezquino, convencido de que hay géneros privilegiados y nobles, y que la cáscara de una epopeya vale más que el cuerpo vivo y vigoroso de una poesía lírica breve, ó de una novela, ó de un cuento.

Insisto en que, para comprender el lugar que ocupa Milton en la literatura de su patria y en la del mundo, debemos recordar á Shakespeare. Entre Milton y él la diferencia es la misma que entre nuestros Velázquez y Murillo. Mientras el arte de Velázquez es la verdad tangible, la verdad descendida al lienzo sin atenuación, y Velázquez el artista que mejor emula al poder divino hasta donde puede el hombre, y en él todo brota de oculto y fresquísimo manantial, todo lleva gérmenes prolíficos, en todo late la vida,—Murillo, que expresa un momento de nuestro sentido místico orientado siempre hacia el realismo, sólo es profundamente verdadero si le consideramos español. Lo mismo podría decirse de Calderón de la Barca, tan hondamente enraizado en el suelo patrio como Milton. No intentéis trasplantar estos cedros: se alimentan de jugos locales; en otro clima, en distinta tierra, sucumben.

Los inconmensurables—Velázquez, Dante, Shakespeare, Cervantes—no pertenecen en especial á ninguna comarca del globo. Lo mejor de ellos, la sustancia de su genio, lo puede reclamar para sí toda la descendencia de Adán diseminada por la superficie del planeta. No les llaméis sabios, porque son magos y zahoríes; no les llaméis pensadores, porque en ellos van unidos el entendimiento y el sentimiento, y su percepción es intuitiva; no digáis que encierran sus obras enseñanza moral, á menos que no la identifiquéis con la que encierra, sin duda, el universo, obra de Dios. En ellos os parecerá ver reflejada, como en agua profunda, la creación y sus maravillas, y también sus contrastes, sus desórdenes y sus horrores. No tienen medida, porque son la magnitud; no tienen cálculo, porque son la fuerza. Se llaman el *genio* en cualquier punto de la tierra. Los de la familia de Milton no se llaman así más que en un país determinado y en un momento de la evolución de ese país.

VII

La acción de *El Paraíso perdido* se remonta más allá de la del *Génesis*: principia antes que Jehová crease los cielos y la tierra, y, por consiguiente, pudiese sentenciar á eterna peregrinación y dolor al género humano.

Después de la clásica invocación á la Musa (celeste, por supuesto) y al Espíritu que prefiere á templos suntuosos el ara de un corazón honesto y puro (aquí descubrimos al creyente libre que no ponía los pies en ninguna iglesia, al disidente de todos los cultos y ritos), Milton describe la caída de los ángeles y el furor de Satanás, que al volver en sí, después de fulminado por el rayo de la cólera celeste, y ligado, cual otro Prometeo, con cadenas diamantinas, aparece flotando sobre las roncadas olas, ya próximo á conocer su futura cárcel eterna, la horrible torre candente semejante á un horno colossal, alimentado por llamas que no iluminan, y sólo hacen la oscuridad más visible y pavorosa.

Al lado de Satanás yace, fulminado también, también mordiendo los puños, el que más se le acerca en maldad y en poderío, Belcebú. Con frases de rabia y despecho, Satanás expone á su compañero de infortunio el propósito de no implorar misericordia, de seguir luchando, y ya que no arrojar de su trono al Omnipotente, por lo menos tomar de él cumplida venganza. Podrá Satanás ser vencido, no domeñado. Este momento de rebeldía de Satanás se cuenta entre las páginas más bellas de *El Paraíso*.

"Thus Satan, talking to his nearest mate,
with head uplift above the wave, and eyes
that sparkling blazed; his other part besides
prone on the flood, extended long and large,
lay floating many a rood; in bulk as huge
as whom the fables name of monstrous size,
Titanian...."

Esta soberbia descripción es intraducible: su efecto depende del sonido y la concatenación de las palabras enlazadas con un artificio casi musical, y que producen en nosotros la impresión de una extensión infinita y desolada y de una protesta en que la desesperación crece y llena el espacio, con ruido de huracán.

Al sentar la planta Satanás en la región sólida del Infierno, la saluda con ironía, despidiéndose al mismo tiempo de la encantada región celeste de donde cayó. "¡Adiós, exclama con nostalgia alterna; adiós, campos felices, donde reside la eterna alegría! Salud; sed bienvenidos, hórridos lugares, mansión infernal! ¡Profundo báratro, recibe á tu señor: su espíritu no se abate ante ninguna vicisitud; llévele á donde le lleve la fortuna, es siempre el mismo!,"

En esta arrogante protesta de Satanás, hay un alarde de esa independencia y libertad de alma que caracterizan al filósofo estoico, tan sereno sobre un lecho de rosas como sobre uno de brasas, por-

que se forma un mundo interior y en él se aísla y concentra, desdénando los accidentes y los fenómenos. Milton, arruinado, perseguido, ciego, maltratado por sus hijas y agobiado por el trabajo y la vejez, habla por boca del ángel caído, y demuestra una vez más que su temple moral es el de un pagano tiranicida, rebelde y faccioso, no el de un santo que ha libado la sangre divina del Gólgota y aprendido en ella á humillarse, á llorar, á sentir.

“Aquí, por lo menos” —dice Satanás,, —seré libre; aquí reinaré. Más vale reinar en el infierno, que servir y obedecer en el cielo.,”

Por cierto que en el mismo canto, en gracioso anacronismo, veremos aparecer también la personalidad de Milton y su trato y relación con Galileo, cuando Belcebú compara el escudo ó broquel que defiende al Señor con el orbe de la luna que ve al través de óptico vidrio, desde la colina de Fiesole, el artífice toscano.

Al llamamiento de Satanás y Belcebú acuden y se congregan, como negra nube de langostas, las legiones de ángeles malos, arrojados del Empíreo y sentenciados á no recobrarlo nunca. El poeta los cuenta y nombra; son los dioses falsos que han de arrastrar á las naciones á que les adoren y ofrezcan sacrificios: el impío Moloch, terror de las madres; el obscuro Chamós, que profana el sueño de las vírgenes; la voluptuosa Astarté, la de diadema lunar, la que empalidece las mejillas y hace latir el corazón de los mancebos; el débil y apocado Dagón, mitad hombre y mitad pez, á quien Ascalón levantó aras; el engañador Rimón; las monstruosas formas de Isis, Osiris y Horo; en fin, las larvas todas de la idolatría, de la superstición y el vicio. Y al ver Satanás la innumerable hueste, en el punto mismo en que va á arengarles, los tenebrosos ojos del precito se llenan de lágrimas... Es que se ha despertado en su alma un sentimiento de dolor viendo tal muchedumbre de espíritus, condenados todos, por culpa suya, á condenación y sufrimiento sin fin.

Taine ha notado que el infierno de Milton se parece exactamente á un Parlamento. Quitad los nombres de Satanás y de Belcebú, y os encontráis en la más acalorada sesión de las que precedieron al regicidio, y creéis oír resonar el cuento de las picas, y escucháis el rumor de las tribunas. También Dante transportó á su *Infierno* las pasiones políticas y los odios y entusiasmos de su alma de patriota. ¿Por qué sufrimos en el Infierno de Dante tan intensa impresión de realidad, de vida humana y sobrenatural á un mismo tiempo, y en Milton sólo vemos la pueril adaptación de sucesos actuales á épocas y sitios donde la imaginación no los tolera?

Diríjese por fin Satanás á los *pares infernales* (es la frase de

Milton) y les consulta si debe arriesgar otra batalla para recobrar el cielo y vengarse del Omnipotente.

El fiero Satanás es partidario de la guerra abierta, del ataque inmediato y furioso; pero el doloso, sutil y diplomático Belial, cuya lengua derrama néctar, y cuyos discursos persuaden suavemente, aconseja la astucia; y el profundo político Belcebú, el del talento sublime y los majestuosos discursos, recuerda cierta profecía ó tradición relativa á otro mundo y á otra clase de criaturas no angélicas, pero no muy inferiores en calidad y estimación á los ángeles, y que precisamente en aquel momento están abriendo los ojos á la vida; en este mundo, y á propósito de estos seres, se han de medir el cielo y el infierno. Belcebú propone la tentación de la raza humana.

Verdadero Parlamento es la asamblea de los demonios: se guarda turno, se pide la palabra, se conservan las formas y se exponen teorías políticas muy correctas, como la que traslado para muestra:

“No se hizo el trono, para que de un vano
homenaje disfrute el soberano;
y el valor debe ser, al eminente
grado de cada cual, correspondiente (1).”

Mientras Satanás va en busca del mundo y del hombre, los entretenimientos á que se entregan para matar el tiempo los miembros de la cámara diabólica, son en todo los mismos á que se entregaría Milton con igual fin; algunos cantan con deliciosa armonía; otros hablan con divina elocuencia, que suspende el alma, así como el canto suspende los sentidos, y otros disertan de filosofía y teología, de providencia, predestinación, destino, voluntad, bienaventuranza y perdición... No cabe duda que nos las habemos con demonios del Renacimiento, muy cultos, doctos y hasta pedantes. “Tales ejercicios—dice el poeta—arman el pecho con fuerza y paciencia incommovible, como triple coraza de acero.” Otros se dedican á visitar, descubrir y registrar los reinos infernales, y la descripción del asolado paisaje, es de primer orden. Alábase también con justicia la descripción de las puertas del Infierno y de las dos espantosas figuras que las guardan, el Pecado y la Muerte.

Ambos espectros aplauden el intento de Satanás, y se regocijan de antemano con fúnebre alegría, al pensar que en el género humano hallará pasto su voracidad insaciable.—Abiertas las puer-

(1) *El Paraíso perdido*, versión castellana de D. Juan Escoiquiz.

tas de llama del Infierno, Satanás ve ante sí el inconmensurable océano donde reinan anárquicamente la Noche y el Caos, antecesores de la vida; "salvaje abismo, vientre de donde salió la naturaleza, y que acaso será su tumba.", Nubes de fuego le empujan, torbellinos de viento le sacuden, el huracán le lleva, y así camina hacia la tierra Satanás.

Jehová, desde su trono, le ve volar desplegando las negras y enormes alas hacia el mundo acabado de criar, que cuelga, en el éter azul, de una cadenita de oro; y llamando al Hijo que está sentado á su diestra, le anuncia que el maldito logrará sus fines, y conseguirá pervertir al género humano; pero Jehová se lava las manos, porque él hizo libre á Adán, y anuncia que, no obstante, le perdonará, pero no sin imponerle ejemplar castigo: el hombre, hasta que alguien tome sobre sí el redimirle, quedará sujeto á la culpa. El Hijo de Dios se ofrece á servir de Redentor; el Padre acepta, dispone su Encarnación, manda á los ángeles que le adoren, y los ángeles rompen en magnífico himno que acompañan con sus liras y cítaras melodiosas.

Entretanto, Satanás adelanta en su viaje, y con precaución de emisario de Cromwell que hubiese de atravesar un campamento realista, disfrázase, al penetrar en la región de las estrellas, de ángel bueno enviado por el Señor á visitar el recién nacido mundo. Llega sin tropiezo al Edén, y con estremecimiento de furor, ve un espectáculo que jamás ha de olvidar: el de la dicha.—En medio de una naturaleza mágica, entre árboles y flores, nuestro enemigo divisa dos criaturas de belleza soberana, "majestuosamente desnudas,, de distinto sexo y creadas para distinto fin; él, para la contemplación y el valor; ella, para la dulzura y la gracia: él sólo para Dios, ella sólo para él; él con rizos oscuros, ella con luengo manto de rubias hebras de oro; y en torno de la pareja, retozando con mansedumbre, las fieras y los reptiles reconocen su señorío. El Adán y la Eva de Milton son las dos figuras clásicas con que el arte nos ha familiarizado: sin duda les falta la musculatura de los mármoles miguelangelescos, pero recuerdan puntualmente las elegantes academias de Alberto Durerro. La pintura del carácter de nuestros padres revela el ideal de Milton en la familia y en el matrimonio, y vemos al autor del *Tratado del Divorcio*, persuadido de su jefatura civil, convencido de que la hembra se creó tan sólo para deleite y consuelo del varón, y que á éste están exclusivamente reservadas las tareas de la inteligencia y los privilegios del mando.

Todo el libro iv de *El Paraíso*, donde ya nos encontramos en pre-

sencia de los dos primeros representantes del género humano, está lleno de la personalidad burguesa y prosaica de Milton, y á trechos de su más delicada inspiración de poeta. Hay una maestría soberana en la riente descripción del Edén y en la hermosa caída de la noche que envuelve el rito amoroso de nuestros primeros padres; pero la fatigosa contraposición de Eva y Adán; aquella superioridad olímpica que conserva el varón cuando se digna sonreír, como quien condesciende, á su amada y esposa; aquella teoría tan genuinamente protestante de la santidad del acto conyugal, "según lo usaron los bienaventurados y los patriarcas,, es obra del sectario, del desagradable marido de la frívola María Powell. Siempre lamentaremos en *El Paraíso perdido* este alternar de trozos lánguidos, en que la musa duerme ó calla, y otros realmente nobles y bellos que causan la misteriosa impresión de una belleza nobilísima. La causa la ha acertado Taine: cuando Milton anciano realiza el poema meditado desde la juventud, sus facultades están amortiguadas y yertas; la fuerza plástica de las imágenes ha disminuido; se advierte el largo período de silencio, en que Milton sólo rimó tal cual soneto á los jefes puritanos; una atonía, un cansancio inevitable interrumpen el fluir de la vena; el hábito de la disertación impide volar, y sobre el genio nativo pesa como plomo la adquirida erudición. Este libro iv de *El Paraíso* debió ser verdaderamente, por su asunto, un epitalamio, el himno nupcial de la raza humana. Leedlo primero, y después abrid el *Cantar de los Cantares*... Creeréis salir de entre la niebla británica al sol radioso, á la perfumada elasticidad de una atmósfera en que latén todos los gérmenes de la embriaguez y del amor.

En la fábula de Milton llega á ser curiosa la influencia de la realidad, la lucha entre el instinto poético, que induce á Milton á abstraer y generalizar, y los recuerdos, ese *rumiar* la vida, tan propio de los ancianos, en quienes atosiga á la imaginación la memoria. *El Paraíso perdido* tiene una clave sin la cual sería imposible comprenderlo: las opiniones religiosas, sociales y políticas del autor. En mayor grado que Tasso, Milton respira en su obra. Sin duda para escribir *El Paraíso perdido* se necesita ser un poeta excelso, un artista dueño de la forma, maestro en pulir y abrillantar la rima, que conozca todos los secretos de su labor, capaz además de meditar un plan y desarrollarle armoniosa y magníficamente; pero tales condiciones son, por decirlo así, modos de expresión de una fuerza, y esta fuerza en Milton parece amenguada y reducida, sea por los años, sea por la acción de fuerzas de distinto orden, de ín-

dole más intelectual y ética que artística. El dato de la edad en la obra de arte quizá no se ha estudiado lo suficiente, y promete grandes revelaciones al crítico que lo tome en cuenta. *La Jerusalén libertada*, de Tasso, es la fogosa juventud, los veinticinco años con su encantado séquito de amoríos é ilusiones, de novelescos lances y de aventuras imposibles; *La Divina Comedia*, la plenitud, la virilidad, el *mezzo del camin di nostra vita*, el punto en que ya empieza á calmarse la efervescencia del alma y aplacarse el tumulto de los sentidos, y, sin que la intensidad del sentimiento disminuya, cuando por el contrario vibra más en nosotros, álzase también en el alma la voz de la conciencia, recapacitamos sobre la significación del vivir, reconocemos los yerros de nuestros verdores, sentimos la ley providencial que nos rige, entendemos el lugar que ocupamos en el mundo y probamos un ansia noble y ardorosa de dejar huella de nuestro paso por él. Y *El Paraíso perdido* es la árida vejez, con su caudal de experiencia y su corona de méritos, con su privilegio doloroso de previsión y cálculo, con su maestría fruto de la reflexión y de la labor continua, con su perfección artística... pero también, ¡ay! con el soplo de hielo de su fatiga, con las cenizas que apagan el fuego de la inspiración, con sus últimos resplandores, oblicuos y moribundos, de sol que va ya á trasponer la cumbre...

El que ha escrito *El Paraíso perdido* había apurado la copa de todos los desengaños y visto caer en ruinas la obra á que consagrara sus mejores energías: la libertad de la patria. Lloraba la noche de su destino, y lloraba también la de sus pobres ojos ciegos. "Dios es luz,, cantaba el poeta sentenciado á perpetuas tinieblas: "retorna cada año la florida estación, pero para mí nunca vuelve el dulce aspecto de la aurora ni de la tarde, sino que siempre vivo cercado de infinita oscuridad y jamás disipadas nubes.,"

Milton nos muestra á la primer pareja humana cumpliendo los deberes conyugales en el sentido estricto de la palabra, y el poeta protestante santifica esta forma de la relación sexual, y á fuer de sajón, retoño de una raza activa y laboriosa, presenta á Adán y Eva sometidos al trabajo, cultivando aquella tierra virgen para alimentarse con sus frutos. ¡Cómo pugna esta concepción de la vida paradisiaca con la nuestra propia! Hemos soñado todos á la primer pareja; la hemos visto discurrir y vagar enlazada por entre sendas de rosas, á la orilla de lagos que circunda una margen florida y embalsamada por violetas y lirios; hemos contado sus suspiros y sus arrobos, sus deliquios á la sombra de las palmeras,

sus éxtasis en las grutas y al pie de los sauces, las lágrimas de felicidad que llenaban sus pupilas cuando juntos veían flotar una luna de plata sobre las ondas de un agua transparente, ó ascender un sol de fuego al cenit de un firmamento radiante y divino; pero al representarnos el primer idilio de la creación, el primer estremecimiento amoroso que fué como el hálito que la animó, el alma que se deslizó trémula de placer en su inmenso cuerpo joven y fecundo, jamás pensamos que la ideal pareja rasgase el velo de su inocente castidad, ni encalleciese sus manos hiriendo el seno de la tierra y regándola con su sudor. Hasta que la funesta poma, el fruto del árbol de la ciencia, rompe el misterioso cristal que vela para Adán y Eva el triste secreto de la vida, su amor es el sueño de dos querubines sin cuerpo y con alas, y la naturaleza, que se mira en ellos como en un espejo límpido, les ofrece risueña y liberalmente sus dones. Para nosotros, la impureza y el trabajo siguen á la caída; no la preceden.

¡Cuán preferible encuentro la quimérica creación de Tasso, novela andantesca forjada sobre hechos reales, al realismo casero de Milton!

En *El Paraíso perdido*, Eva es una excelente ama de casa, que atiende con solicitud á los huéspedes que el azar la envía, y los obsequia con postres, golosinas, *dulcet creams*, con la solicitud de la mejor y más hacendosa señora inglesa; y el ángel Gabriel, el mensajero divino, al sentarse á la mesa del Edén, come de veras, mascando, tragando y explicando detenida y gravemente cómo las sustancias celestiales están sujetas al mismo imperio de los sentidos que las terrestres. En la batalla entre los espíritus buenos y los malos juega la artillería y resuena el cañón, y esto, que se ha considerado anacronismo, no puede serlo dada la cultura de Milton, y sí únicamente una manifestación del empeño de acomodar la fábula poética real á la vida burguesa y práctica. La dignidad de las cosas reales penetra á Milton hasta tal punto, que las traslada á su Edén, ó, mejor dicho, sueña en el Edén lo que negó la tierra, el ideal del sajón: la felicidad doméstica, la paz y la alegría en el trabajo. Buscando el cielo, sólo encuentra Milton un pedazo de tierra, y tierra árida, austera, polar. Su Edén es una casa muy bien gobernada, no una salvaje y maravillosa selva.

En *La Divina Comedia* está contenida una religión secular, amplia esfera donde vuela raudamente el águila caudal del genio. En *El Paraíso perdido* está sin duda la herejía, encarnada en el personaje de Satanás, y van con ella la tenacidad puritana, la obsti-

nada confesión de una fe de bronce, el reto, la solitaria y orgullosa complacencia en la rebeldía, y hasta el goce aristocrático de ser objeto de odio y de horror para los adversarios; pero lo que principalmente contiene *El Paraíso*, es una raza, una nacionalidad característica, un modo de ser de un pueblo, grande y vigoroso, pero limitado, con un ideal inferior estéticamente hablando. ¡Cuán lejos está del cielo de Dante el de Milton!—exclama Taine.—Tan lejos... que el cielo de Milton parece un barrio de Londres.

Recuerdo, como si fuese hoy, mi primer paseo por Londres, hace ya bastantes años. Era un espléndido día de Abril, y la hora, las diez de la mañana; en los *squares*, sobre el verde finísimo del *grass* bien recortado y aterciopelado, de una deleitosa frescura primaveral, extendíanse sábanas de jacintos embalsamados, blancos, color de rosa, pajizos, en plena floración, limpios como la no pisada nieve. El aire parecía hecho de nuevo, y la ostentosa magnificencia de la gran ciudad me causaba asombro, abrumándome con su lujo, su magnitud, el bureo de sus calles anchísimas y atestadas de gente. Y sin embargo, un malestar indefinible, vago, que no se expresa con palabras, oprimía mi corazón, impidiéndome entregarme á la excitación siempre grata del que por vez primera recorre un sitio que desde hace años tentaba su curiosidad. No sé qué extraño encogimiento me agobiaba. Nos dirigimos á San Pablo, y cuando creía estar muy distante del monumento, vi con sorpresa que me encontraba ya en su escalinata majestuosa. Lo que me había privado de verla antes era la niebla, una bruma compacta, húmeda, gris, flotante, que el sol no conseguía disipar. Tal vez de la poesía de Milton se exhala emana un vapor sombrío, que me impide admirarla.

He hablado de Milton, lo reconozco, con poca simpatía, sin esa efusión que engendra involuntaria y generosa ternura, algo como parentesco con el espíritu que animó un cuerpo depositado desde hace siglos en el sepulcro. Lo reconozco y no me pesa. Es fácil á sangre fría hacer justicia, reconocer cualidades, méritos, superioridades morales y artísticas, y dar á un juicio crítico augusta serenidad y equidad perfecta; pero es imposible crear artificialmente la corriente magnética de simpatía que hace que una obra de arte venga á ser, si no carne de nuestra carne, alma de nuestra alma, algo que no hemos producido, pero en que nos reconocemos, y en que sentimos dilatarse nuestra personalidad, con venturoso egoísmo, con fruición íntima y espontánea. Hay autores que nos producen singular efecto: al comprender que no les amamos, comprendemos

cuánto amamos, en cambio, lo que ellos negaron ó combatieron en sus obras. Milton, protestante y puritano, afianza en nuestro corazón y en nuestra fantasía de latinos el sentido católico; Milton, intérprete de un ideal que no es el nuestro, nos lleva con ímpetu redoblado hacia nuestro constante ideal.

EMILIA PARDO BAZÁN

CRÓNICA CIENTÍFICA ⁽¹⁾

La vacuna antidiftérica: algo de historia y un poco de estadística.—La campaña del Ateneo en el presente año.—Actas del Congreso Americanistas en Huelva.—El carácter de Colón por el análisis de su escritura.

Rara vez logran los problemas científicos interesar en grado supremo la atención pública, y pudiéramos afirmar que sólo cuando á su gran valor especulativo unen una importancia práctica de gran extensión, es cuando pueden servir de objetivo á la admiración de unos y á la discusión de todos. Y es casi privativo de los trascendentales problemas de la medicina el obtener la vulgarización rápida y la atención intensa que hace poco la tuberculina de Koch, y hoy la antitoxina de Behering y Roux han alcanzado.

Ni á exponer el problema ni á intentar su análisis, y menos avalorar sus resultados, tienden las líneas que le dedicamos, pues siendo esta crónica de ciencia y labor española, nada

(1) No pudiendo hacerlo particularmente, damos desde aqui las más sentidas gracias por sus felicitaciones y advertencias á los numerosos catedráticos que nos han escrito con motivo de nuestra última Crónica acerca de la segunda enseñanza.

hasta hoy producto de nuestros laboratorios y nuestras clínicas podemos presentar. Y buscando algo que no fuera ya del dominio público, sólo hemos encontrado en preparación un libro y unas experiencias que se proponen hacer y publicar los doctores La Riva, González Tánago y Rebolledo; de lo mucho por ellos estudiado y recogido creemos útil presentar *algo de historia y un poco de estadística* en lo que al problema antidiftérico se refiere.

Tal vez por la eterna y constante dualidad y lucha, aun en el terreno científico de Francia y Alemania, ha tenido cierto interés y ha sido discutido lo que á la primacía del descubrimiento se refiere: Hubiera sido de cualquier país, á excepción de Francia, el afortunado médico que ha popularizado el tema, y sin discusión ni parar mientes en el asunto hubieran aceptado la prioridad de los trabajadores alemanes, ya que á ellos se debe en primer término la iniciación en este asunto.

Un médico militar alemán, el doctor Behring, publicó en 1892 un folleto acerca de la seroterapia, sentando en él la base, creando el origen del sistema, que se fundaba en el principio allí expuesto de que el suero de un animal inmunizado inyectado en otro animal más sensible, le protege contra la infección, y si se aumenta la dosis, puede llegar á producir un efecto curativo.

Este principio sirvió de fundamento y acicate á la laboriosidad de los bacteriólogos que más tarde se han ocupado de ampliarle y asentarlo sobre las sólidas bases de la observación y la experiencia; figuran los primeros entre estos investigadores, Haus Aronson, del Instituto de Fisiología de Berlín, y Ehrlich Behring, Brieger y Boehr, del de enfermedades infecciosas, todos los cuales dedicáronse á inmunizar diferentes especies de animales, como perros, cabras, corderos y otros, como el caballo en el que operaron Roux y Servin.

La primera obtención del líquido activo fué dada á conocer por Aronson en 31 de Mayo de 1893 á la sociedad médica berlina, mostrando la antitoxina obtenida del suero de un perro

inmunizado; sustancia que, inyectada después de una infección diftérica á un conejillo de Indias en la proporción de 1 á 400.000 del peso del animal, no le produjo efecto ni malestar de ningún género, mientras que la inyección del suero tóxico en los mismos animales les ocasionaba la muerte á las treinta ó cuarenta horas.

Probaba plenamente el anterior experimento que la antitoxina, mezclada con el líquido tóxico esterilizado é inyectada á un animal, no le producía lesión alguna, lo cual indicaba bien á las claras que la antitoxina no era sino un activo contraveneno de los formados por el bacilo de la difteria. Repitiéronse las experiencias en varias especies de animales, tanto por Aronson como por otros bacteriólogos, y siempre se obtenía resultado análogo.

Precisa era tanta prueba y minucia tan extremada antes de abrir las puertas de la clínica á lo que se suponía una de las conquistas de la naciente seroterapia. Aplicóse por vez primera á lo que constituía su objeto propio y finalidad, á la curación de la difteria, en 14 de Marzo del corriente, iniciándose el método en la clínica del doctor Bajinski, del hospital de niños, Kaiser und Kaiserin Friedrich, si bien habíase aquilatado hasta el extremo de haber sido ensayado con éxito como medio preventivo en los hermanitos de los niños atacados de la mortal difteria.

Siguiéronse minuciosa y pacientemente las experiencias, y en los primeros días de Julio dió á conocer Otto Katz, ayudante de Bajinski, lo que pudiera llamarse el primer balance y la victoria primera del procedimiento. Desde el 14 de Marzo al 20 de Junio habían sido tratados por el nuevo método 128 niños, evidentemente diftéricos, pues que se había aislado siempre en ellos el bacilo de Loëffler; de los 128 murieron 14, lo que da una mortalidad de 13,2 por 100 en el tratamiento por la antitoxina Aronson.

Faltaba comparar dichas cifras con las que pudieran servir de patrón ó tipo para determinar su valor, y el resultado

no pudo ser más lisonjero. En igual período de tiempo en los años anteriores, los datos eran los siguientes:

1891	Niños diftéricos:	61	Murieron el	36 por 100.
1892	— —	79	—	39,9 »
1893	— —	127	—	37,0 »
1894	(métodos ordinarios)	86	—	41,8 »
1894	(método Behring):	128	—	13,2 »

Desde aquel momento la cuestión estaba resuelta en principio; resuelta del único modo que se resuelven y estudian los problemas científicos, presentando datos, ofreciendo pruebas experimentales y objetivas, no perdiendo el tiempo en discutir y exponer teorías y pareceres, en amontonar hipótesis y juicios que ningún valor real tienen ante el dato escueto, severo, desprovisto de galas y florituras, avalorado solo por la honradez del que le recoge y expone.

Comprendieronlo así los bacteriólogos y los clínicos de todos los países, y emprendieron los trabajos individual y aisladamente, único sistema de hacer algo útil y práctico en ciencias de observación y experiencia, y fiados en la honradez científica de los iniciadores, trabajaron por observar por cuenta propia lo que sólo de referencia les era dado conocer. Sólo aquí donde los bacteriólogos faltan en absoluto y donde la investigación está reducida en determinadas esferas á cero, se ha creído necesario organizar comisiones y juntas, que, si mucho valen individualmente, son colectivamente innecesarias é impropias en esta clase de asuntos.

Uno de los continuadores, el mejor por los medios de que disponía y los resultados obtenidos, ha sido el sabio ayudante del Instituto de la rue Dutot, y sus trabajos merecieron los plácemes primero del Congreso de Higiene y Demografía de Buda-Pest, y posteriormente de todo el público, al conocer sus estadísticas de trescientos casos, de los cuales sólo 78, ó sea el 26 por 100, no tuvieron éxito sometidos á la inoculación del

suero del caballo, cifra muy laudatoria teniendo en cuenta que la mortalidad, en iguales condiciones y periodo á las habidas en los inoculados del hospital de Enfants Malades, había sido en el Trousseau de 60 por 100, ó sea de 316 defunciones para 520 casos.

Las clínicas alemanas seguían las experiencias del nuevo método, y el doctor Konel, asistente del Instituto de enfermedades infecciosas, daba á conocer los resultados allí obtenidos con el suero Behring Ehrlich, procedente de las cabras; datos más notables que los franceses, pues asegura que la mortalidad no ha pasado nunca del 16 por 100 y aun se llegaba al éxito más completo, á la supresión absoluta de la mortalidad en los niños tratados antes de las cuarenta y ocho horas de ser atacados, pues ninguno, absolutamente ninguno había fallecido.

En Inglaterra, Walskings Hugues ha publicado recientemente, en el *British Medical Journal*, estadísticas muy favorables á la antitoxina Aronson empleada en los hospitales ingleses.

* * *

Según tradicional costumbre y según decreto de su reglamento, ha comenzado sus trabajos en el mes de Noviembre el Ateneo de Madrid.

Sobre la historia de tal corporación, lo que fué y representó, lo que hoy es y representa; sobre el desarrollo y evolución del socialismo en Europa; sobre la opinión pública, y, finalmente, sobre el pesimismo reinante hoy en todas las naciones y en todas las esferas, versó el discurso con que el nuevo presidente, Sr. Moret, inauguró el presente curso.

El Ateneo fué, dijo el Sr. Moret, en aquellos tiempos en que

la libertad era tan sólo un sueño dorado para el porvenir, en que la palabra tenía que salir de los labios comedida y circunspecta, en que era preciso sujetar la pluma sin dejarla correr impulsada por el pensamiento, so pena de tener que háberse las con la justicia, el único santuario donde se rendía culto á la más hermosa de las libertades, la de decir sin temores ni distingos lo que se piensa y lo que se siente, el único sitio donde podían ser lanzadas toda clase de creencias, todo género de opiniones y toda suerte de doctrinas, sin que nadie las restringiera ni nadie amordazara los labios que las vertían. Del seno del Ateneo salieron, y en él se dieron á conocer cuantos hombres brillaron más tarde en el campo de la política, gobernando á España y conquistando las libertades antes negadas, que al conseguirse, dieron de sí la decadencia de la corporación que tanto trabajara en su pro.

Porque, en efecto, cuando ya se pudo hablar en todas partes de todo, cuando la imprenta fué libre y desaparecieron las trabas que dificultaban la expresión del pensamiento, terminando de este modo el monopolio de libertad é independencia que caracterizaba al Ateneo, éste empezó á decaer; no fué ya su tribuna la única donde pudiera desbordarse la elecuencia modelando con la palabra hermosos pensamientos; no fué ya su tribuna la que sirviera de primer escalón á cuantos anhelaran las glorias políticas y los triunfos del gobierno; no fueron ya sus salones los únicos donde pudieran leerse todos los periódicos de todos los matices del mundo entero, y por ello el Ateneo comenzó á decaer y á cambiar de carácter. ¿Es acaso que, á imitación de lo que ocurre en casi todos los órdenes de la vida, donde una institución y hasta un pueblo cumplen su fin en una determinada época, y una vez cumplido desaparecen, el Ateneo también ha cumplido el suyo y debe desaparecer? No, contestaba el Sr. Moret.

Si es cierto que aquel carácter que le sostuvo no existe ya, cierto es también que le queda una muy grande y muy importante misión que cumplir. En España no hay, como hay en

Francia, como hay en Inglaterra y en Italia y en Alemania, sitio ninguno donde dedicarse á la hermosa tarea de estudiar lo más elevado y lo más sublime de la ciencia; no hay donde realizar el bellísimo anhelo de investigar la verdad sin propósito mercenario, por el sólo deseo de saber, por el único amor al estudio. Pues bien; ese vacío debe llenarle el Ateneo; esa deficiencia él está llamado á suplirla. *Escuela de altos estudios*, escuela de investigación científica; he ahí el carácter que en él comienza á distinguirse, y al que debe tender con empeño, con afán, sin decaimientos, con verdadero tesón. Y ciertamente que proponiéndose tal cosa, realizando tan benéfica obra, recogerá un timbre de gloria mayor que cuantos hasta ahora haya alcanzado; le deberá España un gran progreso en materias científicas, progreso de que indudablemente está bien necesitada. En este sentido, dos cosas creemos deber apuntar; es la primera que aquí donde todo se protege por el gobierno, sea bueno ó malo, útil ó inútil, ó hasta perjudicial, no estaría demás que, considerando cuántas ventajas puede reportar á la nación la mayor prosperidad y el más grande encumbramiento del Ateneo, tome cartas en el asunto alentando sus propósitos y dándole medios que facilitaran su realización. La segunda es que mucho se camina hacia ésta con la organización que á sus trabajos se ha dado en este año, si bien aún pudiera ser, como seguramente lo será en cursos posteriores en que haya más tiempo, más completa y perfecta.

Llevóse á cabo el principal trabajo de tal organización en una junta reunida bajo la presidencia del Sr. Moret pocos días antes de la apertura del curso, y á la que acudieron, respondiendo á las invitaciones del presidente, gran número de hombres que llevan nombres ilustres en todos los ramos del saber.

Dominó desde el primer momento la idea de organizar, aparte del trabajo peculiar de cada sección, series de conferencias que, versando sobre interesantes temas, dieran con la unidad mayor atractivo á los trabajos, si bien esto no impedía

que se dieran conferencias aisladas y agrupadas dentro del carácter de las diferentes secciones.

Como tema general para una de las series, indicó el Sr. Moret, y fué aceptado con agrado por todos los concurrentes, el siguiente: *Comparación y progreso de las ideas sobre el régimen representativo desde principios de siglo hasta el día.*

Después de quedar aceptado este tema, pasóse á tratar de las conferencias que dentro de cada grupo pudieran darse, y entonces se vieron y apreciaron los valiosos elementos con que el Ateneo cuenta para hacer un brillantísimo curso.

En primer lugar se fijaron los asuntos que habían de ser de discusión general en las secciones, y quedó sentado que en la de Ciencias morales y políticas continuaría la discusión de la Memoria del secretario sobre «*Deberes y derechos entre patronos y obreros*», y que tan buen resultado (teórico) dió en el pasado curso, manteniendo vivo el interés y animadas hasta el último momento las sesiones. En cuanto á la de Ciencias históricas, aun cuando no se cerró el año último la discusión sobre el «*Valor histórico del regionalismo*», pues que no hubo resumen ni del secretario ni del presidente, atendiendo á que sus sesiones languidecieron bastante, y sin perjuicio de continuar tal tema, eligióse otro propuesto por el Sr. Reparáz cuyo título es: *La Política exterior de España durante la decadencia.* En la sección de literatura se discutirá la Memoria de su secretario sobre *El humorismo*, y, por último, los trabajos de las bellas artes estarán formados por la organización de veladas, entre las que se contarán algunos conciertos por la Sociedad de Cuartetos que dirige el Sr. Monasterio; un concierto á cargo de la eminente pianista señorita Guerra, y además de todo esto las series de conferencias que darán los señores Mélida sobre *El Arte monumental en España y La Historia de la pintura*; Sentenach, sobre *La Historia del arte*; Parada, sobre *Las Pintoras españolas anteriores al siglo XIX*; Beruete, sobre *Velázquez*; Pedrell, sobre *La Cultura musical de España en el siglo XV*; Fernández Casanova, so-

bre *La Catedral de Sevilla*, y Puyol, acerca de *León y su provincia*.

No menos tentador que el de esta sección fué el de la de Ciencias exactas, físicas y naturales, pues en ella hablarán el ilustre sabio Sr. Cajal, de *El Cerebro humano*; de *Profilaxia de la Tisis en las clases elevadas*, El Sr. Espina; el Sr. Calatraveño, de *La Difteria*; de *Los Problemas fundamentales de la química racional*, el catedrático de la Central, Sr. Carracido; de los *Precedentes españoles de la antropología criminal*, el Sr. Salillas; de *La Estación prehistórica de San Isidro*, el catedrático de Antropología, Sr. Antón, y, por último, el que esto suscribe comprometióse, si el tiempo y los medios no le faltan, á tratar en algunas conferencias de *El Valor del actual tipo criminal: Antropología criminal general y española*.

También darán conferencias los Sres. Cánovas, Silvela Azcárrate, Rodríguez (D. Gabriel), Pedregal y Pí y Margall; Verdes Montenegro, acerca de *Los Datos psicológicos en la economía política*, y Fernández Villaverde sobre *Significación de la cláusula de nación más favorecida en los contratos comerciales*.

En resumen, que la perspectiva es hermosa. ¡Dios quiera que los resultados sean tan brillantes como por ella se puede esperar!

*
* *

Por fin se ha publicado el tomo de las actas y memorias relativas á la novena reunión del *Congreso Internacional de Americanistas*, celebrada en Huelva en Octubre de 1892. Es algo así como un eco postrero y lejano de aquella activa y forzada vida científica y literaria con que celebró España el cuarto centenario; vida y actividad que muchos creyeron principio de una regeneración intelectual de nuestro país y que

sólo fué fugaz y brillante por entonces manifestación de la gran influencia que sin duda ejerció en nosotros aquel acontecimiento.

Rarísima, ó tal vez única, es la coincidencia de la celebración de tantos y tan variados congresos como entonces tuvieron lugar; parecía que ante tan colosal manifestación de la inteligencia de una raza, habían de aparecer y realizarse muchos y muy fundamentales trabajos, útiles todos para la vida y cultura científica de quien así se manifestaba. Pero pasó el período activísimo de todo nacimiento, y toda génesis, la gran marea del entusiasmo por el trabajo y la investigación se calmó, y sus fuerzas libres y desperdigadas se concretaron, dejando ya en la calma, ver los resultados, los efectos útiles de tan intensa conmoción del pensamiento y el trabajo.

¿Y qué frutos se han recogido de aquel derroche de oratoria y aquellos caudales de entusiasmo? Fuerza es, si hemos de ser leales, no ya severos con nosotros mismos, fuerza es, repito, confesar que casi nada. El tomo que hoy nos ocupa la atención cierra la serie del *acta magna*, levantada para historiar aquella época, y haciéndole ingresar en el haber con todos los anteriores, aumenta poco el exiguo caudal acumulado. Apenas si media docena de trabajos entre todos los congresos, excepto el Geográfico, dos verdaderamente buenos y tres muy meritorios en éste, y ninguno que á nombre español se deba es el que hoy aparece que pueda figurar como trabajo de un valor extraordinario.

Muchos intentos, gran número de temas apenas iniciados, acometidos algunos con verdadero brío, pero rarísimamente seguido alguno con el criterio de análisis que hoy se exige á todo trabajo é investigación científica; parece que se ve, sobre todo comparando las producciones españolas con las extranjeras, como la labor de un principiante, la falta de hábito en la investigación, que se muestra bien á las claras con la vuelta al método y procedimiento que pudiéramos llamar indígena ó habitual; ese método oratorio y realmente ampuloso, de efec-

tos retóricos más ó menos brillantes pero pasados de moda, esa falta de concisión y severidad en la investigación y el análisis, que se sustituyen con párrafos declamatorios al uso y estilo del año 1850.

Si el espíritu de minucia y concreción falta en las memorias, no sucede así en las actas, y queremos citar la coincidencia que nos hizo fijarnos en ellas, al recibir en igual día el ejemplar del Congreso y una carta de sabio profesor extranjero, en que hablándonos del tomo, nos decía «no será seguramente por el tomo del Congreso de Huelva por lo que se afirma que ustedes (los españoles) no pasan de la superficie en el estudio de los fenómenos, contentándose con las generalizaciones á que ustedes son tan dados». Y es justa la apreciación del que así se expresa; basta recorrer las actas, y asombrado queda uno del lujo de detalles verdaderamente inútilde que están recargadas. Si no conociéramos la cultura y el conocimiento de la manera de cómo estas cosas se hacen en toda Europa que posee el Sr. Zaragoza, diríamos que el tomo había sido redactado por un extraño por completo á esta manifestación de la inteligencia que se llaman Congresos científicos.

Nada diríamos si el libro estuviera llamado sólo á vivir dentro de nuestra patria; pero destinado casi totalmente á salir de sus fronteras, justo es creer que la observación del citado sabio extranjero será general. Porque ¿á qué viene detallar hasta el punto de transcribir las advertencias del señor Cánovas á ciertos congresistas que sufrían el abrasador sol andaluz más que lo que por ellos se esperaba? ¿O es que esto, y el recargar de paréntesis haciendo constar los aplausos, se ha hecho por suponer que ciertos actos tienen interés por la autoridad del que los ejecuta? El Sr. Cánovas, que es un espíritu serio, será el primero en no recibir cierta clase de adulaciones.

Y no es seguramente lo anterior lo más grave y criticable del tomo. La novedad verdaderamente revolucionaria de re-

sultar una publicación políglota, es lo que más llama la atención de todo el que conozca esta clase de publicaciones. La lengua científica únicamente en estos casos es el francés, pero queremos suponer que un espíritu de patriotismo no exento de justicia tratándose de un Congreso de Americanistas, hiciera creer á la comisión de publicación que en castellano debía publicarse el libro, no sólo por la materia, sino por el espíritu y hasta por la gran mayoría del público á quien ha de interesar su publicación. Si así lo juzgaron, ¿por qué no se atrevieron á realizar la empresa? Lo que no tiene disculpa es que figuren estas memorias y discusiones en una mezcla realmente pintoresca de castellano, francés, alemán, italiano é inglés; pues en todos esos idiomas está redactado el tomo del noveno Congreso de Americanistas celebrado en Huelva.

Pasemos por alto el contenido de las actas de las ocho sesiones que celebró el Congreso, en las que justo es decir hay algunas comunicaciones interesantes de los señores Hellmam, Oppert, Penk, Seler, Fabié y Mlle. Lecocq, y expongamos brevemente algunas consideraciones sobre las Memorias.

El nombre de América es el motivo principal de las Memorias y comunicaciones hechas al Congreso. Hay multitud de trabajos para todos los gustos y todas las opiniones, presentáronse investigadores de todas las especies, y cuando después de los trabajos de Marco creímos agotado el tema, que dicho sea de paso parécenos de la más mínima importancia, aparecen una gran cantidad de investigaciones acerca de dicho punto sometido á la consideración de los americanistas.

Figura la primera en el tomo, y tal vez lo es en interés la Memoria del profesor de la Universidad de Massachusets, Eben Norton Hosford, titulada *Origin of the name America*, curiosísima investigación histórico-filológica. El abate Gary, director de la *Revue Religieuse*, y buen francés ante todo, hace una exposición del bautismo del Nuevo Mundo en Saint-Dié, villa de los Vosgos, y comenta la derivación del nombre que tienen las sierras llamadas Américas en Nicaragua. Un modelo del

estilo patrio nos le da el Sr. Baldasano, cónsul de España en los Estados Unidos, en su memoria *Colonasia*, en la que humildemente solicita que se incluya en el plan de estudios de las escuelas el nuevo nombre América Colonasia, que él propone se aplique al nuevo continente; claro es que los «americanistas eminentes, sabios é ilustrados» no aceptaron la innovación. Pero en proposición de tamaña importancia no podíamos ir solos, y el Sr. Febres y Cordero, redactor de *El Lápiz*, de Venezuela, dedica veintidós páginas, en estilo nacional, aumentado y reforzado con el indígena de Venezuela, á pedir que aparezca un nuevo Gregorio XIII, no á reformar el calendario, sino á confirmar á América, dándole el nombre de *Colombia* ó *Colónida*. Pretende reforzar su proposición con una larga lista de los nombres dados á naciones, ciudades y aldeas, si bien tras tan prolijo trabajo podría exclamarse que no se veía la concomitancia.

Un trabajo serio sobre el mismo tema es el de Mlle. Marie Lecocq, *Observations sur les mots America, Amerique (et les homophones)* en el que se tienen en cuenta los trabajos de Lesson, Mungo-Park y otros sobre las lenguas y las emigraciones más ó menos forzosas de mogoles y malayos al nuevo continente. El corto trabajo de Mr. Marcón, titulado *Inscription du nom indigène Amerique sur des cartes du commencement du seizième siècle*, es un nuevo dato que aporta á sus estudios ya clásicos acerca del asunto. Termina lo relativo al nombre América con una nota bibliográfica *Sur un livre imprimé à Lyon en 1535 à propos de l'étymologie du nom de l'Amerique*, debida á la buena voluntad de M. Poindebart, presidente de la Sociedad Literaria y abogado en Lyon.

La antropología y la etnografía colombinas están sólo representadas en el tomo por una Memoria de un extranjero, si bien podemos considerarla nacional, honrándonos con aceptar como compatriota á doña Soledad Acosta de Samper, que contribuyó á dar interés al tomo con un erudito y bien pensado Trabajo relativo á «*los aborígenes que poblaban los te-*

rritorios que hoy forman la República de Colombia en la época del descubrimiento de América»; Memoria que al espíritu de observación y á la intuición profunda de nuestros escritores de Indias, une los métodos que informan los modernos estudios etnográficos; es, por tanto, el mejor trabajo que encontramos en el tomo.

Los estudios históricos acerca del descubrimiento dan lugar á tres disertaciones. La primera, debida al danés Fabricius, trata de los recuerdos y valor histórico de *los Sagas irlandeses en el descubrimiento de América*, dando algún dato sobre las expediciones de Erico el Rojo y Fhorfiunkarlsefne, así como de sus precursores y continuadores hasta fines del siglo XI en las expediciones á la legendaria Vitlandia. Sigue después una pregunta hecha por el capitán Jouan: *Cristóbal Colón, ¿tuvo precursores?*, á la que contesta negativamente, sin aportar dato alguno á los ya conocidos. Transcribese también el bosquejo histórico geográfico sobre el *derrotero de Colón* por las Bahamas y costa de Cuba, según las investigaciones de Lucas de Mileto. La Memoria del doctor Carranza, *¿Cuándo fué descubierto el Río de La Plata?*, es bastante apreciable, y aunque de poquísima importancia, lo propio ha de decirse de las pocas páginas que el Sr. Delgado dedica á varias citas de documentos del Archivo de Indias.

Quedan, por último, un trabajo acerca de la *peregrinación de los aztecas*, y nombres geográficos de los indígenas de Sinaloa, por el licenciado Buelna, y la descripción de un astrolabio árabe, que no sabemos qué relación tiene con el centenario. El artículo que con el nombre del gran descubridor firma un Sr. Loriot, no estaría mal en un periódico de provincias, y el trabajo de M. Varinard dejámosle para el final, y hacemos mención especial del mismo porque es verdaderamente curioso y atrevido.

*
* *

Titúlase *Christophe Colomb d'après son écriture—Notice graphologique et historique*, y sin más comentarios extractamos del mismo los siguientes párrafos :

«La escritura de Colón revela bien su época, tiene toda la espontaneidad de un hombre que ha roto con las antiguas tradiciones toscas. Dejando á un lado la caligrafía de las épocas precedentes, en la que aún hay bastantes abreviaturas, esta es la escritura apresurada, rápida, irregular; es casi la escritura moderna, que ha perdido su movimiento acompasado y la confusión debida á los adornos puestos á la moda por los manuscritos. Los dos autógrafos de Colón que damos son bien diferentes de aspecto; están escritos en un intervalo relativamente corto de cerca de seis años. Pero durante esos seis años han sucedido cosas que agitan fuertemente la vida del escritor y han originado muchas desilusiones.

Después de sus dos primeros viajes, Colón todo lo vió hermoso; su imaginación se exalta, es la realización de todas sus aspiraciones religiosas; también su escritura está acentuada de grandes movimientos de pluma que manifiestan la exuberancia del genio, la imaginación privilegiada. Los acentos, las abreviaturas toman una importancia gráfica enorme y tienen una magnitud tan considerable como él; ved las palabras *obedesciendo, vuestras...* Pero al mismo sus curvas son graciosas y tienen una grande armonía de forma, y asimismo una elegancia natural; ved las *l* y las *y*.

Si el cerebro se exaltó con la importancia de sus descubrimientos, tiene también el deseo de volver á hacer más de lo que ha hecho, y el movimiento físico se acusa todavía más que el movimiento intelectual; el escritor no quedó en su debido puesto. Mas en el segundo autógrafo todo es distinto: la escritura está hecha con calma y tranquilidad; nada de floreos y extravagancias; puede preguntarse si esta escritura proviene de la misma mano. La exuberancia está sustituida por la calma, la tranquilidad. El anatómico grafologista encuentra allí una revelación suprema de todo lo que es producto del valor

en esta alma atormentada por las desgracias, debidas á la envidia de unos y á la ingratitud de otros.

Como la escritura ha perdido de su amplitud, hay una simplicidad de grafismo que prueba más que nada el olvido de toda afectación; mas lo que queda como dominante es el gran trecho entre las palabras y entre las líneas, que nos da la lucidez notable de esta gran inteligencia. Si su cerebro es lógico y pensador, no le falta, sin embargo, idealismo; el número de letras separadas es grande, y esto está de manifiesto en los dos autógrafos.

Pero lo que es notable sobre todo, es la primera letra de las palabras, que está separada, signo que Michon ha llamado tan justamente, después de haberle encontrado muy á menudo en Napoleón I, el golpe de intuición; es el signo escritural familiar de los grandes deductivos dotados de un primer impulso poderoso de intuición. Es un realizador apasionado que nada le arredra. La dirección fuertemente sinuosa de sus líneas es una prueba de su gran diplomacia, gracias á la cual no temió el encontrar recursos para todas las combinaciones con que atender á su objeto.

Esta organización intelectual le hacía mucho más apto para lanzarse á una idea nueva que á confinarse en algunas teorías conocidas; así, supo conducir sus hombres al descubrimiento, pero no supo ser administrador, y la anarquía reinó desde el principio en aquellos países, donde era virrey, y sobre los que tenía, por tanto, plenos poderes.

Su escritura, muy mezclada de letras inclinadas y de letras rectas, nos indica la lucha de la cabeza con el corazón, el que, sin embargo, queda á menudo vencedor; teme á su corazón, el cual no puede más que originarle flaquezas, y sabe que no se puede llegar á cosa alguna mientras no se le tiene fuertemente sujeto; mas no puede conseguirlo, y el segundo autógrafo contiene todavía letras de una inclinación muy pronunciada. También sabemos que no podía ordenar un castigo importante sin estar muy impresionado y un día que se vió

obligado á pronunciar una condena de muerte, no pudo hacerlo sino llorando.

La diplomacia, como medio, estaba puesta en acción por una decisión enérgica yendo hasta la resolución, las porras son frecuentes y agitadas de una manera enérgica. El todo ello sostenido por enormes ganchos que nos manifiestan el hombre fuerte, pues estos ganchos están á menudo agitados de izquierda á derecha. He ahí una voluntad á la que no faltaba poder para resolver; es, pues, su grande imaginación y su impresionabilidad las que constituyen sus principales debilidades.

Un misticismo religioso, agravado por su imaginación, viene todavía á aumentar el estado de sus sentimientos ya atormentados por la ingratitud; estaba imbuido de la idea de que Dios le había elegido para descubrir horizontes lejanos ante el fin del mundo, que creía próximo, y veía entre las dificultades de su empresa un obstáculo al cumplimiento de su misión divina. Comienza sus cartas con una cruz y sus renglones terminan por un rasgo de procurador cuidadosamente trazado; sus finales, que en el primer escrito terminan por una larga curva subida hacia la derecha, desaparecen en el segundo; sólo ha subsistido la religiosidad.

Si Colón no tiene ningun orgullo—antes bien es humilde, sus mayúsculas, apenas superiores á las minúsculas, son una prueba de ello—busca el crearse un misterio, y se inventa una escritura en forma jeroglífica, que no se ha podido descifrar á pesar de las propias instrucciones que da para el arranque de sus letras, que debieron constituir la escritura del heredero de Majoral: «Una X con una S encima, y una M con una A romana, encima de la S y después una Y con una S encima con sus rayas y vírgulas.»

Descripción que es más difícil de comprender que el logogrifo de él mismo, dice Harrisse. Estas letras se prestan á una multitud de combinaciones que siempre parecen ser una invocación religiosa. Según Spotorno, éste sería Cristo, Santa

María, José y Lleva-Cristo, que no es otra cosa que la traducción latina de Cristóbal.

El estudio de los contrastes de estos dos autógrafos es muy curioso: el hombre primitivo, todo lleno de exaltación, parece haber desaparecido completamente, pero, sin embargo, su estado cerebral está absolutamente fijo, dotado de un carácter rudo, poco amable en palabras, afable, sin embargo, cuando quiere. Mas está domado, la furia está calmada, los rasgos de la voluntad fuerte que existe siempre embotada, han pasado al estado de simples rasgos ligeramente gruesos.

La habilidad para sí no excluye el vigor, y sus pequeños zigzags se terminan los dos por un fuerte rasgo que vuelve hacia la derecha, y nos muestra que no se cree dispuesto solamente á la defensa, sino que sabe también tomar la ofensiva.

LUIS DE HOYOS SAINZ.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Publicación de viejos libros en Pisa.—Caracteres y condiciones del Pontífice Pío II, cuyos libros acaban de reaparecer.—Estudios sobre aquel tiempo y su Papa.—Asambleas en el Vaticano dirigidas á restablecer la unión entre los Papas de Roma y los Patriarcas en Constantinopla.—Reflexiones acerca del pacto posible de la Iglesia romana con la Iglesia griega.—El Parlamento en Portugal y España.—Francia y Madagascar.—La crisis ministerial en Alemania y sus retrocesos.—Significación de la boda del joven czar Nicolás II.—Estado interior de Inglaterra.—Conclusión.

No puede uno desasirse del embargo en que ciertos libros le traen; ni del placer, producido por la evocación de ciertos personajes muertos, con quienes ha tenido largo comercio en la Historia, como si estuvieran en la vida. Entre tales libros, pocos del valor é importancia de uno que han publicado en Pisa últimamente, con el título que sigue: *Comentarii rerum memorabilium, quae temporibus suis contingerunt d' Enea Sylvio Piccolomini*. Su autor es el sabio Lesca; su editor Nistri. Caracteres conozco extraordinarios, y entre los que conozco, ninguno semejante al carácter contenido en esas páginas recomentadas ahora y escritas por Sylvio en la edad más característica del genio italiano moderno, en la decimaquinta centuria. Gran viajero, diligente historiador, Cardenal, Papa bajo la denominación de Pío II por tiempos como el tiempo de los concilios ecuménicos en Basilea y de las irrupciones mongólicas en Constantinopla, representa Sylvio un

papel histórico tan importante y ejerce un influjo tan decisivo, que, viendo pasar su figura extraña, no podemos dejar de dirigirnos á él é interrogarle, resucitando su imagen y describiendo su carácter. Al reunirse por aquella sazón el Cónclave, que sucedió á la muerte de Nicolás V y á la exaltación de Calisto III, hubo en el colegio cardenalicio quien quisiera nombrar Pontífice Romano al Cardenal Besarión, gran sacerdote griego. Uno de los más pujantes Prelados latinos se opuso con coraje, diciendo que no convenía mucho al Catolicismo tener por jefe antiguo cismático, recién converso á la ortodoxia, y no pasado todavía de neófito. Se negaron los Cardenales á elegir al jefe del renacimiento heleno, y eligieron al jefe del renacimiento latino. Si alguna vez vais á Sienna, podéis formaros aproximada idea de tal Prelado en sus inclinaciones expresadas gráficamente con sus dos nombres latinos de Sylvio y Eneas. Corred á la catedral siennense; admirad su fachada de mármoles blancos y negros cubierta con símbolos heráldicos y coronada con estatuas religiosas; ved en sus naves dos series de arcos sobrepuestos, la superior tan aguda como las ojivas del Norte; deteneos á contemplar las grafitas de Beccaffiumi, que ha entallado en piedra figuras envidiadas por su atrevimiento y sublimidad de los más audaces pinceles; notad aquel riquísimo altar mayor con sus tabernáculos, en que los santos parecen como recién venidos del cielo, con su Cristo resucitado, su Asunción, moviéndose como si cruzaran todavía los aires para subir á las alturas etéreas; estudiad sus innumerables obras artísticas que muestran la fecundidad de las ciudades italianas; y cuando creáis que nada os queda por admirar, veréis aquella librería, en cuyas paredes el Papa Sylvio está pintado en todos los actos capitales de su vida; y al contemplar la inextinguible alegría de su rostro, la riqueza de sus vestiduras, las damas y galanes que le rodean de un lujo asiático, las embarcaciones reunidas en Ostia contra el turco, los pajes y caballeros resplandecientes de pedrería, en vez de creer en la

corte de un Papa, os creeréis, á pesar de hallaros en una iglesia ojival y católica, caídos y encerrados en pleno paganismo. El Papa Eneas Sylvio perteneció al mundo, á las cortes de los emperadores y de los reyes, á la diplomacia y á lo profano. Miembro de familia ilustre pero pobre, tuvo que granjearse los favores indispensables al mantenimiento de la vida con genuflexiones y cortesías confinantes en una sistemática humillación. Sabedor de las letras clásicas, escribía el idioma latino como los primeros latinistas de su tiempo. Orador, la retórica predominaba en su palabra sobre el sentimiento; poeta, el metro sobre la idea; canonista y jurisconsulto, las convicciones indispensables á su fortuna sobre la inspiración profunda é interior de su conciencia. Era un sofista que sólo tenía de los grandes tiempos dos factores capitalísimos: la palabra y la forma. Así, escribió disertaciones interminables sobre las facultades de los Concilios para enaltecerlos, cuando del amparo de los Concilios necesitaba; y sobre las facultades de los Pontífices para extremarlas, cuando necesitaba de la limosna y de la protección del Pontificado. Pocas pasiones, pocas creencias; ninguna inspiración, ningún heroísmo, como petrificado en los recuerdos, cual un hombre que no acertase á vivir en su tiempo; Eneas Sylvio, secretario de innumerables potentados, apologista de los reyes y de los Papas, historiógrafo de los emperadores, artificioso compositor de frases clásicas y de fórmulas históricas, parecía la retórica coronada por la tiara de los Pontífices. El pontificado de Sylvio fué de un mero aparato teatral. Hasta el nombre de Pío lo eligió, porque Virgilio llamó al héroe de su epopeya el Pío Eneas. Ferrara le vió un día, rodeado de barcas que cubrían el Pó, todas ceñidas de flores y llenas de músicas y de coros, entrando en compañía de príncipes y caballeros que ostentaban riquezas sin cuento; sobre un caballo, ceñido como un Pegaso; bajo un dosel cerúleo; por una plaza donde danzaban las mujeres vestidas como en los antiguos circos romanos, y lucían sus frentes serenas, reproducidas en

marmóreas estatuas, los dioses principales del Olimpo antiguo, como si Cristo hubiera muerto en la conciencia humana y renacido por los campos y por los cielos de Italia el joven Adonis y el dios Pan en todo su exuberante sensualismo. Pío II concibió la vasta idea de promover la guerra contra los turcos, y á esta vasta idea consagró toda su existencia. Muy hábil en idear; era dificultoso en cumplir y realizar. Aquel diestro secretario de todos los potentados europeos; aquel escritor, por quien conocemos tan claramente las guerras de Bohemia en sus campos y las disputas de Basilea en su concilio; aquel retórico que resucita en sus discursos el verbo neo-romano; aquel poeta que escribe tan castigados versos; aquel imitador de las bellaquerías del alegre Bocaccio; diplomático mundano, sabio de una portentosa erudición; al subir á un trono, cual el pontificio, y desde tal trono proponerse las mayores empresas, no midiendo bien la distancia entre la idealidad y la realidad, cae por su culpa en lo extravagante y en lo ridículo. Lo primero que se le ocurrió tiene gracia, y explica cómo desconocía el mundo este hombre mundano. Se le ocurre desenterrar el más puro latín, cortar su mejor pluma, disponer el estilo más literario, y enderezarle una carta con muchos requilorios al Gran Turco, reciente conquistador de Constantinopla, conjurándole con los ejemplos de Recaredo, Clodoveo y otros célebres conversos antiguos y modernos, conjurándole á que abjurase su mahometismo; y abrazando la religión cristiana, tomase á su cargo en la edad moderna el ministerio desempeñado por los Carlovingios en la Edad Media, el papel de único defensor de la Iglesia, por lo cual recibiría Bohemia, Hungría y otras regiones orientales, entonces prontas á entregarse al vencedor que les designase por jefe y soberano el Pontífice.

Mucho debe trastornar el seso la potestad absoluta, cuando literato de tan claro juicio y de tan sabia desconfianza como Eneas Sylvio, cree posible, reciente aún el malogro de los pactos florentinos entre la Iglesia griega y la Iglesia latina, mover un sultán y su corte con una carta retórica en latín sa-

pietísimo, á que abjure la religión de su raza y de su historia por una religión repulsiva de todo en todo á su voluntad y á su conciencia. Y si los medios morales resultaron de este alcance, imaginaos cómo resultarían los medios más difíciles, los medios materiales y económicos. Si comienza por ocurrírsele una carta para convertir al sultán, ya podéis imaginaros qué cosas se le ocurrirían para recabar dinero, teniendo á mano, como tenía, las bulas y las indulgencias. Voy á citar, dejando aparte las cédulas en que valuaba los perdones, la traída del cuerpo de San Andrés, desde Jerusalén á Roma, por hermano del Apóstol San Pedro, en procesión triunfal. Era una hermosa noche de Italia; treinta mil hachones, llevados todos por personas vestidas á capricho, ahuyentaban las sombras y producían una claridad artificial; de ventana á ventana suspendíanse flores en ramilletes sin fin y en lazos sin cuento, y de las flores pendían lámparas nutridas por aromados aceites; ramajes bien olientes enramaban el suelo de las calles, y tapiques multicolores cubrían los frentes de las fachadas; al ingreso de los barrios, comparsas de bailarines y acróbatas hacían toda suerte de juegos, y á la puerta de los palacios coros múltiples, acompañados por deliciosas orquestas, entonaban toda suerte de cánticos; lucían las damas, casi desnudas, sus formas y gracias tras encajes ó tules; y las torres y las rotondas altísimas, y las líneas severas de los monumentos religiosos y los triángulos de las iglesias brillaban con tal número de luces deslumbradoras, que parecían como una lluvia de astros. Pero entre cartas retóricas, entre discursos aparatosos, entre arbitrios infecundos, entre procesiones teatrales, lo cierto es que la cruzada contra los turcos no crecía gran cosa. Citadas las gentes en Ancona, no encontraron con qué mantenerse y se dieron al saqueo. Por todas partes bandas de milites desarrapados y misérrimos acometían á los viajeros, asaltaban los hogares, esparcían los horrores de la guerra civil á sangre y fuego. Las frases menudeaban más á medida que iban más escaseando las fuerzas. Los discursos estudiados se estrellaban

y perdían en la general indiferencia. «Somos—exclamaba Pío II ante su Sacro Colegio—demasiado débiles para empuñar la espada; mas, á imitación de Moisés, arrodillado en el monte mientras Israel pugnaba con los amalecitas, sobre las tablas de los navíos elevaremos el sacro cáliz á Dios en demanda de la victoria para nuestros guerreros.» Nadie oyó estas elocuentísimas palabras. Todos los príncipes á una permanecieron silenciosos é indiferentes: los Esforzas tacharon de mezquinos el armamento para una empresa tan grande; los Médicis dijeron que un Papa viejo se metía en calaveradas de joven; los reyes de Francia enviaron algún que otro presente de aparato y honor; los emperadores de Alemania no quisieron que, so pretexto de alimentar las cruzadas, se perdiera y se arruinase tristemente su pueblo. El día 19 de Junio de 1464 salió de Roma Pío II hacia Ancona, tendido en triste cama, devorado por fiebres palúdicas, en barca que lo iba sobre las amarillas aguas del Tíber arrastrando, y que parecía conducirle á la eternidad. En efecto, su desmayo fué tan grande y su dolor tan intenso, que, al descender en la orilla y mirar á lo lejos Roma, dirigióle un último adiós en suprema congojosa despedida. Quien le viera triste, solitario, abandonado, deslizándose por la corriente, no diría que iba el cuitado á cobrar un reino, sino á librar un sepulcro. Dos únicas naves había podido reunir en el puerto de Ancona, que flotaban tristemente como para mostrar la decadencia del Pontificado, desoído por los poderosos del mundo y falta de fuerzas y de recursos en un proyecto tan alto y saludable. Por fin, el día 12 de Agosto, las naves de Venecia en algún número, llegaron comandadas por el Dux Cristóbal Moro. Mas el día de su llegada no pudieron ya verlas, no, los ojos cansadísimos de Pío II. Sin embargo, hizo abrir las ventanas del palacio pontifical erguido sobre una eminencia, y mirando con mirar tristísimo de moribundo, al caer la eterna noche sobre sus ardientes retinas, el sitio misterioso por donde salía el sol en los cielos espléndidos y sobre mares luminosos de Italia, conjuró á los príncipes, á

los cardenales, á los potentados reunidos alrededor suyo, para que fuesen á levantar el imperio griego, á extraer Constantinopla de su cautiverio, y á cumplir una cruzada por la basílica de Santa Sofía que fuera proemio de otra cruzada por la basílica del Santo Sepulcro y por la toma de Jerusalén. Cuentan que Augusto al morir, viendo tan admirablemente desempeñada por él en su imperio la comedia de su vida, gritó dirigiéndose á los circunstantes como el actor á los espectadores: «aplaudid.» El idéntico aplauso merecía este Papa, de una vida tan teatral y que muere en una escena tal como cruzada de teatro. Pues un hombre así, que había recorrido desde las fuentes del Danubio hasta la desembocadura del Rhin; que había estado en comercio continuo con los emperadores y con los Papas, secretario de uno y de otros; que había redactado las actas del Concilio de Basilea; que había departido en su palacio con los embajadores de Armenia y Persia como peleado con los mongoles y con los tártaros de Turquía, dejó considerables obras de un gran valor literario é histórico ahora comentadas por el ilustre catedrático de Pisa. Felicitemos á éste y felicitémonos de trabajo tan vital á la cultura europea.

II

Tras estas consideraciones, paréceme lo más natural del mundo que volvamos á la sede apostólica nuestros ojos y miremos el trabajo titánico de un Papa que inscribe, como los profetas de Miguel Angel, sus divinos apotegmas, inspirados por el cielo, en tablas de bronce, tan duraderas como el tiempo y parecidas á puertas triunfales abriendo el camino hacia la eternidad. Entre tantos esfuerzos divinos, entre tantas obras colosales, entre monumentos que arrancan de lo más hondo del mundo real y se dilatan en lo más etéreo y cerúleo de la

inmensidad, nada comparable á los cuidados puestos por León XIII para restituir al mundo cristiano su interior unidad y acercar á la Iglesia latina la mayor y de ella más cercana, entre todas las grandes personalidades religiosas, la Iglesia de Oriente. Hace ya mucho tiempo, en una de sus maravillosas Encíclicas, el Papa, que une á la fijeza incontrastable del pensamiento, enclavado en los centros de su alma como estrellas fijas en torno de las cuales mundos sin número circulan, la sabia lentitud del procedimiento y la ordenación regulada del método, encareció las excelencias de los magnos servicios prestados á la ciudad del Dios vivo por la raza helena, y conmemoró las glorias que comienzan en la isla de Patmos, donde San Juan enlaza el Evangelio de Cristo con el Verbo de Platón, y pasando por la grande Alejandria de San Clemente y Orígenes, así como por la inmortal Atenas y Corinto de San Pablo, se condensan, cual en bello núcleo de ideas eternas, en la Roma de Oriente, en la inspirada Constantinopla. Y no se ha limitado León XIII á meros votos abstractos y á meros deseos platónicos en materia de unión, resuelto al encarnamiento en la realidad y en la vida de teoremas conducentes á esta gran síntesis, ha reunido siempre que lo ha juzgado, en sus altas concepciones, oportuno, á los representantes de varias Iglesias, á fin de que, acercándose y viéndose, llegaran á convencerse del número de lazos que ciñen á los unos con los otros y á persuadirse del bien que habría en la unidad externa y tangible correspondiente con la indudable unidad teológica. Muy acertadamente congregó el Papa una especie de asamblea religiosa, esbozo de concilio, en la Ciudad Santa, donde siempre se ha guardado aquella idea, de la cual dimanaban el Viejo y el Nuevo Testamento con el Corán también, la idea del Dios personal y uno, creador y conservador del Universo, principio y fin de todas las cosas, desde cuyo seno venimos como las nubes del mar y á cuyos senos volveremos como al mar las aguas. Habíanse dividido los Apóstoles Pedro y Pablo en dos tendencias opuestas. El primero, más conser-

vador, deseaba que no pudiesen los neófitos penetrar en la Iglesia cristiana como no hubiesen pasado antes por la sinagoga judía, que no pudiesen recibir las linfas del bautismo como no hubieran sentido antes el dolor de la circuncisión, pues el Evangelio de Dios no será nunca otra cosa que una confirmación y un complemento de la Biblia de Dios. Pero Pablo, el Apóstol de los gentiles, no quería tales iniciaciones inútiles y sustentaba que, hallándose la revelación del Sinai contenida toda entera en la revelación del Calvario, había bastante con el bautismo para entrar en la Iglesia de Dios primero y después en el reino de los cielos. Muchas discusiones, que casi degeneraron en luchas, provinieron de estas disensiones, que, á la postre, se arreglaron en el primero de los Concilios, en el Concilio de Jerusalén. Antes de su reunión, aunque se hubiese inaugurado la edad del espíritu, la sangre de los animales corría sobre las aras vertida por los judíos recién convertidos al Cristianismo. Muchos ilusos semitas recelaban del ingreso de los idólatras en su templo, no comprendiendo que la ley de las venganzas era concluida y sobreveníá la nueva ley del amor. Como Cristo había reconciliado al hombre con Dios, la Iglesia debía reconciliar las razas con las razas, el género humano en sus diversas familias consigo mismo. Tales ideas, expresadas por San Pablo, difícilmente podrán ser admitidas por aquellos que creían, por su amor á la raza semítica y por su apego á la sinagoga judía, tener amayorazgada en sí la verdad como un hereditario vínculo. A tales creencias moviéronse hasta sublevaciones materiales, por creer los resistentes á la innovación que poner los gentiles al nivel de los hebreos era tanto como poner las aras de Júpiter al nivel de las aras de Jehová y levantar el trono de Satanás al nivel del trono de Dios. Tal divergencia dentro de la Iglesia no podía resolverse sino por la misma Iglesia. Y así, todos los labios pronunciaron la palabra «Concilio». Entonces, de los cuatro puntos del horizonte van á Jerusalén, como las semillas que arrastra en sus alas el viento, los

Apóstoles de la verdad, llevando las señales del martirio en sus frentes, corona más envidiable que todas las coronas de sus perseguidores y de sus tiranos; y en pos de los Apóstoles van nuevos sectarios, trofeos de sus victorias, más gloriosas que los trofeos de los conquistadores comprados á costa de mares de lágrimas y sangre; y la Iglesia universal se reúne con todos sus fieles; y los que acaban de sacrificar en los altares griegos y de adorar sus divinidades paganas; los que en el Asia Menor se han postrado de hinojos ante la naturaleza orgánica, ante los animales del campo; los sacerdotes de los mismos templos mosáicos que habían esperado la venida del Mesías en la centelleante nube del Sinai; los hombres manchados de sangre, que en el fondo de los umbreros bosques del viejo mundo habían abierto las entrañas de víctimas humanas, y las habían arrojado al pie del ara como ofrenda grata á sus bárbaras divinidades; allí, limpios todos de sus antiguas manchas, de sus abominaciones, asistidos por el espíritu celeste, soterran el dios-naturaleza, rompen sobre su sepulcro los hierros de las castas inferiores, erigen el Dios uno del espíritu, y bajo su poderosa protección juntan las inteligencias en una sola verdad, y los corazones en la ley divina del amor cristiano. Así, no podía León XIII haber elegido sitio más propio para unir las iglesias de Cristo que esta capital del mundo religioso, donde se completó con la unidad del Dios vivo guardado en su vieja sinagoga la unidad del género humano reconciliado consigo mismo en el Concilio de Jerusalén. Aunque había muchos cismáticos en tan grande asamblea eucarística, el Papa envió á un legado suyo tan digno como el arzobispo de Reims. Largamente discutieron entre sí los representantes de las diversas Iglesias cristianas allí reunidos; muchas sesiones celebraron; muchas aproximaciones sucedieron en las distancias que los apartan y dividen; pero ninguna resolución trascendió al público, y nada se pudo saber de los acuerdos, si los había, pero sí que reinó un espíritu de concordia, bajo cuyas alas, con auxilio del tiempo creador,

puede llegarse á términos de un pacto espiritual y temporal que justifique y robustezca el sentimiento cristiano, tan combatido por el pujante materialismo contemporáneo, contra el cual habrán de reunirse todas las almas y habrán de sumarse todas las fuerzas en una tan grande asociación como las primitivas Iglesias cristianas que tarde ó temprano se convertirán en Iglesia universal y una.

III

Por este mes de Octubre último convocó también el Papa en su Vaticano las eminencias más conspicuas y las prelacías mayores de aquellas Iglesias del Oriente que, separadas en ritos y liturgias de la Iglesia católica, están en sustancia con esta Iglesia unidas por las creencias en el dogma común y por la observancia de una sujeción constante al Supremo Pontífice. Yo estaba en Roma cuando se reunían en ella estos sacerdotes orientales, y puedo asegurar que me parecían, sobre aquel pavimento de ruinas, entre su intrincado laberinto de intercolumnios, rozando con las tumbas vacías y con las estatuas mutiladas, como personificaciones de ideas pertenecientes á esferas sobrenaturales, á las esferas donde vió Santo Tomás, según nos lo explica él mismo en la *Summa*, los seres beatíficos y angélicos que levantan á Dios sus ojos extáticos y ante Dios baten sus alas divinas dentro del Empíreo. En las manos, en los rostros, en los párpados larguísimos, en los ojos negros y profundos, en las barbas luengas, en el mirar melancólico, en los labios incoloros, en la tez morena mate y en la interior reconcentración de su pensamiento, veíase á primera vista el oriental sello y la marca fisiológica que delataban el indeleble origen asiático realzado por aquellas hopalandas semejantes á túnicas y aquellos sombreros semejantes

á tiaras que revestían de orientales ropajes unas formas y unos aspectos orientales también. León XIII no deja de su mano este grandioso empeño, sabiendo que Dios lo secundará por medio de un ministro tan eficaz en sus recursos y tan cumplidor de sus mandatos como el tiempo, de quien se vale siempre y para todo evento la divina providencia. Lo único, de que ha tenido cuidado en una empresa tan grandiosa nuestro venerable Pontífice, ha sido de aparecer como contrario á latinizar el helenismo y á que aparezca la firma del Pontificado sin respeto alguno á los griegos, cuando la unidad interior del tema y de la moral cabe dentro de la variedad permisible y aceptable del culto y de la liturgia. Y, con efecto, mucho se debe haber cuidado en las últimas conferencias, si atendemos á lo mucho que se agita el mundo griego con los relatos de las sesiones, en que los Prelados de la Iglesia oriental, unida siempre á Roma, deliberán sobre los medios de acercar al mundo romano sus cleros y sus institutos afines. Hay que subir al origen de todas estas cuestiones para saber cuántos obstáculos se levantan entre las Iglesias. Los latinos han estado más dispuestos siempre á transigir con los griegos que los griegos con los latinos. Para la gente helénica su Iglesia se inspira en los primitivos tiempos del Cristianismo, por tener su gobierno carácter esencialmente republicano y gozar sus patriarcas de autoridad meramente honoraria en sus hermandades muy estrechas de Obispos estrechamente unidos. Allí, los Concilios ecuménicos han regulado el dogma; y los sínodos, parlamentos de menor cuantía, han regulado la disciplina.

Los motivos principales de la ruptura entre Oriente y Occidente fueron: 1.º, la oposición eterna del espíritu griego con el espíritu romano; 2.º, la supremacía disputada de antiguo entre los Pontífices de Roma y los patriarcas de Constantinopla; 3.º, el dogma de la procedencia del Espíritu Santo que, según los griegos, proviene tan solo del Padre, y según los latinos, del Padre y del Hijo; 4.º, el culto á las imágenes, durante cierto tiempo entre los orientales prohibido, lo cual dió

á la terrible guerra de los iconoclastas ocasión; 5.º, la naturaleza de las penas del purgatorio; 6.º, la calidad del pan ázimo para la Comunión; 7.º, el nacimiento de ese Imperio occidental con los Carlovingios, en el que vieron siempre los griegos un desacato á la memoria de Constantino y á su sacra herencia. ¡Ah! Las contradicciones arraigaban allí con tal profundidad, que cuantas tentativas se hicieron para llegar á la unión resultaron fallidas; y ni las dos conquistas de Constantinopla en el siglo XIII por los latinos y en el siglo XV por los turcos, lograron restablecer la unidad, falta de bases, allá donde únicamente podía ésta fundarse, allá en la conciencia. Así es que, á mediados del siglo XV, en la ciudad por excelencia del arte, sobre las orillas del Arno, los representantes de la Iglesia latina y de la Iglesia griega se reunieron en el mismo Concilio y llegaron á común acuerdo en doctrina y símbolo. Los tiempos del Evangelio renacían, la unidad del espíritu humano se fundaba, el espíritu griego y el espíritu latino se confundían, cuando al llegar á Constantinopla, envanecidos con su triunfo los prelados orientales, encontráronse tristemente con que rechazaba el pueblo las avenencias por ellos convenidas y prefería en sus angustias caer bajo la cimitarra de los turcos á entrar en pacto alguna con los latinos. Algún prelado griego al ver tanta ceguera, cuando arreciaba de un modo tan extremo el peligro, abandonó la concordia rechazada del pueblo, pero murió al pie de los altares. Pensador de un grande aliento, León XIII, viendo cómo á sus fuerzas nada está vedado y de su alcance nada está lejos dentro del ministerio que desempeña sobre la tierra, se ha propuesto allanar el camino á la unión que podrá comenzarse tan sólo en este nuestro tiempo, pero que habrá de concluirse por fuerza en los futuros tiempos. Así como la Iglesia griega repugnó el culto á las imágenes un día y luego lo aceptó, hará lo mismo respecto de otros principios, en qué funda su disidencia con los latinos. Un Jesuíta, por consecuencia un ortodoxo de marca mayor, el célebre Gagarni, dice que persuadidos en Rusia

los espíritus á la seguridad completa de que no puede ni debe confundirse con los dogmas los ritos y de que llegara el Catolicismo á concederles la comunión bajo las dos especies, iránse con grande celeridad á una concordia que necesitan los pueblos para granjearse nuevos elementos de paz universal.

IV

Nos hemos entretenido demasiado en otros asuntos, y apenas queda tiempo de recorrer Europa, é ir mirando las cuestiones en Europa hoy predominantes, que va imponiendo la inflexible lógica de los hechos y presentando la corriente perpétua de los espíritus. Mal síntoma del estado de Portugal, esos desórdenes continuos del Parlamento y esas violentísimas clausuras que siguen á los desórdenes. Para cosa ninguna se necesita poseer un ánimo sereno capaz del dominio de si mismo y sojuzgar con la soberana voluntad los nervios propensos á descomponerse, como para la política, donde no puede faltar la circunspección que contempla cuanto acaece por todas partes en torno de uno con mirada reflexiva y el valor paciente y frío, más difícil, mucho más difícil, que la violencia y el coraje. Si las agrupaciones parlamentarias portuguesas han perdido la calma y el gobierno también, mal pecado de éste y mal trance de la nación, pues á los vértigos de las alturas corresponden siempre, por una inflexible ley natural, el desorden y la indisciplina en lo profundo. Algunas medidas, tomadas con poca premeditación respecto de las cámaras mercantiles, han determinado las violencias parlamentarias y estas violencias la violentísima clausura. En España también se agita el Parlamento algo, pero en la superficie, pues tranquilo como nunca está el fondo de las almas. Resueltas las cuestiones políticas con el ejercicio de los derechos indi-

viduales y del sufragio universal, no hay más que cuestiones económicas, las cuales se resolverán á una con acierto, si el país quiere poner en hallarse desahogado y rico, el empeño puesto en hallarse soberano y libre. No veo tan despejado el horizonte de Francia como el horizontede España y mentiría si no dijese como, después de mi patria, la nación que más en el mundo me interesa, es Francia, por llevar en sí el depósito sagrado de los principios y de los intereses capitales concernientes á la democracia universal. Así, veo con tristeza como va engolfándose poco á poco en los senos tormentosos de la política colonial, que le hace distraer sus fuerzas y malgastar sus caudales, cuando en concentrar las unas y aumentar los otros estaria el toque de su robustez y salud. Quince mil hombres de sus tropas y setenta millones de sus arcas no los vale, no, Madagascar, aunque la rodeen mares de India, y la coronen bosques de sándalo, y la borden flores de liana, y la perfumen aromas de canela, y lleguen al cielo sus montes atravesados por cataratas como á las entrañas profundas del planeta sus metales ricos y sus piedras preciosas, pues aparte algunas regiones valiosas, como porejemplo la magnífica bahía de Diego Suárez, y algunas planicies como las altas del Norte, muy sanas y muy hermosas, al resto de la isla se le llama, desde que la descubrió un ibero, triste cementerio de los soldados y de los colonos europeos. Pero, mientras en Francia se desarrolla esta política colonial, en Alemania se cambia la política interior. Creíamos que todo le sonreía en el mundo al canciller Caprivi. Sus prácticas de libertad ó tolerancia, por tal modo habían dado cuenta de las asociaciones comunistas, que la división penetraba en sus senos y los discípulos rehusaban el presupuesto con la lista civil de los maestros, saltando pugnas interiores entre todos ellos como la del prusiano Bebel con el bávaro Volmar, y yéndose hacia las teorías anarquistas las muchedumbres fascinadas por el genio de Lasalle y mantenidas por el trabajo de sus continuadores y herederos en las teorías colectivistas de Marx, y á tanta felici-

dad en la política interna uníase otra felicidad no menos positiva en la política exterior. Por medio del tratado con Rusia, Caprivi, ayudado de las intransigencias mercantiles del ciego Méline, había separado á esta potencia un poco de Francia y atraído á ciertos liberales, muy pagados de que la nobleza rural y reaccionaria hubiese roto en guerra violentísima con el canciller y con el emperador. Pues en medio de tales triunfos le sorprende súbita desgracia cayendo sobre su frente, como los rayos bíblicos sobre los tiranos caldeos. Yo pregunto si un imperio, á cambio de la libertad que quita, no puede darnos en justa compensación la estabilidad que puede darnos un imperio. Donde no imperan las arbitrariedades múltiples de una voluntad personal, imperan los acasos de la muerte y los caprichos de la herencia. Reinaba un emperador esclavón en Rusia, el cual tenía por compañera una emperatriz danesa; y ahora reina un emperador casi occidental, como llaman á los liberales allí, que tiene por compañera una emperatriz casi británica. Así, toda la orientación de la política rusa dirigíase hacia Francia en tiempo de Alejandro III, y toda la orientación de la política rusa se dirigirá en tiempo de Nicolás II hacia Inglaterra. Y ¿cuándo? Cuando por una desgracia increíble, desde las altísimas sedes del gobierno inglés hablan unos de Azincourt, combate reñidísimo, en que triunfó Enrique V de los franceses; y desde las altísimas tribunas del Parlamento francés hablan otros de las conquistas llevadas á cabo en Inglaterra por los hijos de Normandía. No parece, pues, cosa de poco precio el desvío ruso de Francia y su propensión á Inglaterra. Lo cierto es que le designaban dos novias, ó dos prometidas, á Nicolás, cuando ejercía de príncipe heredero: la hija del príncipe Montenegro y la hija del duque de Hesse, criada la una en aquellas regiones ásperas de Oriente que diera héroes y mártires á los eslavos del Mediodía, y criada la otra en aquellas regiones centrales de Alemania que dieran reyes y dinastías á Inglaterra; recuerdo la una del monarca que vive con los rifles al ojo y los yagatanes al cinto contra Turquía, y recuerdo la otra de una reina,

cabeza y personificación de la potencia más amiga de Turquía que hay en el mundo. Por fortuna, las inclinaciones del Gobierno inglés á la democracia y á los demócratas aparecen cada día mayores á causa de las resistencias ciegas opuestas por los nobles desde su Senado á las justas reivindicaciones del elemento democrático en materias como el indispensable gobierno de Irlanda por sí misma. Los últimos discursos de Rosbery no dejan duda de ningún género á este respecto. Los lores, que se habían resignado en los últimos tiempos á un papel puramente decorativo y de corte, poniendo sus nombres de gran brillo en torno de los Hannovers, que representan el Parlamento y el protestantismo, vencedores de los Estuardos, católicos y reaccionarios, no se resignaban á este papel, un poco insignificante, y han recogido el veto, que se había deslizado del puño de la reina; pero al recoger el veto, la perla del cetro, han desencadenado en torno suyo la más espantosa tempestad. No pueden contrastarse, no, las grandes corrientes del humano progreso.

EMILIO CASTELAR.

LA LITERATURA

CASTELLANA Y PORTUGUESA

(CONTINUACIÓN)

De aquí que en la primera parte del poema se nos muestra el Cid profundamente abatido por el inmerecido destierro y separación de aquellos á quienes ama, pero no desesperado en la desgracia como si fuera una mujer, emprendedor y victorioso en rudas luchas con moros y cristianos, y como audaz creador de su propia felicidad y fortuna por la heroica conquista de Valencia, pero siempre magnánimo con los vencidos y fiel hacia su injusto señor, y concluye con el honroso casamiento de las hijas del Cid con los infantes de la noble casa de los condes de Carrión, casamiento á que accedió tan sólo por obediencia á su «señor y rey natural», cumpliendo el mayor sacrificio de la lealtad de un vasallo por esta renuncia de su propia voluntad en lo referente al más importante suceso, y todo ello por cumplir el deseo de su rey con quien aún no se había reconciliado (1). Pero el poeta mismo indica lo que ha de venir al exclamar en los versos finales de esta parte (v. 2.285-2.286):

(1) Esto lo repite el poeta muy expresivamente en los versos 2.204-2.214. Hace también que el Cid dude del resultado feliz de este enlace y que mantenga su promesa con pesar y no sin remordimiento, por ejemplo, 2.142-2.144y 2.231-2.234, después de haber buscado en vano pretextos para disuadir de ello al rey (v. 2.091-2.094). Puesto que una reconciliación del Cid con el rey Alfonso después de la conquista de Valencia y un enlace de sus

Ques' page d' es' casamiento mio Cid ó el que lo ovo en algo,
Las coplas deste cantar aquis' van acabando.

La segunda parte trata casi exclusivamente de las hijas del Cid. Muéstrase que no le han engañado al Cid sus presentimientos, pues los infantes de Carrión se portan tan cobardemente, que se convierten en objeto de burla de los vasallos de su suegro. Para escapar de esta vergüenza solicitan del Cid permiso para poder irse con sus esposas á sus haciendas. El Cid accede de mala gana á sus deseos y la separación es igualmente penosa para los padres y para las hijas:

El padre con las fijas loran de corazon.

Les da á su sobrino, Felez Muñoz, por acompañante, encargándole muy expresivamente que cuide bien de ellas. No era en vano este cuidado; pues los infantes, tan traidora como cobardemente, deciden vengar la injuria, que tan merecida habían tenido, en sus inocentes esposas. Hallan por fin ocasión; llegados á un bosque solitario se retiran por su mandado los acompañantes y se quedan solos con sus mujeres. Entonces les arrancan los vestidos del cuerpo, las azotan sin piedad con las cinchas de sus caballos, de tal modo, que les corre la sangre de todas las heridas y las dejan por muertas para que sirvan de botín á las fieras. Así creen haber injuriado y herido del modo más cruel al Cid en su propia sangre. De esta pena y esta afrenta, sin embargo, había de provenir mayor honra á su linaje. Pues el fiel Felez Muñoz concibe sospechas por tan larga tardanza, y cuando ve á los infantes, que sin notarle se van

hijas con los infantes de Carrión son cosas en parte contradichas por la historia auténtica y en parte improbables, se debe casi suponer que el poeta ha alterado adrede la posición de los sucesos, é inventado la aventura con los infantes, ó si es que la halló ya en los romances (*), ha preferido la leyenda á la historia, no pudiendo hallar ordenación ni elección más felices para su fin.

(*) Apenas hay que advertir hoy que carece de todo fundamento sólido la hipótesis de haber existido romances anteriores al *Poema del Cid*. Pero este error incidental en nada perjudica al mérito de éste hermoso análisis de Wolf.—(M. y P.)

solos, se apresura á volver y halla á sus primas en el más lastimoso estado. Consigue volverlas á la vida, y confortándolas con palabras animosas las reanima hasta que las pone en estado de emprender la vuelta al hogar sobre su caballo. Las conduce así hasta Santesteban, donde se quedan hasta que se reponen del todo, y desde donde envían á su padre, gravemente ofendido, un mensajero fiel. Cuando el Cid oye esto:

Una grand ora pensó é comidió:
 Alzó la su mano, á la barba se tomó:
 —Grado á Christus que del mundo es Señor:
 Quando tal ondra me han dada los infantes de Carrion.
 Por aquesta barba que nadí non mesó,
 Non la lograrán los infantes de Carrion;
 Que á mis fijas bien las casaré yo.

Envía al punto á sus vasallos más fieles y honrados, al bueno de Minaya Alvar Fáñez, al bravo Pero Bermuez y á Martín Antolínez, «el burgalés de pro» con doscientos caballeros á Santesteban, para que conduzcan á sus hijas á Valencia. A éstas les da gran placer el ver la fiel compañía de armas de su padre, y Pero Bermuez las consuela:

Buen casamiento perdiestes, mejor podredes ganar.

Casi olvidan todo pesar, cuando llegan á Valencia, caen en brazos de su padre:

Mio Cid á sus fijas ybalas abrazar.
 —Besandolas á amas tornós' de sonrrisar.
 —Venides, mis fijas, Dios vos cudie de mal.
 Hyo tomé el casamiento, mas non osé decir al.
 Llega al Criador que en el cielo está,
 Que vos vea mejor casadas daquí en adelant.

Pero por el placer de volverse á ver no se olvida la venganza contra los desleales traidores. Sin embargo, no procura apaciguarlas tomándose la justicia por su mano aquel héroe, aunque ofendido profundamente en su punto más sensible, moderado todavía. Se coloca en el camino de la ley volviéndose á su rey, pues

—Como yo só su vasallo, é él es mio Señor
 Desta desondra que han fecho los Infantes de Carrion,
 Quel pese al buen Rey dalma é de corazon.
 El casó mis fixas ca non gelas di yo.
 Quando las han dexadas á grant desonor,
 Si desondra y cabe alguna contra nos,
 La poca é la grant toda es de mio Señor

 Adugame los á Vistas, ó á Juntas, ó á Cortes.

Concede esto último el rey, y convoca Cortes en Toledo. Este es el punto brillante del poema, puesto que aquí se muestra en toda su grandeza la fama del Cid, y por un honroso enlace, que supera á todas sus esperanzas, ennoblece su linaje de tal modo que se llenan sus más ardientes deseos y humilla á sus enemigos y envidiosos. Los infantes de Carrión, aunque procuraron en vano escapar al riguroso mandato del rey, concurren con sus parientes, el conde Don García Ordóñez, el enemigo más poderoso é irreconciliable del Cid. Se reúne el jurado de los condes más notables y de los infanzones del reino, con el rey mismo á su cabeza; comparece allí el «en buen hora nacido» con una escogida tropa de cien de sus más bravos parciales para mantener su buen derecho.

Todos, excepción hecha de sus enemigos, le reciben con grandes muestras de respeto:

A grant' ondra lo reciben al que en buen ora nació.

Ante todo pide el Cid le devuelvan sus dos espadas, Colada y Tizón, que había regalado á los infantes el día de la boda, y que ellos habían deshonorado con su cobardía. Esto no puede serle rehusado. Tras de esto desea el Cid que le restituyan los trescientos marcos de plata que dió como dote á sus hijas. Aún se prestan á ello los infantes. Pero cuando demanda el Cid satisfacción por la ofensa á su honor y la injuria á sus hijas, éste no se deja restituir como las armas y el dinero, éste sólo puede hacerse bueno mediante un juicio de Dios en una lucha á vida ó muerte, tan sólo por la sangre de los ofensores. En este

punto se alza el conde García, y con osada burla afirma que habían obrado con derecho los condes de Carrión al abandonar á las hijas del Cid, pues

Los de Carrion son de natural tal:
 Non gelas debien querer sus fijas por barraganas
 O quien gelas diera por pareias ó por veladas.

Los mismos Infantes repiten:

De natura somos Condes de Carrion:
 Debimos casar con fijas de Reyes ó de Emperadores:
 Ca non pertenecien fijas de Infanzones:

Y:

De natura somos de los Condes más limpios:
 Estos casamientos non fusen aparecidos
 Por consograr con Mio Cid Don Rodrigo.

.....
 Que porque las dexamos ondrados somos nos.

El Cid mismo no se digna contestar á tan osada burla á su honor, sino que deja que acudan á ello y les provoquen y castiguen su mentira sus hombres, los cuales contestan á la ironía de los infantes echándoles en cara su vergonzosa cobardía y su traición. El rey pone fin á esta disputa mutua mandándoles callar y ordenando el combate del juicio de Dios. Mas antes aún de que terminara este combate debía restituirse á todo su esplendor la honra del Cid y la de sus hijas de una manera sorprendente y que excedía á todo lo esperado, pues en aquel momento se presentan en la asamblea enviados de los infantes de Navarra y de Aragón diciendo que sus señores desean para esposas á las hijas del Cid. Vese entonces éste en el término de sus esfuerzos y satisfechas con exceso sus más osadas esperanzas, porque su linaje, no sólo llegará á ponerse mediante esta proposición al igual de los primeros del reino, sino elevado sobre todos, y de su sangre brotarán en adelante reyes. Esta es la más dulce venganza por la afrenta padecida y la mayor humillación al intemperante orgullo de los condes de Carrión. Pero aun á este enlace, aunque tan conforme á los

deseos de su corazón, no accede hasta que su rey y señor lo haya tomado á bien y considerado como bueno. Entonces, en el exceso del gozo, no puede contenerse su fiel Minaya Alvar Fáñez de pagar en la misma moneda á los infantes de Carrión, antes tan engreídos y ahora tan avergonzados, la burla que habían hecho, y les increpa diciéndoles:

De natura sodes de los de Vani Gomez,
 Onde salien Condes de prez é de valor;
 Mas bien sabemos las mañas que ellos han:
 Esto gradesco yo al Criador,
 Quando piden mis primas Don Elvira é Doña Sol
 Los Infantes de Navarra é de Aragon,
 Antes las habiedes pareias pora en brazos las tener,
 Agora besaredes sus manos e lamar las edes Señoras:
 Averlas tedes á servir mal que vos pese á vos;
 Grado á Dios del Cielo é aquel Rey Don Alfons.
 Así crece la ondra á Mio Cid el Campeador.

Pero no termina la lucha con esta agradable interrupción, pues todavía queda por limpiar la honra del Cid por medio del juicio de Dios. El rey quiere diferirlo para el día siguiente; pero los infantes desean una tregua de tres semanas para poder aprestarse convenientemente. Mas el Cid no puede permanecer tanto tiempo ausente de Valencia, y deja sus tres caballeros en rehenes al rey. Pasadas las tres semanas se efectúa el combate en la llanura de Carrión, bajo la presidencia del rey. Los infantes son vencidos completamente por Asur González y los combatientes del Cid, y se envía á éste á Valencia tan grato mensaje. Grande es la alegría que provoca éste en Valencia, y el Cid, alcanzado ya el término de sus anhelos, exclama dando gracias al Creador:

Grado al Rey del Cielo, mis fijas vengadas son.
 Agora las hayas quitas heredades de Carrion,
 Sin vergüenza las casaré, ó aquí pese ó aquí non.

Ahora se lleva á cabo el matrimonio de sus hijas con los infantes de Navarra y Aragón, y el poeta vuelve á poner de manifiesto la tendencia principal de su poema, que es mostrar á qué honor tan levantado elevó el Cid su linaje por medio de sus

celebradas hazañas, para lo cual el primer matrimonio, aunque honroso y desgraciado, sirvió como de talco que hiciera resaltar el segundo, mucho más brillante que aquél. Así dice el autor:

Los primeros (casamientos) fueron grandes, mas aquestos son miiiores
 A maior ondra las casa que lo que primero fué.
 Ved qual ondra crece al que en buen ora nació,
 Quando Señoras son sus fijas de Navarra y de Aragón,
 Hoy los Reyes de España sus parientes son.
 A todas alcanza ondra por el que en buen ora nació.

Y tan sólo un par de palabras dedica á la muerte de su héroe.

Se ha considerar, por lo tanto, la exposición de toda la primera parte de la vida heroica del Cid, desde su destierro hasta la conquista de Valencia, su reconciliación con el rey y el enlace, á que tan sólo accedió por obedecer al mandato de éste, de sus hijas con los infantes de Carrión, todo lo cual contiene la primera parte del poema, propiamente como una introducción de la segunda parte. En ésta es donde el poeta desenvuelve su intento principal con un efecto que cada vez va subiendo de punto, casi dramático, mostrándonos como de la humillación que intentan inferir al Cid en un principio sus enemigos y envidiosos, brota al fin y al cabo su fama y la honra de su linaje, puesto que los hijos mismos de los reyes se estiman honrados si pueden emparentar con el fidelísimo é invicto Campeador, y de esta manera alcanza éste por su propio mérito lo que el poeta supone término principal de los esfuerzos de su héroe.

¿Puede decirse que sea esto narrar á la manera de las crónicas? ¿Acaso este poema no es algo más que una «historia rimada», ni su autor más que un «simple rimador»? ¿Se le puede negar, efectivamente, una circunspecta elección de los sucesos, una efectiva ordenación de los mismos, tacto de poeta, en una palabra, «rastros de propia inventiva»? Y aun

cuando el asunto todo se hallara ya en los romances (1), ¿no está acaso tratado en el *Poema* desde un punto de vista especial y reducido á unidad poética? Compárese una vez más el conocido *Romancero del Cid* con el *Poema*, y se hallará que, aunque tienen el mismo objeto, nos lo presentan, sin embargo, desde distintos puntos de vista. En el *Romancero*, el objeto principal es la vida misma del Cid en sí y por sí, desde su nacimiento hasta su muerte, y todo lo restante, no tiene sentido sino en relación á ella, la aventura con los infantes de Carrión no pasa de ser un mero episodio, y el segundo casamiento de las hijas del héroe con los infantes de Navarra y Aragón es cosa que queda relegada por completo á segundo término. ¡Cuán otra cosa sucede en el *Poema*! En éste todo aparece, como me parece haberlo demostrado hasta la saciedad, en relación al honroso enlace de las hijas del Cid y el ennoblecimiento de su linaje que de esto resulta; el héroe mismo es sin duda alguna el protagonista, pero toda su acción aparece como subordinada á aquel fin. Y ahora bien; ¿puede seguirse afirmando que «lo que contiene de poesía el *Poema*, no sea más que consecuencia natural en parte del sentido poético de la nación, y en parte del interés íntimo del asunto?»

Pero aún hay más, y es que hasta en la concepción y exposición del carácter del héroe mismo hallamos ya una notable diferencia de contenido en los antiguos romances populares auténticos. En éstos aparece el Cid nada más que como «hijo de sus obras», en algunos como bastardo, en otros como hijo de un molinero; en los más como un descendiente del antiguo linaje de los jueces Lain Calvo y Nuño Rasura, que según la leyenda, figuraban á la cabeza del gobierno semipatriarcal, semirepublicano de Castilla; después se convierte por sus obras en hombre rico y señor poderoso (Cid), en un *rico hombre* orgulloso de su independencia, que no se humilla ante

(1) No hay la menor prueba, ni indicio siquiera de que existiesen.—
(M. y P.)

su rey, que toma á mal á su padre el que le lleve á la corte á besar á aquél la mano, pero que se envanece de apoyarle á su propia costa con sólo que le dé libre voluntad, etc. (1). La misma *Crónica rimada*, editada por el Sr. Francisque Michel, recientemente descubierta y que tan alto valor tiene á causa del poema respecto al Cid que contiene, se mantiene mucho más fiel á este carácter del Cid, el genuino representante de la antigua *rica hombría* castellana, que el más antiguo poema, en el cual lo importante reposa en la lealtad del héroe, en la adhesión que conserva al rey, á pesar de todos los desaires que de éste recibió, y en la recompensa que por esto consigue de emparentar su linaje con linaje real, en una palabra, aquí no es el Cid propiamente un legítimo español, sino más bien uno de aquellos franceses en traje caballeresco feudal de los que, favorecidos por los Alfonsos VI y VII (precisamente el *buen Emperador* del Poema), fueron adquiriendo cada vez más derecho de ciudadanía en Castilla. Así es que, como más adelante habremos de notar, no tan sólo en la forma, sino que hasta en las costumbres y la característica, lleva el poema la traza de la influencia extraña, francesa, y hasta el nombre mismo que se da á sí propio, *Cantar de gesta*, nos indica sus modelos, las *Chansons de geste*. Punto es este que no puede pasarse por alto en la historia del génesis de la poesía artístico-castellana.

Volvamos á las particulares bellezas del poema, que han sido ya puestas en relieve por otros. No es lo característico aquí producto alguno de la abstracción y la reflexión, sino imitación

(1) Uno de los más notables rasgos de esta clase es el narrado por la *Crónica general* (Valladolid, 1604, fol. 233) y la *Crónica del Cid* (cap. cx), de cómo el Cid, al rey Alfonso, que se ha reconciliado con él, promete su vuelta á Castilla, á condición de que conserve y acreciente á los hidalgos sus privilegios y á las ciudades sus fueros y no imponga nuevos tributos, añadiendo como amenaza, que en el caso de no hacerlo el rey, no guardaría él su palabra: «*Si non, que se le podiese alzar toda la tierra por esta fasta que gelo emendase.*» Este rasgo está tomado sin duda de la leyenda y de los antiguos romances populares, y caracteriza al Cid como verdadero héroe popular y propugnador de las libertades nacionales.

inconsciente de la Naturaleza, y, por lo tanto, más verdadero y comprensible. Se ve aparecer al Campeador de Vivar, barbudo, leal, sin que se deje notar en el poeta intento alguno de descripción artística; y precisamente por la íntima verdad y naturalidad profunda de una exposición falta de todo artificio, nace la convicción de que así se presentaba y así obraba el héroe. Hasta las figuras secundarias están dibujadas con pocos rasgos, pero con eficacia; no son virtudes ni vicios personificados, sino hombres de carne y sangre, como, por ejemplo, su esposa Ximena, afecta á su marido, no sólo con amor, sino honrándolo de verdad, y tenida por éste como *mujier de peso, que vale algo*; Ximena, caracterizada como tierna madre con un par de palabras (v. 2.610-2.611); sus hijas tan incondicionadamente sumisas y tan altaneras, sin embargo (v. 2.735-2.743); el belicoso obispo Jerónimo; el tan prudente como valeroso Minaya, comparable al maese Hildebrando de nuestras leyendas heroicas; Pero Bermúdez, corto en palabras, pero contundente (v. 3.319-3.324). ¡Cuán corta, y, sin embargo, cuán expresiva es la descripción de Asur González, que entra insultando en la reunión de los principales del reino, enardecido y trastornado por un almuerzo opíparo! (V. 3.385-3.400.) Etc., etc.

La exposición es, tomada en su totalidad, sencilla y cordial, á menudo ingenua y enérgica (1). Las palabras y frases que constantemente se repiten para designar los mismos objetos y los muchos epítetos, casi siempre pintorescos (comp. Diez en el *Jahrb. f. wissensch. kritik.*, 1831. Juli, núm. 20. Sp., 154),

(1) ¡Qué concisión y fuerza en expresiones, como, por ejemplo, *Lengua sin manos, Boca sin verdad, Varón que tanto callas!* Pero lo que no comprendo es cómo Sismondi (pág. 40) pudo hallar en esta exposición rastros de origen arábigo (el mismo Wachler: *Handb. d. Gesch. d. lib. Frankfurt.*, 1823, thl. II, pág. 178, tan circunspecto otras veces, llama á esta exposición, tal vez extraviado por Sismondi, «á menudo arabizante»), pues los ejemplos que aduce lo mismo pueden denunciar un origen chino. Ya Federico de Schlegel (Obras: tomo I, pág. 318), hizo notar muy acertadamente que no se halla en todo el poema rastro alguno de gusto que se acueste á lo maravilloso y fabuloso oriental.

nos recuerdan la epopeya griega. La forma del diálogo, usada tan á menudo, da al relato no pocas veces vivacidad dramática. Tampoco carece de situaciones y cuadros muy felices; como conmovedor, por ejemplo, la entrada del poema; como sencillos, la despedida del Cid, de su familia y la de los padres de sus hijas; como vivo y que parece saltar á los ojos, la descripción de la lucha con los moros y con el conde de Barcelona: no deja de producir efecto cómico el relato de la superchería de que fueron víctimas los previsores judíos Rachel y Vidas; pero donde el autor ha echado el resto es en la magistral descripción de las Cortes de Toledo y del combate decisivo en Carrión, y la introducción de los enviados de Navarra y Aragón está traída con gran efecto.

No es este lugar para juzgar el valor del poema respecto á la historia y la topografía; pero aunque tengamos que conformarnos con el profundo crítico Huber, que aún más decididamente que Juan de Müller, niega al *Poema* todo valor como testimonio histórico abonado (1), no puede negarse que es una rica fuente para el conocimiento de las costumbres y del modo de ser caballeresco de la Vieja Castilla.

Por lo que respecta al lenguaje del poema, es éste todavía muy poco flexible, faltándole las necesarias formas y palabras de enlace para expresar un pensamiento con claridad y precisión; se ve en seguida que hacía aún poco que se había separado de un modo preciso de su lengua madre, y que no hacía sino empezar á formarse como lengua escrita independiente. Pero precisamente por esto es mayor el mérito del poeta, que con un órgano tan rudo é imperfecto ha llevado á cabo labor tan notable, teniendo que vencer sin duda alguna no pequeñas dificultades. ¡Cuánto no le aventajaban en esto los cantores de la *Ilíada* y la *Odisea*, que disponían de una lengua sonora y

(1) Aunque puede objetarse mucho á la prueba meramente negativa de Risco y Huber, sacada del silencio de sus fuentes (comp. la ya citada crítica de Enk y *Foreign Review and continental Miscellany*, núm. 8.º, página 442).

ya formada! La forma métrica del *Poema* es también muy ruda, y notable el esfuerzo que en éste se nota por dividir en dos los versos, que simplemente por esto han sido tenidos por alejandrinos, aun cuando no tienen número determinado de sílabas (oscila entre diez y quince y á veces veinte), bien que mucho de esta indeterminación haya de achacarse al copista. Además, la rima, mediante la cual enlaza el poeta á voluntad un número mayor ó menor de versos, y el paso de la misma á la *asonancia*, que aquí aparece todavía en la forma de la rima *por necesidad imperfecta*, no puede confundirse con la trabajada más tarde, que fué producto de una regla seguida con conciencia. Respecto á la métrica tiene en general el *Poema* una grande semejanza con los más antiguos poemas provenzales, que pudieron muy bien haberle servido de modelos (1).

De las formas de lenguaje y métricas del poema, comparadas con las de las obras de Gonzalo de Berceo, que es cosa sabida vivió á principios del siglo XIII, deduce Sánchez su elevada antigüedad, y cree que puede ponerse la fecha de su composición hacia mediados del siglo XII. En esto está conteste con él Capmany, y ciertamente el juicio de dos lingüistas tan eruditos es de gran peso. En el poema mismo hay dos pasajes que pueden darnos alguna indicación respecto á la fecha de su composición, y son el uno (v. 3013-3014).

El conde D. Anrrich, é el conde Don Remond;
Aqueste fué padre del buen Emperador.

Este «*buen Emperador*» era Alfonso VII de Castilla, el cual

(1) Comp. Diez: *La Poesía de los Trovadores*, pág. 223; y sus *Altromanische Sprachdenkmale* (Bonn, 1846. 8. S. 107) y el trabajo de Raynouard acerca del *Roman* de Fierabrás en el *Journal des Savans*, 1831, pág. 135-136) —Lo arriba indicado se encontrará más desenvuelto en el apéndice acerca de la poesía de los romances.—También en las formas de lenguaje se aproxima á menudo el *Poema* tanto al catalán que Damas Hinard, no sin fundamento, pone el país en que fué escrito en la parte de Castilla la Vieja que limita con el condado de Barcelona ó con el reino de Valencia (l. c., página 16).

recibió este título de Emperador de España en 1135, y era hijo del conde Raimundo también llamado Ramón de Borgoña. De modo y manera que el poema no pudo haber sido compuesto antes de este año (1).

El segundo pasaje es el famoso y muy discutido: (v. 3735)

Hoy los reyes de España sus parientes son.

Este «*hoy* son los reyes de España parientes del Cid» sólo pudo decirlo el poeta cuando, si no todas, por lo menos las más (2) de las familias reales que entonces mandaban en España ó eran descendientes inmediatas del Cid ó habían emparentado su linaje con el de éste mediante enlaces matrimoniales. Una de las hijas del Cid, doña María Sol, estaba casada con Ramón Berenguer III, conde de Barcelona, y la única hija nacida de este matrimonio no dejó heredero alguno á su marido, el conde de Besalú, extinguiéndose así con ella el linaje del Cid en esta línea.

(1) Como Alfonso murió el año 1157 cree Sánchez que el poema fué compuesto después de este año, pues dice (l. c. t. II, pág. 1): «Este Emperador murió el año de 1157. Y aunque el haberle nombrado no es prueba cierta de que ya hubiese muerto, parece lo más verosímil según el modo con que se explica el poeta. Creo, pues, que debe éste colocarse después del año 1157 y antes del 1200 en que ya vivía D. Gonzalo de Berceo.» Pero no creo que de la manera como el poeta cita al Emperador se haya de deducir esto; porque el decir sencillamente: este (el conde Ramón) fué el padre del buen Emperador pudo muy bien ser dicho en tiempo de Alfonso, como concede el mismo Sánchez.

(2) Que con esto de «Reyes de España» no se debe entender *todos* los reyes de España, lo cual no va implicado en la expresión tomada gramaticalmente, como supone D. Rafael Floranes (en Risco, pág. 69) es cosa que ha refutado suficientemente Huber (l. c., pág. XXIX.)

FERNANDO WOLF.

(Se continuará.)

OBRAS NUEVAS

- Abela (E.)—Epítome de cosmografía y geografía física. En 8.º, 175 páginas: 3 pesetas.
- Alcover (J.)—Poemas y armonías. En 12.º, 139 páginas con grabados: 2 pesetas.
- Barreiro Meiro (J.)—Armonías jurídicas. En 4.º mayor, 62 páginas: 1 peseta.
- Blanco y Sánchez (R.)—Lengua castellana. Arte de la lectura (teoría). En 4.º, 435 páginas: 4 pesetas.
- Bolea y Sintas (M.)—Descripción histórica de la Catedral de Málaga. En 4.º, xviii-380 páginas: 4 pesetas.
- Canalejo y Soler (J.)—Manual práctico de fotografía. En 8.º mayor, 264 páginas: 3 pesetas.
- Cañal (C.)—Sevilla prehistórica: yacimientos prehistóricos de la provincia de Sevilla. Con 130 fotograbados y un mapa. En 4.º, x-224 páginas: 10 pesetas.
- Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar.—Segunda serie, tomo VIII.—II. «De los pleitos de Colón». En 4.º, xv-464 páginas. Encartonado: 12,50 pesetas.
- Comenge (R.)—Cuestiones filipinas. Primera parte. Los Chinos (Estudio social y político). En 8.º mayor, 470 páginas: 10 pesetas.
- Costa (J.)—De los fideicomisos de confianza y sus relaciones con el Código civil español. En 4.º mayor, 130 páginas.—No se ha puesto á la venta.
- Echegaray (M.)—Las tres de la tarde: diálogo en un acto y en verso. En 8.º, 15 páginas: 1 peseta.
- Escohotado y Sánchez (V.)—Misericordias y heroicidades. En 8.º, 34 páginas: 1 peseta.
- Estremera (J.)—La Cuerda floja, juguete cómico en un acto y en prosa. En 8.º, 39 páginas: 1 peseta.
- Fernández Bremón (J.)—El Espantajo, comedia en tres actos y en prosa, original. En 8.º, 55 páginas: 2 pesetas.
- Fernández y Martín (M.)—Compilación legislativa del gobierno y administración civil de Ultramar, arreglada en virtud de reales órdenes de 8 de Febrero de 1886, 29 de Enero de 1888 y 27 de Mayo de 1893. En 4.º, tomo x. (Segundo cuatrimestre de 1888.) (Páginas 935 á 1.554): 8 pesetas.
- Foge (R.)—Los caminos de hierro en España. Recopilación ordenada de las disposiciones legales vigentes sobre ferrocarriles y tranvías. En 4.º, 969 páginas: 15 pesetas.
- García y Barbarín (E.)—Prosa y verso. Trozos escogidos de los más notables escritores castellanos. En 8.º, dos tomos en un volumen, 199 y 192 páginas: 2 pesetas.
- García y Mansilla (S.)—Clínica de oftalmología. En 4.º, 37 páginas: 1 peseta.
- Gimeno de Flaquer (C.)—Madres de hombres célebres. En 8.º, 203 páginas: 2,50 pesetas.
- Gómez de Arteché y Moro (P.)—Discurso en elogio del teniente

- general D. Eduardo Fernández San Román. En 4.º mayor, 44 páginas. No se ha puesto á la venta.
- Gross de Graz (H.)—Manual del juez, para uso de los jueces de instrucción y municipales, gobernadores de provincia, alcaldes, escribanos, oficiales y subalternos de la Guardia civil, agentes de policia, etc., etc., por el Dr. Hanns Gros de Graz, traducción del alemán, prólogo y notas, por D. Máximo de Arredondo, juez de primera instancia por oposición. Obra ilustrada con multitud de grabados. En 4.º, 804 páginas: 12 pesetas.
- Gutiérrez-Cañas y Gutierrez (D.)—Programa para la enseñanza de prácticas judiciales. En 8.º, 74 páginas: 2,50 pesetas.
- Herizo (M. E.)—Elementos de gramática comparada de las lenguas latina y castellana. Parte primera «Analogía». En 8.º, xi-387 páginas: 4 pesetas.
- Houdin (R.)—Confidencias de un prestidigitador. Dos tomos. En 8.º, 379 y 359 páginas: 6 pesetas.
- Huguet y Campaña (P.)—La Letra de cambio y demás documentos mercantiles. En 8.º mayor, 465 páginas. Tela: 8 pesetas.
- Informe del ministro de Instrucción pública, negocios eclesiásticos, justicia, beneficencia, caridad y estadística al Congreso constitucional de 1894. Quito. En 4.º mayor, 328 páginas y 54 hojas de cuadros estadísticos y documentos oficiales.
- Iñarra y Echevarria (F.)—Lecciones elementales de organografía y fisiología humanas. En 8.º, 353 páginas: 6 pesetas.
- Labra (R. M. de).—El Congreso pedagógico hispano-portugués americano de 1892. En 8.º, 354 páginas: 3,50 pesetas.
- Las Plasas.—La Libertad y el liberalismo. En 4.º, 216 páginas: 2,50 pesetas.
- Lasso de la Vega (A.)—Rayo de luz, traducción de los más célebres poetas extranjeros. En 12.º, 191 páginas y retrato del autor: 0,50 pesetas.
- Lezcano Hernández (T. de).—Discurso inaugural, pronunciado en la solemne apertura del curso de 1894 á 1895, en la Universidad literaria de Valladolid. En 4.º mayor, 128 páginas y 23 cuadros.
- López Dominguez (J.)—Discursos pronunciados en el Congreso de los Diputados. En 4.º, 235 páginas.
- López Jordán (F.)—Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1894 á 1895 en la Universidad literaria de Granada. En 4.º, 29 páginas.—Tema: Breve reseña histórica de la Farmacia, en relación con su enseñanza.
- López de Velasco (J.)—Geografía y descripción universal de las Indias. En 4.º, xiii-808 páginas y un mapa: 15 pesetas.
- Lucini y Callejo (E.)—La Carrera mercantil. En 4.º, vii-260 páginas. Encartonado: 4 pesetas.
- Martin (A.)—La Fetidez del aliento de origen nasal: ozena verdadero. En 8.º mayor, 96 páginas: 2,50 pesetas.
- Meléndez Valdés (J.)—Poesias inéditas, publicadas por R. Foulché-Delbosc. En 4.º, 32 páginas: 2 pesetas.
- Membreño (A.)—Elementos de práctica forense en materia civil. Tegucigalpa, 1893. En 4.º, 328-vii páginas: 10 pesetas.
- Morell y Terry (J.)—Estudios sobre el Código civil. En 4.º, 331 páginas: 4 pesetas.
- Múgica (P. de).—Maraña del idioma. Crítica lexicográfica y gramatical. En 4.º, x-106 páginas: 1,50 pesetas.
- Navarro y Reig (V.)—Práctica de los juzgados municipales. Tomo I, primera parte. Enjuiciamiento civil. En 4.º, 802 páginas: 7 pesetas.
- Ortiz (J. M.)—Mi primer vuelo; poesias. En 12.º, xvi-87 páginas: 2 pesetas.
- Otero y Pimentel (L.)—Reflejos de la vida militar. En 4.º, XLIV-295 páginas y 3 láminas. Tela.
- Pedrell (F.)—Hispaniae schola musica sacra; opera varia (saecul. xv,

- xvi, xvii et xviii), diligenter excerpta, accurate revisa, seculo concinnata á Philipo Pedrell. Volumen II. «Franciscus Guerrero.» En folio XLVI-53 páginas: 8,50 pesetas. — Los tomos sueltos 12 pesetas cada uno.
- Peña y Goñi (A.)—Guerrita. En 8.º, 424 páginas: 4 pesetas.
- Pérez Escrich (E.)—Fortuna; historia de un perro agradecido. En 12.º, 185 páginas y retrato del autor: 0,50 pesetas.
- Peset y Cervera (V.)—Curso elemental de terapéutica. Dos tomos. En 8.º, 757 y 902 páginas: 25 pesetas.
- Pi y Arsuaga (F.)—Pobres y ricos (pequeño poema). En 4.º, 32 páginas: 1 peseta.
- Prada y Hernández (L.)—Principios generales de derecho. En 8.º mayor, xxiii-427 páginas: 7,50 pesetas.
- Pulido (A.)—Miniaturas científicas. En 8.º, xxviii-117 páginas: 3 pesetas.
- Retana (W. E.)—Filipinas. El Precursor de la política redentorista; breves comentarios á un libro raro. En 8.º, 36 páginas: 1 peseta.
- Rodríguez (D.)—El Juego en los frontones. En 8.º, 61 páginas: 1 peseta.
- Rodríguez y Abaytua (N.)—Las Transfusiones hipodérmicas de suero artificial (método de Cheron). En 8.º mayor, 53 páginas: 2 pesetas.
- Ruderico.—La Felicidad. Primeros ensayos de patología y de terapéutica social. En 4.º, 282 páginas: 4 pesetas.
- Salas y Barbadillo (A. J. de).—Dos novelas de D. Alfonso Jerónimo de Salas Barbadillo, reimpresas por la Sociedad de bibliófilos españoles. Volumen xxxvi. En 4.º, XLVIII-337 páginas: 20 pesetas.—Contiene: «El Cortesano descorrés» y «El Necio bien afortunado».
- Salas Ricoma (R.)—Guía histórica y artística del Monasterio de Santas Creus. En 4.º mayor, 148 páginas, un plano y 39 grabados representando diferentes detalles de las bellezas artísticas del Monasterio: 4 pesetas.
- Salcedo y Ruiz (A.)—Memoria premiada por la Real Academia de Ciencias morales y políticas en el concurso ordinario de 1893. En 4.º mayor, 113 páginas.—Tema: El Socialismo del campo.
- Sánchez Moguel (A.)—Discurso leído en la Universidad Central en la solemne inauguración del curso académico de 1894 á 95. En 4.º mayor, 48 páginas.—Tema: Naturaleza política y literaria de las Cortes peninsulares anteriores al sistema constitucional.
- Santamaria de Paredes (V.)—Programa de derecho administrativo. En 8.º, 39 páginas: 1 peseta.
- Selipe.—Espartero y Guerrita. Apuntes. En 4.º, 316 páginas: 5 pesetas.
- Séñeri (P.)—El devoto de la Virgen Maria. En 8.º, 256 páginas. Tela: 1 peseta.
- Sepúlveda (E.)—Cuentos. En 8.º, 181 páginas: 2 pesetas.—Biblioteca de autores contemporáneos. Tomo II.
- Serrano Alcázar (R.)—San Sebastián. En 8.º, 92 páginas: 1,50 pesetas.
- Soler y Cómez (F.)—La Noche de ánimas en Monte-Moret. En 8.º, 80 páginas: 1 peseta.
- Surtidos para viaje, por los señores Aza, Barrantes, Bustillo y otros. En 8.º, vii-221 páginas: 1,50 pesetas.
- Contestación á las preguntas del programa para el ingreso en el cuerpo de empleados administrativos de la Tabacalera. En 8.º menor, 175 páginas: 4 pesetas.
- Torrens y Monner (A.)—Armonía entre patronos y obreros. En 4.º, 48 páginas y retrato del autor: 1 peseta.
- Triviño Valdivia (F.)—Arrepentida. Poema original. En 8.º menor, 48 páginas: 1 peseta.
- Valdés y Diaz (P.)—Tratado elemental y tablas de logaritmos. En 4.º, 185 páginas: 2,50 pesetas.
- Valladar (F. de P.)—Historia del arte. En 4.º, xvi-483 páginas. Tela: 8,50 pesetas.

- Vegas y Puebla-Collado (M.)—Tratado de geometría analítica. En 4.º, VIII-576 páginas: 20 pesetas.
— Cuestionario de exámenes de geometría analítica. En 8.º, 35 páginas: 1 peseta.
- Velasco Padrino (A.)—Consideraciones políticas sobre el poder del Gobierno español. En 8.º, 17 páginas: 2 pesetas.
- Vera y González (E.)—El Marqués de Santa Marta; estudio biográfico. Dos tomos. En 4.º, 638 y 747 páginas y un retrato: 15 pesetas.
- Verdegay y Fiscowich (E.)—Historia del correo desde sus orígenes hasta nuestros días. En 4.º, 480 páginas: 15 pesetas.
- Viñaza (C. de la).—Adiciones al Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las bellas artes en España, de D. Juan Agustín Ceán Bermúdez. Tomo I. Edad Media; notas sobre más de cuatrocientos artistas no citados por Ceán Bermúdez ni por Llaguno. Tomos II á IV. Siglos XV-XVI y XVII. Cuatro tomos.—En 8.º, XI-210-356-395 y 284 páginas: 10 pesetas.
- Vivante (C.)—Derecho mercantil, por César Vivante, profesor en la Universidad de Bolonia. Traducción, prólogo y notas por Francisco Blanco Constans, profesor de Derecho mercantil en la Universidad de Granada. En 4.º, 655 páginas: 10 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

ÍNDICE

POR ÓRDEN ALFABÉTICO DE AUTORES, DE LOS ARTÍCULOS PUBLICADOS EN « LA ESPAÑA MODERNA » DURANTE EL AÑO 1894.

Altamira (Rafael).—La Psicología de la juventud en la novela moderna; Junio, pág. 35.

Anónimo.—Obras nuevas: Enero, pág. 202.—Febrero, página 203.—Marzo, pág. 203.—Abril, pág. 202.—Mayo, página 206.—Junio, pág. 200.—Julio, pág. 201.—Agosto, página 203.—Setiembre, pág. 204.—Octubre, pág. 204.—Noviembre, pág. 205.—Diciembre, pág.

Asensio (José María).—Noticias curiosas, particularidades y anécdotas relativas al *Quijote*; Enero, pág. 103.

Barrantes (Vicente).—Villergas y su tiempo; Junio, página 53.—Las obras de Villergas; Julio, pág. 5.—España fuera de España; Agosto, pág. 69.—Tenorios políticos; Setiembre, pág. 71.

Becerro de Bengoa (Ricardo).—El Congreso de los Diputados; Agosto, pág. 34.

Cambronero (Cárlos).—Cosas de Antaño; Abril, pág. 60.

Campoamor (Ramón de).—Humoradas; Febrero, pág. 48.—Cabeza y corazón (dolora); Marzo, pág. 27.—Humoradas; Agosto, pág. 33.

Cánovas (Luis).—Tres doloras; Setiembre, pág. 117.

- Castelar (Emilio).**—Crónica Internacional; Enero, pág. 170.—Febrero, pág. 106.—Marzo, pág. 158.—Abril, pág. 91.—Mayo, pág. 141.—Revista Europea; Junio, pág. 126.—Crónica Internacional; Julio, pág. 146.—Agosto, pág. 84.—Setiembre, pág. 145.—Noviembre, pág. 164.—Diciembre, pág. 167.
- Cotarelo (Emilio).**—Juan de la Encina y los orígenes del teatro español; Abril, pág. 24.—Mayo, pág. 24.—Vida pública de D. Enrique de Villena; Julio, pág. 48.—Vida literaria de D. Enrique de Villena; Setiembre, pág. 18.—Octubre, pág. 91.—La leyenda y la realidad acerca de D. Enrique de Villena; Noviembre, pág. 39.
- Dorado Montero (Pedro).**—A propósito de la causa de Varela; Mayo, pág. 68.
- Echegaray (José).**—Los explosivos; Enero, pág. 55.—Febrero, pág. 59.—Abril, pág. 16.—Recuerdos; Diciembre, pág. 103.
- Fernández Duro (Cesáreo).**—El Estandarte y el arcón de Oquendo; Febrero, pág. 99.—Cómo han ido civilizándose los japoneses; Mayo, pág. 61.
- García Romero de Tejada (José).**—La Cuestión social en Andalucía; Abril, pág. 53.
- Gil y Robles (Enrique).**—De pedagogía; Julio, pág. 39.
- Gladstone (W. E.).**—El español Blanco White; Enero, pág. 149.—Febrero, pág. 179.—Marzo, pág. 197.
- González Agejas (Lorenzo).**—La Celestina; Julio, pág. 78.
- Hoyos Sainz (Luis de).**—Crónica Científica; Abril, pág. 169.—Mayo, pág. 171.—Junio, pág. 97.—Julio, pág. 125.—Agosto, pág. 105.—Octubre, pág. 115.—Diciembre, pág. 149.
- Ibarra y Rodríguez (Eduardo).**—La conquista de Melilla en 1497; Enero, pág. 121.
- Lange (A.).**—Luis Vives; Abril, pág. 184.—Junio, pág. 179.—Julio, pág. 167.—Agosto, pág. 148.

- Martínez Vigil, Obispo de Oviedo, (Fr. R.)**—España en la Biblia; Marzo, pág. 5.
- Menéndez y Pelayo (Marcelino)**.—Don José María Quadrado, su vida y sus escritos; Enero, pág. 62.—Revista Crítica.—Febrero, pág. 138.—Marzo, pág. 129.—Abril, pág. 117.—Mayo, pág. 117.—Junio, pág. 152.—Julio, página 104.—Septiembre pág. 87.—Octubre, pág. 167. Diciembre, pág. 84.
- Michel (Emilio)**.—Diego Velázquez; Septiembre, pág. 167.—Noviembre, pág. 124.—Diciembre, pág. 48.
- Morel-Fatio (Alfred)**.—El traje de golilla y el traje militar; Septiembre, pág. 130.
- Morphy (Guillermo)**.—Revista musical; Noviembre, página 155.
- O'Neill (Juan)**.—Fray Jerónimo Savonarola; Septiembre, página 43.—Octubre, pág. 77.
- Pardo Bazán (Emilia)**.—Adán y Eva (novela); Enero, página 5.—Febrero, pág. 5.—Marzo, pág. 95.—Abril, página 73.—Mayo, pág. 96.—Los Poetas épicos cristianos.—Milton; Noviembre, pág. 108. Diciembre, pág. 115.
- Pérez de Guzmán (Juan)**.—Academias literarias de ingenios y señores bajo los Austrias; Noviembre, pág. 68.
- Pérez (Licenciado Pero)**.—Torquemada en la cruz; Febrero, página 66.—Las cinco cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcofurado; Marzo, pág. 61.
- Pirala (Antonio)**.—Historia contemporánea.—Amores del rey D. Alfonso XII; Febrero, pág. 49.—El secreto de un Consejo de Ministros; Abril, pág. 5.—La venta de Cuba; Diciembre, pág. 5.
- Posada (Adolfo)**.—La educación del rey; Marzo, pág. 29.—La enseñanza en París; Agosto, pág. 5.—Por Francia; Octubre, pág. 57.
- Salillas (Rafael)**.—El jurado médico y la causa de Varela; Febrero, pág. 88.—La degeneración y el proceso Willie; Junio, pág. 70.

- Sánchez Pérez (Antonio).**—La Hijuela del Parnasillo; Octubre, pág. 33.
- Santa María (Francisco).**—Crónica literaria; Septiembre, página 123.
- Silió (César).**—El anarquismo y la defensa social; Enero, página 141.
- Thebussem (Doctor).**—Lo Verde; Marzo, pág. 43.—Dos cartas de Villergas; Septiembre, pág. 58.
- Turguenef (Iván).**—Hamlet y Don Quijote; Agosto, página 52.
- Unamuno (Miguel de).**—La enseñanza del latín en España; Octubre, pág. 144.
- Valbuena (Antonio de).**—Inconsecuencia; Septiembre, página 5.
- Valera (Juan).**—Colección de papiros y otras antigüedades de Egipto pertenecientes al archiduque Raniero; Mayo, página 5.—El hechicero; Junio, pág. 5.—La buena fama; Octubre, pág. 5.—Noviembre, pág. 5. Diciembre, pág. 23.
- Villegas (Francisco F.).**—Impresiones literarias; Enero, página 191.—Febrero, pág. 122.—Marzo, pág. 181.—Abril, pág. 158.—Mayo, pág. 196.
- Wolf (Fernando).**—La literatura castellana y portuguesa; Octubre, pág. 182.—Noviembre, pág. 188.—Diciembre, pág. 184.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Historia contemporánea</i> , por Antonio Pirala.....	5
<i>La Buena fama</i> (conclusión), por Juan Valera.....	23
<i>Diego Velázquez</i> (tercera parte, conclusión), por Emilio Michel...	48
<i>Revista crítica</i> , por M. Menéndez y Pelayo.....	84
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	103
<i>Los Poetas épicos cristianos</i> (continuación).— <i>Milton</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	116
<i>Crónica científica</i> , por Luis de Hoyos Sainz.....	149
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	167
<i>La Literatura castellana y portuguesa</i> , por Fernando Wolf, con prólogo y notas de M. Menéndez y Pelayo.....	184
<i>Obras nuevas</i>	197
<i>Indice de autores</i>	201

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

Á TRES PESETAS TOMO

Asensio.—Pinzón.

Balzac.—Eugenia Grandet.—Papá Goriot.—Ursula Mirouet.
—César Birotteau.—La quiebra de César Birotteau.

Barbey d' Aurevilly.—El Cabecilla.—El Dandismo y Jorge Brummel.—Venganza de una mujer.—Las Diabólicas.—Una historia sin nombre.—La Hechizada.

Baudelaire.—Los Paraísos artificiales.

Campée.—Historia de América (dos tomos).

Campoamor.—Ternezas y flores.—Ayes del Alma.—Fábulas.—Doloras y Humoradas.

Caro.—El Pesimismo en el siglo XIX.—El Suicidio y la civilización.—Costumbres literarias.—Littré y el positivismo.

Coppée.—Un Idilio.

Cherbuliez.—Miss Rovel.—La Temade Juan Tozudo.—Amores frágiles.—Paula Meré.—Meta Holdenis.

Daudet.—Jack (dos tomos).—La Evangelista.—El Sitio de París.—Novelas del lunes.—Cartas de mi molino.—Tartarin en los Alpes.—Cuentos y fantasías.

Dostoyowsky.—La Casa de los muertos.—La Novela del presidio.

Ferrán.—Obras completas.

Ferri.—Antropología criminal.—Nuevos estudios de antropología.

- Flaubert.**—Un Corazón sencillo.
- Gautier.**—Las Bombas prusianas.—Nerval y Baudelaire.—
Madama de Girardin y Balzac.
- Gay.**—Salones célebres.
- Goncourt.**—Querida.—Renata Mauperin.—Germinia Lacer-
teux.—La Elisa.—La Faustín.—La señora Gervaisais.
- Heine.**—Memorias.
- Ibsen.**—Casa de muñeca.—Los Aparecidos.—La Dama del
mar.
- Kropotkin.**—La Conquista del pan.
- Lombroso.**—Antropología y psiquiatría.—El Hipnotismo.—
Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología cri-
minal.
- Lubbock.**—La Vida dichosa.
- Macaulay.**—Estudios jurídicos (dos tomos).
- Merimée.**—Colomba.—Mis perlas.
- Renán.**—Mi infancia y mi juventud.—Memorias íntimas (dos
tomos).
- Sainte-Beuve.**—Tres mujeres.—Retratos de mujeres.
- Sardou.**—La Perla negra.
- Schopenhauer.**—Estudios escogidos.
- Stuart Mill.**—Mis memorias.
- Taine.**—Filosofía del Arte.—La Pintura en los Países Bajos.
—El Arte en Grecia.—El Ideal en el Arte.—Nápoles.—
Roma (dos tomos).—Florencia.—Venecia.—Milán.
- Tarde**—Estudios penales y sociales.
- Tolstoy.**—La Sonata á Kreutzer.—Marido y mujer.—Dos
Generaciones.—El Ahorcado.—El Príncipe Nekhli.—En el
Cáucaso.—La Muerte.—El Sitio de Sebastopol.—Los Cosa-
cos.—Iván el Imbécil.—El Canto del cisne.—El Camino de
la vida.—Placeres viciosos.—El Dinero y el trabajo.—
El Trabajo.—Mi confesión.—Los Hambrientos.—¿Qué ha-
cer?—Lo que debe hacerse.—Mi Infancia.—Mi Juventud.
—La Escuela de Iasnaia Poliana.—Fisiología de la guerra.
- Turguenef.**—Humo.—Nido de hidalgos.—El Judío.—El Rey

Lear de la Estepa.—Un Desesperado.—Primer amor.—
Aguas primaverales.—Demetrio Rudin.—El Reloj.

Varios.—Ramillete de cuentos.—Tesoro de cuentos.—Cuentos escogidos.

Wagner.—Recuerdos de mi vida.

Zola.—Las Veladas de Médan.—Estudios literarios.—La Novela experimental.—Mis odios.—Nuevos estudios literarios.—Estudios críticos.—El Naturalismo en el teatro (dos tomos).—Los Novelistas naturalistas (dos tomos).—El Doctor Pascual (dos tomos).—Los Hombros de la Marquesa.